

Mi viaje por el interior del África, por D. Cristobal Benitez. Un tomo en 4.º mayor de 207 páginas. Precio: **1 peseta** en rústica.

Libro de la vida, por el P. Fr. Kiliano Katzenberger. Un tomo en 8.º de 317 páginas. Precio: **1 peseta** en rústica.

Historia de los Obispados de Ceuta y Tánger, traducida del portugués, por un Religioso de la Misión de Marruecos; Un tomo de 132 páginas en 4.º mayor; en rústica pts. 2

Doctrina espiritual de San Francisco de Asis, extractada de sus obras y vertida al castellano, por el R. P. Fr. Mariano Fernandez. Un tomo en 4.º mayor de 170 páginas, en rústica 2 pesetas, encuadernado 3.

Gramática castellana elemental para uso de los niños de primera enseñanza, por Fr. Diego Garrote, Religioso de esta Misión. Un tomo de 140 páginas, encuadernado 0'75.

Colección de novenas y ejercicios piadosos que se usan durante el año en las Misiones de Marruecos. Un tomo en 4.º mayor con 560 páginas, encuadernado 5 pesetas.

Novena de la Inmaculada Concepción por el R. P. Fr. Feliciano Calvo. Un tomo de 158 páginas, en rústica 0'50.

Novena de las ánimas por el mismo autor, 0'30.

Nuevo silabario inglés-árabe por Miguel A. F. El-Kazen 0'30.

Id. Francés-Árabe por el mismo, 0'30.

Id. Español-Árabe, por el mismo, 0'30

Libros de propaganda

Los moros del reino de Granada, por D. Francisco Javier Simonet. 0'10

El protestante protestado, Andrés Tunu ó el Tunu; por D. Vicente de la Fuente. 0'10

Coloquio entre Lázaro y el Estudiante. 0'10

En prensa

Gramática de árabe literal, por el R. P. Rafael Gonzalez Perez, Misionero Apostólico de Marruecos.

NOTA—Estas obras se hallan de venta en la Librería de D. Gregorio us! Amo, calle de la Paz, 6, Madrid, en la portería del Colegio de S. Francisco de Santiago de Galicia y en la Misión Católico-española de Tánger (Marruecos).

EN VINDICACIÓN DE UNA INJUSTICIA

LOS FRANCISCANOS

EN MARRUECOS

DISCURSOS, CARTAS, Y ARTÍCULOS
PUBLICADOS EN SU DEFENSA
CONTRA LOS ATAQUES QUE LES DIRIGIERON
EN EL CONGRESO
ALGUNOS DIPUTADOS ESPAÑOLES



489

6625
268

TÁNGER

Imp.—Hispano-Arábica de la Misión Católico-Española
1909

R. 280

EN VINDICACIÓN
DE UNA INJUSTICIA

LOS FRANCISCANOS

EN MARRUECOS

DISCURSOS, CARTAS, Y ARTÍCULOS
PUBLICADOS EN SU DEFENSA
CONTRA LOS ATAQUES QUE LES DIRIGIERON
EN EL CONGRESO
ALGUNOS DIPUTADOS ESPAÑOLES



Comisión Provincial de Monumentos - GRANADA
BIBLIOTECA

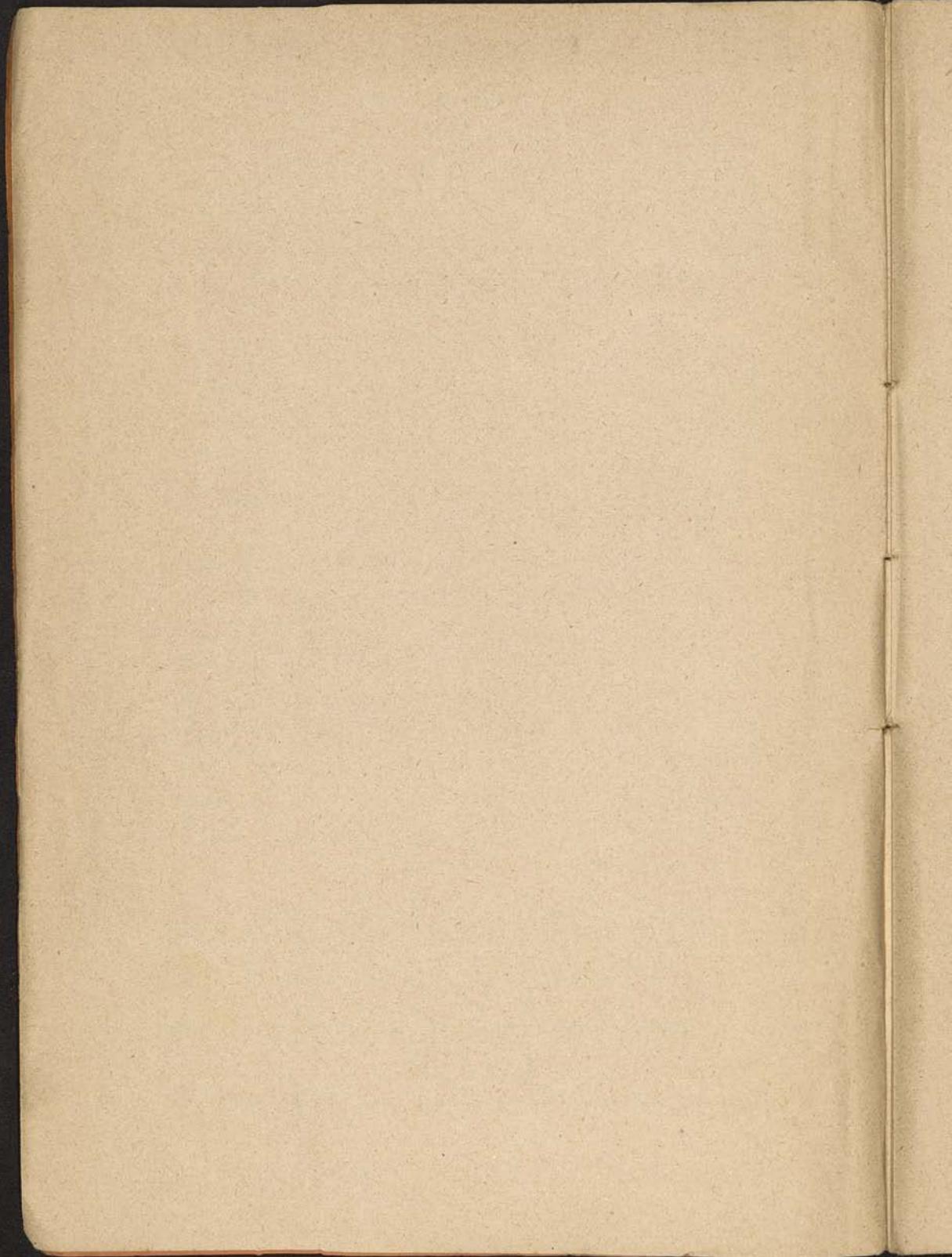
Sala	C
Estante	
Número	89

R. 489

TÁNGER

Imp.—Hispano-Arábica de la Misión Católico-Española

1909



EN VINDICACIÓN
DE UNA INJUSTICIA
LOS FRANCISCANOS EN MARRUECOS

El día 18 del mes de Marzo del corriente año 1909, el Diputado Sr. Villanueva comenzó á explicar en el Congreso su anunciada interpelación sobre «Política del Gobierno de S. M. en Marruecos.» Á las persona imparciales se les ocurrirá desde luego, que tal interpelación versaría sobre la manera de practicar la política en aquel país, los tratados internacionales, el modo de entenderlos y ejecutarlos las partes contratantes; la conducta observada en Marruecos por España, Francia, Inglaterra, Alemania, etc., deduciendo de todo ello las consecuencias que se quieran y haciendo cargos ó rindiendo alabanzas al Gobierno por su labor.

Pocos seguramente aguardaban que lo que parecía política se había de transformar en una de las diatribas más violentas, y en un cúmulo de acusaciones contra una corporación española que trabaja hace siglos en Marruecos, no sólo por la gloria de Dios y salvación de las almas, sino

por implantar, extender y conservar la influencia legítima de España, difundir su instrucción, socorrer las necesidades, aliviar los infortunios, suavizar el áspero trato del musulmán con el cautivo y el cristiano, y hacerle ver, más con el ejemplo que con la palabra, la bondad y excelencia de la civilización cristiana. Nadie previó que un diputado que ha visitado repetidas veces á Marruecos, sobre todo Tetuán y Melilla, que se pregona por enterado y competente, que proclama no quiere ofender á la religión, perdiendo la calma, privado de serenidad, cegado por la pasión, enardecido por deficiencias ó torpezas más ó menos ciertas del Gobierno en pro de intereses determinados, se había de atrever á lanzar las acusaciones más infundadas, más injustas, más calumniosas, y sobre todo más desprovistas de fundamentos contra la Misión Católico-Española de Marruecos. Sin presentar documento alguno pintó á los Misioneros Franciscanos españoles como ignorantes, intransigentes, entremetidos, codiciosos y, sobre todo, como ¡¡¡traidores á la Patria y vendidos al Sultán Marroquí!!! por el regalo que de él recibían en extensos terrenos y fértiles huertas. Buscó en su paleta los más negros colores para describir, no la realidad, sino la más absurda y estupenda de las caricaturas, y lanzó, sin compasión ni miramiento alguno, la baba de la maledicencia y la calumnia contra una figura veneranda, contra un varón que bajó al sepulcro

cubierto con el humilde sayal Franciscano, desprovisto de cruces ni condecoraciones, pero llorado por todo un pueblo, compuesto de católicos y protestantes, musulmanes y judíos, que unánimes proclamaban la virtud, la humildad, la sencillez, la caridad sin límites con que *El Padre José* estrechaba contra su corazón encendido, al pobre y menesteroso, al afligido y atribulado. Contra la hermosa figura del recogido Religioso que, débil y moribundo, arrojando á borbotones la sangre por su boca, se dirigió á Marruecos para cumplir la obediencia, trabajando en el silencio de su pobrísima celda, poniéndose en contacto con los moros de Tetuán y otros puntos para aprender su lengua y escribir su estimadísima gramática del árabe vulgar, sin asistencia ni ayuda del Gobierno, y á la que denominó modestamente, *Rudimentos del árabe vulgar* que se habla en Marruecos; que, si dejó su retiro y prescindió el apreciadísimo concurso de su inteligencia clarísima, de su corazón intensamente patriótico, fué compelido por el Gobierno de España ó de sus Representantes en Marruecos; que conocía perfectamente los servicios utilísimos que podía prestar á la Patria, en cuyo obsequio rindió el homenaje del reposo y tranquilidad de su celda, que le era tan grata, y el holocausto de su salud, siempre débil y quebrantada; este ultraje sin nombre y sin calificativo, es el que nos llegó más al alma y llenó de amargura nuestro corazón. Con más ó menos ti-

bieza fué defendida su memoria en el Congreso. Alguien que lo conoció y trató más que nadie, se quedó mudo y no pronunció una palabra en defensa del que llamó amigo y fué leal servidor; y para que nada faltase al repugnante conjunto de calumnias y falsedades amontonadas contra la limpia fama de los Franciscanos españoles de Marruecos, otro Diputado de cuyo nombre no queremos acordarnos, nuevo Judas, agregó su inmunda saliva para manchar después de muerto, al que de vivo lo trató y acogió con especial cariño y, por lo visto ahora, extremada confianza, y que estaba muy lejos de sospechar entonces que aquél que en el Monte de S. Juan devoraba las *paellas* y correspondía en su casa,—en cuyos sótanos fundó, y aún subsiste, una logia masónica,—con banquete abundante al P. José y á sus odiados hermanos, entonces hipócritamente recibidos y tratados como cariñosos amigos, había de ser un día el que vestido con la toga respetable del Legislador español, y escudado con la inmunidad parlamentaria, no hecha ciertamente para dar patente de corso al calumniador y maldiciente, proclamaría ante la faz del asombrado concurso que el P. Lerchundi fué ¡¡¡mal patriota, un desleal y traidor á sus Reyes y á su Patria!!!

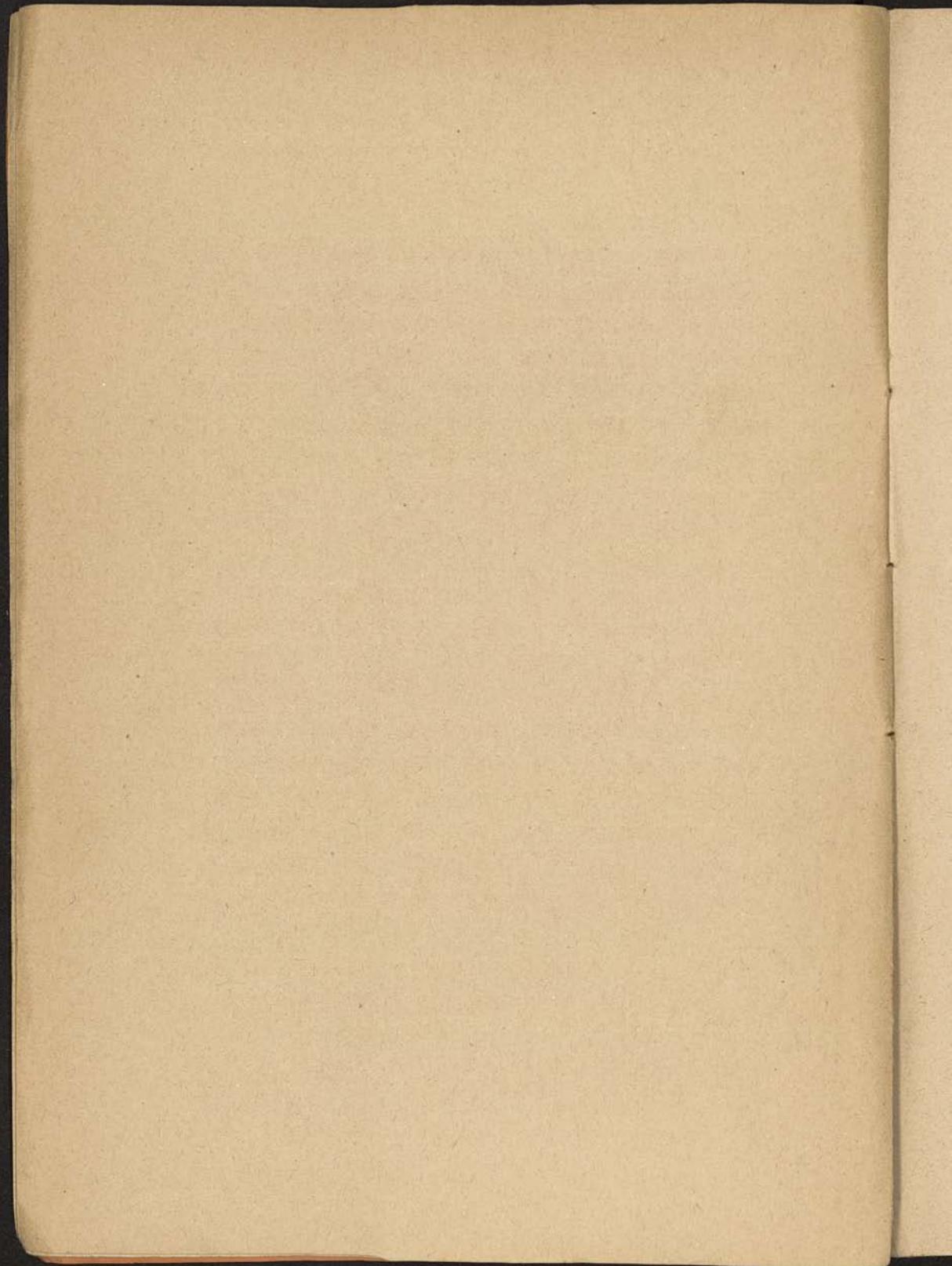
Para poner un correctivo á tantos dislates y volver por la honra y honor de los Franciscanos españoles tan villanamente ofendidos por los que debieran ser su escudo y su defensa, y sobre todo

para volver por los fueros de la verdad y restituir la fama inmaculada del ínclito P. Lerchundi, además de los elocuentes discursos pronunciados en el Congreso por varios Sres. Diputados católicos, se han escrito en diferentes periódicos, y aún por personas que no tenemos el honor de conocer, varias é interesantes cartas, en las que luminosamente se refutan cuantas calumnias y falsedades se lanzaron contra los Misioneros de Marruecos en el Congreso. Como tan excelentes trabajos se perderían muy pronto en el olvido, y sería difícil proporcionarse los diarios en que se publicaron, hemos creído conveniente reunirlos todos en un folleto acompañados de datos y apéndices muy interesantes, á fin de que con ellos á la vista se puedan desvanecer las injusticias é imposturas levantadas contra la Misión.

Lo dedicamos en primer término á los Sres. Diputados, en cuyo respetable Congreso se lanzaron los más acres y destemplados insultos sin prueba ni documento alguno; á los Sres. Senadores, y al país entero, para que en España sepan todos lo que son los Franciscanos españoles en Marruecos, no como los han pintado sus enemigos y detractores.

En una palabra, recopilamos estos escritos en vindicación de una injusticia y para dejar en su punto los fueros de la razón y la verdad.

Tánger, Julio de 1909



DISCURSO

DEL SR. DIAZ AGUADO SALABERRY

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO

EN SESION CELEBRADA EL 27 DE MARZO DE 1909

El Sr. DIAZ AGUADO SALABERRY: Señores Diputados, como individuo de la minoría carlista, me veo obligado á terciar en este debate para responder á interrupciones que desde estos bancos se hicieron al discurso que tardes pasadas pronunciara mi amigo particular el Sr. Villanueva; y podeis creer que tengo un verdadero sentimiento, que lo tiene igualmente esta minoría de fanáticos enemigos de todo fanatismo, al verse en la dura necesidad de combatir al que desearía elogiar; porque S. S., al lado de ideas inexactas y de hechos juzgados al través de su prisma anticlerical, sostuvo y sentó principios, narró hechos y marcó orientaciones que sólo pueden merecer nuestros plácemes. Poco importa que haya sido de un liberal la voz que realizó aquella labor; los católicos, los carlistas aplauden lo que dice aquel que no es católico, aquel que no es carlista, cuando lo que dice está conforme con la realidad de las cosas; nosotros no admitimos otra tiranía que la de la verdad, y en eso nos diferenciamos de los señores de la izquierda, para los cuales solo puede ser aplaudido lo que defienden los que se sientan á su lado ó se cobijan bajo su bandera.

¡Qué acertado estuvo el Sr. Villanueva cuando hablaba de simpatías que en determinada Potencia del Norte se sintieron

hacia España! ¡Qué bien sonaba su voz en nuestro oído cuando deploraba que en lugar de alianzas, que la experiencia demostró nos fueron siempre funestas, no hubiéramos llegado á una inteligencia con Alemania, que si bien es cierto no la solicitó de un modo directo, nos dejó prever bien á las claras la probabilidad de llegar á ella! Ante esa alianza S. S. veía crecer en gigantescas proporciones nuestra influencia en Marruecos, y yo, pensando en Cuba y Filipinas creía oír de nuevo la voz elocuentísima del más grande de los oradores católicos, de mi fraternal amigo el señor Vázquez de Mella, que con palabra profética anunciaba en sesión memorable al Congreso español desgracias que hoy son historia si aquella alianza no se realizaba. Aplausos y sólo aplausos merece el señor Villanueva por estas afirmaciones de su discurso; pero esos mismos aplausos justifican las censuras que me veo obligado á dirigirle, porque quien también ve la realidad, quien tiene tan elevado criterio, quien es en la vida privada excelente católico y amante de las Ordenes religiosas, debe tener en la vida pública, hay derecho para exigirle, que tenga en la vida pública el suficiente valor para no someter su alma, como somete su cuerpo, á la tiranía de la moda francesa, presentándose ante el Parlamento con arreglo al último figurín anticlerical.

Claro es que se dirá que los partidos de la izquierda son ecos de la opinión que á su calor nacen, que de ella viven y que la opinión hoy predominante en España es anticlerical, pero esto no es exacto. El partido liberal español, en su ambición por el Poder ha llegado á delirar, y en el delirio desconoce su propia voz. El creó el fantasma del clericalismo, y sólo él soñó la opinión que lo combate, y pide el exterminio. Yo, repito, no creo que la opinión en España sea anticlerical, pero aun cuando lo fuese, considero que un político debe obedecer á los mandatos de su razón y de su conciencia antes que al empuje de las muchedumbres, pues si toda tiranía lo mismo la de un Rey que la de un pueblo, es odiosa y envilece al que á ella se somete, es el último de los baldones el adularla en sus desafueros para medrar á su costa. La tiranía del populacho es peor que la de los Reyes, porque se funda en la más

brutal y feroz de las opresiones, que es la fuerza del número. Por eso, una gloria de la tribuna española, el Sr. Aparisi y Guijarro, decía que á los aduladores de los Reyes han seguido los aduladores de los pueblos; y añadía: «¡Malditos unos y otros! La Historia del pasado prueba que perdieron á los Reyes y la Historia del porvenir probará mañana que perdieron á los pueblos.»

Por consiguiente, señores, yo creo que no hay opinión anticlerical, pero no vacilo en afirmar que si existiera, nuestro deber no sería secundarlo á ciegas y sí examinar sus aspiraciones y deseos á la luz de la razón, del patriotismo, y ver lo que hay en ellos de justo y de bueno; si lo eran en todo, apoyarlos y animar á las masas á seguir por su camino; pero si fueran contrarios á los principios de la razón, de la verdad, de la justicia y de las conveniencias de la Nación, el deber, si no elemental de quien no siente la nostalgia del látigo ni tiene alma de esclavo, es ir contra la corriente, contradecir á la opinión, aleccionarla para que no manche con sus hechos la Historia de España.

Y voy, dicho esto, á combatir las afirmaciones del Sr. Villanueva; de textos entre sacados de los discursos de S. S. se deduce lo siguiente: que los Gobiernos tienen la culpa de que sea tan menguada nuestra influencia en África, por haber pospuesto el interés de la Patria á los intereses de la Iglesia, protegiendo á los Franciscanos que, con su fanatismo, con su ignorancia, con su desmedida ambición, lejos de trabajar en pro de España, hacen que la legítima influencia, por tantas causas abonada, de nuestra Patria en el Imperio de Marruecos se encuentre en lamentable decadencia.—*El Sr. Villanueva: ¿Que textos?*—He dicho que eso se deduce de varios textos de S. S. y no tengo inconveniente en citar algunos de memoria, pero preferiría hacerlo literalmente.—*El Sr. Villanueva pronuncia palabras que no se perciben bien.*—Pediré que me traigan el discurso de S. S. para demostrarlo con textos originales en la rectificación á que indudablemente me obligará la contestación de S. S.

Citaba el Sr. Villanueva como prueba del fanatismo del

fraile, el hecho de que unos cuantos frailes ó legos habían quemado un *Judas* en Tetuán el día de Sábado Santo; y de este hecho y de otros que no citaba venía á deducir como verdad inconcusa, como axioma incuestionable, el fanatismo y la intransigencia de los frailes franciscanos, causa de que los mahometanos se alejaran más y más de los españoles abominando de su influencia.

Yo no comprendo, señores, qué entendéis vosotros por transigente ó intransigente. La intransigencia y la transigencia pueden referirse á dos cosas: á las personas y á las doctrinas. Con respecto á las personas, ni la Iglesia ha sido nunca intransigente, ni lo es hoy; lo probaré. No lo fué en el pasado, y para demostrarlo bastaría recorrer las páginas gloriosas de su historia; bastaría nombrar á alguno de sus héroes, citar á cualquiera de sus santos, á San Vicente de Paúl, á San José de Calasanz, á cualquiera de esa infinidad de Congregaciones, casi tantas como los infortunios humanos, donde siempre hay ojos despiertos á llorar con los que lloran, á sufrir con los que sufren, á repartir el pan á la tierra con el ambiente y el consuelo y la resignación que son el pan del cielo con el desgraciado sin pedir á nadie la cédula de comunión, sin exigir de ellos absolutamente ningún acto de culto externo de los que prescribe el catolicismo.

Eso demuestra la historia, el pasado: en los tiempos modernos sucede lo mismo, y sin ir mas lejos, la prensa de hoy da fehaciente prueba de mi aserto, que está á mano de los Sres. Diputados poder comprobarlo.

De dos entierros hablan los periódicos de la mañana: del de una hermana de la caridad y de un alumno interno de Medicina; ambos fueron mártires de su deber, ambos cayeron como buenos sirviendo á su ideal, víctimas de la epidemia que viene padeciendo Madrid; sin embargo, una diferencia esencial se nota en la forma que la prensa da la noticia: para el alumno extrema los elogios, á la monja dedica brevísimas líneas. No censuro á nadie por ello; es más, me parece que lo sucedido es lógico y natural. Para el jóven sin ventura á quien la muerte arrebató del lado de los suyos, me parece aún poco

homenaje el que el Gobierno, presidiendo el entierro, y la prensa gimiendo en su honor, le ofrecen. El alumno de medicina obró por móviles humanos, por el afán de aprender, de hacerse un nombre, de ser útil á su país, de labrarse una posición, por ser un vencedor en la lucha por la existencia, y es natural y es justo que la sociedad, la ciencia, el Gobierno de la Nación, recompensen en la forma, bien pobre por cierto, que pueden hacerlo, á honrar su tumba; ¡descanse en paz! Yo, el último de los representantes del país, saludo desde esta tribuna con respeto su memoria.

Pero á la hermana de la caridad, nada de esa pompa, de ese respeto exterior, se la ofreció ni debía ofrecérsela. Aun fué excesivo homenaje la gacetilla que algún diario caritativo dedicó á su memoria. Mártir del deber; no luchó por alcanzar un nombre, ni conseguir un porvenir, ni medrar en la vida. Toda la bondad de su alma, todas las dulzuras de su corazón de mujer, todas las abnegaciones de su espíritu las dedicó á los enfermos, á los pobres, á los débiles; su vida fué un holocausto á las miserias sociales; á sus hermanos los desheredados lo sacrificó todo, pero no por esperanza de que la sociedad ni la Patria ni los hombres la pudieran dar nada. Cruzó la existencia con el Crucifijo pendiente en su pecho, sin que otro que Él conociera sus grandes ambiciones. Despreciaba los bienes de la tierra porque deseaba un cielo, y en él seguramente habrá ya recibido el justo premio á sus virtudes. Honremos, pues, los que vivimos en la tierra y sus intereses nos están confiados, la memoria del heroico jóven que por esos intereses luchó y en la lucha fué vencido. Para la hermana de la caridad, ese homenaje no es adecuado. Sólo en la otra vida quiso ella, y habrá obtenido, justo premio á sus virtudes.

— *Muy bien muy bien.* —

Y en esa hermana de caridad á quien contagié, no sabremos nunca si un católico ó un ateo, en el Escolapio que educa gratuitamente en los barrios bajos á los niños, á los anticlericales en los padres que albergan en sus hoppederías al que llama á su puerta sin preguntarle de donde viene y á donde va, tiene el Sr. Villanueva una prueba de lo intransigentes que con

las personas son y fueron los religiosos y los frailes.

¿Observan conducta distinta en África? ¿Qué hacen allá los religiosos? La pregunta es bien sencilla, educar en las escuelas á los niños, cuidar á los enfermos en los hospitales y dar abrigo al viajero en sus hospederías sin preocuparse de que sea israelita, musulmán ó católico el que llama á las puertas de sus conventos que más que tales, son tiendas de campaña, donde soldados de la fe y de la civilización trabajan por España. ¿No tropezó S. S. en sus viajes á África con alguna de esas hospederías? Pues yo pido á Dios, como para otro Sr. Diputado pedía hace años el Sr. Moret, yo pido á Dios, repito que si alguna vez se pierde en los desiertos de África, tropieze con la mano amiga de algún Franciscano que le proporcione ayuda y socorro.

Está, pues, probado que los frailes nunca fueron intransigentes con las personas ni en Europa ni en África ¿lo fueron en los principios? Indudablemente que sí. La Iglesia es intransigente en sus principios, porque es depositaria de la verdad. Cuando el entendimiento alcanza esta verdad con evidencia, niega con igual evidencia cuanto la contradice. Si yo afirmo una cosa, niego su contraria, porque dos proposiciones contradictorias no serán jamás ciertas. Reconoced, pues, que ó la lógica se hizo también clerical, ó no sois lógicos al tachar de fanático al fraile que convencido de su fé la afirma sin dudas ni vacilaciones.

¡Fanatismo! ¡Intransigencia! Jamás pude comprender cual es el ideal, el tipo del maestro y del hombre transigente según vuestras doctrinas. ¿Combatís al fraile porque afirma la divinidad de Cristo frente á los que lo niegan? ¿Sí? Pues sed lógicos y llevad las consecuencias al orden científico. Dos y dos no serán cuatro si el alumno quiere que sean cinco, porque será imponerle una convicción contra la cual protesta, y sería intransigencia imponerle un principio tan elemental que no admite demostración. El todo es mayor que la parte; es un axioma que ha de enseñar el maestro laico lo mismo que el maestro religioso. Suponed que hay alguien que lo niega; según vosotros, el maestro transigente tendría que negar ese

principio aunque sea verdad, para demostrar que no es fanático. Seguid así y llegaríais á constituir la ciencia sobre una negación, y la ciencia que se constituya sobre negaciones no es ciencia; es el caos y el absurdo. ¡Ejemplar paradoja! Los amantes del progreso llegaríais á la negación y á la muerte del mismo.

Dentro de esta intransigencia doctrinal y de su transigencia con las personas, ¿qué hacen los franciseanos en África? Ya lo visteis; además de sostener hospitales, hospederías y escuelas; procurar lentamente, sí, con gran lentitud, como lo hicieron los primeros padres de la Iglesia cuando trataron de convertir á los bárbaros, la conversión de los musulmanes. No han conseguido hasta ahora grandes resultados, pero yo espero que lo conseguirán en el futuro.

Veo que el Sr. Morote afirma lo contrario, pero esa afirmación es gratuita; no me atrevo á predecir nada para lo futuro ni me siento con virtudes de profeta; no sé lo que ocurrirá mañana, pero yo que tengo de común con los árabes y no de común con S.S. algo que es la fe en la providencia, en que el árabe, como el protestante, como el judío creen; yo que creo como los árabes en un Dios providente, en un principio sobre natural que es fuente de infinitos consuelos y no puedo admitir que las inteligencias de tantos millones de seres estén irremediabilmente condenadas á no verse iluminadas por un rayo del cielo que las ennoblezca con la posesión de la verdad.

Además estáis muy equivocados al creer que el árabe, ante el fervor cristiano, siente mayores rencores, más crueles odios que antes los ateos; eso es un error; para el árabe, como para todo creyente, el principal enemigo no es otro creyente aunque sea de distinta confesión; su enemigo es el indiferente y á propósito de esto ocúrreseme contar una anécdota que un escritor francés, M. Gaume, refiere de un capitán francés, preso en uno de los aduares marroquíes.

Según cuenta, el árabe todos los días, al dar de comer al oficial, le arrojaba un pedazo de pan y le decía: «Toma perro cristiano.» El militar obedeciendo, á esas necesidades fisiológicas que tan brillantemente cantaba el otro día el Sr. Cervera, acep-

taba la dominación de perro, comía y, por consecuencia vivía; pero molestado al fin de aquellas ofensas, dijo un día al árabe. «¿Por qué me insultas? No tengo medios de defensa contra tí. Dicen que tu pueblo, que tu y los tuyos sois nobles ¿Por qué me insultas?» y el árabe le contestó: «No te insulto porque seas cristiano, te insulto, y te llamo perro, porque en mi aduar el único que no reza es mi perro y tú en seis meses no te he visto levantar las manos ni los ojos al Todopoderoso»

¿Dudais de la verdad de lo referido? Yo os cito el autor que lo refiere y dispuesto estoy siempre á probar la verdad en que se inspira. El mayor enemigo de todo creyente es la indiferencia.

El segundo cargo que el Sr. Villanueva hace á los Franciscanos es el de no saber enseñar; según S. S., sus escuelas á las que concurre un número casi insignificante de alumnos, distan mucho de poderse presentar como modelo de lo que preceptúa la moderna Pedagogía. Yo ignoraba que las escuelas de los Franciscanos fueran así; pero puesto que S.S. lo dice, paso por ello; por lo que no paso, lo que no puedo conceder es que el mal obedezca á la índole de los maestros, á que éstos sean frailes ó dejen de serlo.

Porque ¿dudais vosotros que los frailes saben enseñar, de que la Iglesia ha tenido y tiene grandes padagogos? ¿Quién lo niega? Lo estáis proclamando constantemente en vuestros *meetings*. ¿Por qué no queréis la libertad de enseñanza? ¿Por qué la queréis poner trabas? ¿Por qué decís que no podría el anticlericalismo luchar con esos suntuosos palacios levantados por los católicos; porque no podríais tener sus observatorios, sus gabinetes de Física, sus clases de Historia natural; porque no podríais, en una palabra, con maestros pobremente retribuidos, conseguir los hombres de ciencia que encontramos en esos colegios y que han sido maestros, no solo de estas derechas, sino también de muchos hijos de vuestros hijos, ¿no es verdad, Sr. Villanueva?—*Muy bien, muy bien, en la minoría tradicionalista y parte de la mayoría.*—Sólo conozeo un colegio sostenido por padres Franciscanos: el de Lecároz, en Navarra, y no recuerdo haber visto— y he visto algunos porque

aunque no tengo competencia, tengo mucha afición á esta clase de asuntos,—no he visto, repito, ninguno laico que por condiciones higiénicas, por medios pedagógicos, pueda compararse á él. Es más: no hay ninguno en que la enseñanza y la pensión sea tan barata como en ese colegio. ¿Por qué las escuelas de África no se parecen en algo al colegio de Lecároz? ¿Qué medios económicos tienen las escuelas de África?

Yo, Sr. Villanueva, para juzgar si una enseñanza es buena ó mala, como para juzgar de todo lo que en la vida atrae mi atención, tengo muy en cuenta la ecuación necesaria que debe establecerse entre los medios y los fines; no puede pedirse grandezas allí donde hay un presupuesto mezquino. ¿Sabe S. S. á cuanto alcanza la dotación de las escuelas franciscanas en Marruecos? ¿No? Pues no las compare S. S. con las escuelas israelitas ni protestantes que allá se establezcan con medios mucho más abundantes.

Las Órdenes religiosas extranjeras ¿no cumplieron bien su misión docente? Vosotros podréis desconocer ó falsear, no por mala intención, sino por servir á la democracia, la Historia de España; pero lo que es la Historia de Francia de hoy la conocéis bien, y conociéndola ¿cómo podéis decir que las Órdenes religiosas no han sabido enseñar en Marruecos?

La obra de Lavigerie, ¿la ignora el Sr. Villanueva? ¿La ignoran algunos señores de la izquierda? La misión de aquellos frailes blancos, ¿la desconoce alguno de los que se sientan en esos bancos? ¿Desconocéis siquiera la misión de aquellas damas francesas acaudilladas por Mme. Javouhey, las cuales entraban en los mismos harenes, consiguiendo infinidad de conversiones, haciendo un gran bien, no sólo á la civilización y al cristianismo, que era su principal objeto, sino á Francia, que las recompensaba en 1837 con 29 medallas de oro? ¿No llegaron nunca á vuestros oídos los discursos pronunciados en el Parlamento francés, donde una y mil veces oradores de partidos y de todas las ideas hicieron la apología de patriotismo y abnegación de las Comunidades religiosas? ¿Quién conservó para la República vecina el Madagascar? ¿Quién mantiene en Egipto la enseñanza católica? Los sectarios Gobiernos franceses, es-

píritus más independientes que los liberales españoles que quieren llamarse católicos, supieron reconocer los grandes servicios que su Nación debía á aquellos hombres, y la más preciada de las condecoraciones de la vecina República fué colocada, no sólo sobre el pecho del Cardenal Lavigerie, sino sobre infinidad de aquellos frailes y de muchas de aquellas señoras que, abandonando su hogar tranquilo y las ventajas de una civilización europea, fueron á pasar toda clase de privaciones y peligros en Marruecos por la fe en Cristo y por amor á Francia. Si lo sabéis vosotros....—*El Sr. Villanueva pronuncia palabras que no se oyen.*—Hace bien S. S. en sonreirse. ¿Qué han de expulsar los liberales un solo fraile?—*El Sr. Feliú:* Ya nos lo dirán clarito esta tarde.—

Y llegamos al problema grave. Los Padres Franciscanos no reniegan de la historia de todos los frailes y de todas las Órdenes religiosas que en el mundo son y han sido. La ambición los domina; en África no buscan más que dinero. El padre Lerchundi, tan traído y llevado en este debate, al cual le han salido amigos fervorosos como el Sr. Cervera y el Sr. Villanueva, de los que Dios me guarde á mí...—*El Sr. Villanueva pronuncia palabras que no se oyen*—; no era más que uno de tantos según, después de una paella—*El Sr. Cervera pronuncia palabras que no se oyen*—, ó de tres paellas, casi se lo confesó al señor Cervera.

Pero ya hablaremos de él á su debido tiempo; ahora debo probar cuán equivocado es el concepto de que el fraile Franciscano tiene como fin de su labor civilizadora en Marruecos el lucro y el dinero.

Para ello debo hacer ante todo una pregunta. El Sr. Villanueva, y como el Sr. Villanueva todas las grandes empresas africanistas, ¿qué van á buscar en Marruecos? ¿Qué persigue en el Rif la Compañía de que es gerente el Sr. Villanueva?—*El Sr. Villanueva:* Yo no soy gerente de nada.—¿Qué va á buscar á África esa Compañía de minas que tanto conoce el Sr. Villanueva? ¿Va á buscar acaso el engrandecimiento del nombre de España y á ensanchar sus dominios? ¿Va á preparar alguna cruzada? No; va á hacer dinero, y hacer dinero es una cosa

muy lícita y honrada y muy justa á la que aspiramos todos, porque sin dinero no se puede vivir; van á hacer dinero para satisfacer sus necesidades y las de su familia, para contribuir con su fortuna á las cargas del Estado y á los deberes del buen ciudadano.

Pues si á S. S. eso le parece muy lógico y muy natural, como se lo parecerá al Congreso y me lo parece á mí, si esto es justo y digno y noble y no es censurable, ¿por qué se censura en los frailes algo que es mucho más digno y que carece en absoluto de estímulos de ambición personal ni enriquecimiento colectivo?—*El Sr. Villanueva*: Los frailes no trabajan en las minas.—Razón de más para que S. S. los dejará en paz; no le hacen competencia. Yo sé que los frailes, hoy pobres, fueron un día ricos; pero sé también en qué emplearon sus riquezas, y cuando recorro los pueblos de mi Patria y veo los hospitales que fundaron, los asilos que establecieron, las iglesias que edificaron, los archivos que guardan sus obras, los museos que demuestran su protección á las artes, bendigo su riqueza. Después pienso que vuestro partido los despojó de sus bienes, y me pregunto: ¿fueron los frailes ó fueron sus protegidos los desvalidos, las ciencias y las artes, los despojados? ¿Dónde está vuestra obra? ¡Ah! si: está en esa burguesía que con su lujo egoísta y escandaloso disculpa esas reacciones obreras, dando la razón á Carlos Marz, cuando decía que el capital no tenía el origen idílico del ahorro, sino que nacía del robo de los bienes de la Iglesia y de la Patria.

Fueron los frailes ricos y no lo son; no hay que hablar, pues, de su riqueza; pero ya que al Sr. Villanueva le escandaliza el que los Franciscanos posean alguna huerta en Marruecos, le recordaré que, según probó el Sr. Cervera, esos bienes no son procedentes de donaciones del Gobierno español, ni son compras hechas por los frailes, son muchos de ellos regalos hechos por el Sultán por servicios prestados al Sultán y á España. (1).

(1) *NOTA del Colector*. Lo que probó el Sr. Cervera fué su mucha ignorancia ó mala fé, pues los Misioneros si se exceptua el lugar que ocupa la Casa-Misión de Casablanca, no han recibido jamás ningún terreno del Sultán de regalo, apesar de los muchos servicios prestados tanto á él como á España.

Se equivocó, pues, S. S. al hablar de las riquezas de los frailes de África y de su origen, así como se equivocó también al hablar de Filipinas.

Y al llegar aquí debo hacer notar una falta de subordinación verdaderamente lamentable, cometida por el Sr. Villanueva en una tarde memorable; el Sr. Moret declaró antipatriótico volver á hablar de la pérdida de las colonias ni de sus causas. Yo quise aquel día contestar al Sr. Moret; pero convencido de mi insignificancia al lado de lo que dentro de la Cámara, por su historia, por su talento, significa el Sr. Moret, no me levanté á protestar de aquella última y bellísima estrofa con que se aumentaba la elegía á la muerte de Meco, que iniciara en París el Sr. Montero Ríos. El Sr. Presidente del consejo de Ministros habia afirmado que era ya hora de olvidar el pasado y de trabajar para la reconstitución de una nueva España—cosa en la que yo estoy conforme, aunque no lo esté en que todos tuvimos la culpa del desastre,—cuando se levantó el Sr. Moret, y leal amigo de sus amigos—no sé si él podrá decir siempre otro tanto de los suyos,—viendo que al traer al Parlamento el recuerdo de tristísimas vergüenzas y de la muerte de nuestra leyenda parecía censurarse y escarnecer la memoria del Sr. Sagasta, declaró que aunque él no habia sido Ministro en el último Gabinete de aquella etapa liberal, asumía todas las responsabilidades que sobre él pudieran venir y respondía á todos los cargos.

Y hasta aquí todo va muy bien; lo que ya no va muy bien es que exacerbado su dolor con el recuerdo de la pérdida del amigo muerto, y queriendo echar el muerto á otros que no fueran D. Práxedes Mateo Sagasta, afirmó que la culpa de la pérdida de las colonias no la tenían los liberales y sí aquellos españoles que habían ido á aquel país á convertirse en apóstoles de la religión católica, sin ocuparse de llenar otros fines y así resultó que para engrandecer la figura de D. Práxedes Mateo Sagasta fué preciso enpequeñecer las de Colón, Legazpi, Hernán Cortés, Pizarro y las de todos los demás conquistadores y todas aquellas figuras gloriosas de la historia, que evangelizaron y civilizaron el Nuevo Mundo. Aquella tarde repito en

que triunfó Pero Grullo, como filósofo—pues es claro que si Colón no descubre América los liberales no firman el tratado de París—el Sr. Moret declaró poco menos que mal patriota al que quisiera depurar responsabilidades y buscar los autores del desastre. Esta minoría calló y dió por buenas las afirmaciones del Sr. Maura y del Sr. Moret; es el Sr. Villanueva quien, desoyendo la voz de su jefe, viene á traer de nuevo la cuestión de la pérdida de Filipinas y á echar la culpa de ella á los frailes.—*El Sr. Villanueva*: No dije eso; mi concepto fué que separaron su causa de la de España en el momento de la pérdida.—*El Sr. Morote*: Y si lo hubiera dicho, sería verdad.—*El Sr. Díaz Aguado examina unos papeles*.—Acabo de repasar las frases pronunciadas por S. S. y veo que, en efecto, era ese el concepto que emitió. ¿De modo que el Sr. Villanueva cree que los frailes llenaron cumplidamente su misión en Filipinas?—*El Sr. Villanueva*: No me pida S. S. una afirmación absoluta de esa clase. Vivían en un medio en el cual tenían que participar de todo lo que ocurriera.—

Está bien; ya tendrá S. S. la bondad de explicar ese concepto en su rectificación.

Conste, pues, como resumen de todo lo dicho: primero, que los frailes africanos intransigentes en los principios no lo son en su conducta; segundo, que son ó pueden ser, si el Estado les ayuda, grandes pedagogos, y tercero, que ni son ricos ni fueron á Marruecos en busca de esas sazoadas riquezas que pregonaba el Sr. Villanueva.

Y con esto terminaría el molestar la atención á la Cámara si insidiosas afirmaciones y equivocados conceptos emitidos acerca de algunas cosas y personas no me obligaran á abusar algunos minutos más de vuestra benevolencia.

Tengo que dirigir un ruego al Sr. Cervera antes de ocuparme de las difentes opiniones sustentadas acerca del padre Lerchundi.

Su señoría, como el Sr. Villanueva, no negó que los frailes tuvieran una gran influencia en Marruecos; pero hizo algo peor: S. S. afirmó que esa influencia, grande y decisiva, la empleaban en trabajar por el Sultán traicionando á España;

sobre todo en la guerra de Melilla. Esto entendí yo y los demás Sres. Diputados; pero no solamente se ha creído esto en el Congreso, sino que casi toda la prensa—puedo citar á S. S. varios periódicos—se han hecho eco de tan absurda afirmación y aun han añadido que cuando el Sr. Cervera, que conoce admirablemente aquel país, que ha vivido en él, que trata á muchos de los que fueron autores y actores principalísimos de aquella triste campaña, habla así, debe tener razones suficientes para demostrar sus asertos.

Pues bien; yo voy á rogar á S. S. algo que seguramente le será muy grato decir pues á fuer de caballero es deber gratísimo volver por la honra de aquellos á quien no con intención y sí por descuido de expresión se ofendió injustamente. Señor Cervera, algunos diputados y yo entre ellos, entendimos el otro día que S. S. acusaba de traidores á los dos frailes que salieron á esperar al ejército español en Melilla. ¿Fue esa su intención? ¿Tiene su S. S. pruebas?—*El Sr. Cervera:* No; ahí está el *Diario de las Sesiones*.—Perfectamente; me basta. Dicho esto vamos á hablar del padre Lerchundi; dos oradores se han acordado del venerable Franciscano: el Sr. Villanueva, que francamente le ha combatido, y el Sr. Cervera, que le ha combatido también, pero de soslayo y con habilidad maquiavélica.

Yo no sé las ideas que acerca de la amistad se profesan en esos bancos; pero crea S. S. que yo, que me honro con ser abrigo de muchos de vosotros, he empezado á tomar miedo á esa amistad. El Sr. Cervera afirma que el padre Lerchundi era modelo de virtud, que era la discreción personificada, era un perfecto caballero, un religioso ejemplar y sobre todo un amigo y para demostrarnos esa amistad al verlo atacado por el Sr. Villanueva, no se le ocurre mejor modo de defenderlo que acusándolo de ser poco sobrio en la bebida é indiscreto siempre que los hervores del champagne le alegraban el espíritu.—*El Sr. Cervera:* El *Diario de las Sesiones* no dice eso.—

Me basta con que S. S. rectifique esa equivocada especie como ahora lo hace: pero conste que, después de esas acusaciones, disimuladas unas, y otras directas, el Sr. Ministro de

Estado ha defendido muy tibia, aunque elocuentemente, al padre Lerchundi.

¿Queréis que presente ante vosotros con toda riqueza de colorido evocado por una imaginación exuberante, por una palabra hermosa? ¿Queréis que os presente viva la figura del padre Lerchundi y lo que España le debe? Pues vais á oirlo:

«A propósito de embajadas, no estará demas recordar un hecho que muchos de los presentes presenciásteis: el de la embajada marroquí enviada al Rey Don Alfonso XII, en los últimos días de su vida, Embajada que recibió ya la viuda de aquel Rey. Entonces vimos por las calles de Madrid y en los salones de Palacio algo que era halagador para nuestros recuerdos, para nuestras ambiciones, para nuestras ideas más queridas: los representantes de la raza musulmana en sus diferentes tipos, el cobrizo, el negro y aún el de los antiguos árabes de Bagdad; y al lado de ellos, sirviéndoles de intérprete trayendo la relación de sus quejas y de sus necesidades ante la viuda del Rey Don Alfonso XII, al padre Lerchundi, modesto y tranquilo, como si en el contacto de estas dos civilizaciones la Iglesia fuera la única que pudiera evitar las dificultades y los choques que entre ellas hubieran de existir.»

¿Veis qué hermosa parece la figura del padre Lerchundi? Pues bien; este hermoso trozo de literatura parlamentaria es obra del jefe del Sr. Villanueva, del Sr. Moret, cuando el Sr. Moret era Ministro de Estado en el año 1893.

«No tengo más rey que San Francisco, ni tengo más patria que Roma.» Esto era después de esos pequeños banquetes con que se obsequiaban...—*El Sr. Cervera*: Y antes.—¿Y antes? Como decía S. S. que era á los postres cuando acostumbraban los frailes decir esas cosas, ¡y los postres son los últimos!—*Risas*.—Pues bien; antes de los banquetes y después de los banquetes solía decir el padre Lerchundi: «No tengo mas rey que San Francisco, ni tengo más patria que Roma.»

La frase es un poco oscura y debe explicarse. «No tengo más rey que San Francisco.» Como pueden comprender los Sres. Diputados, sólo en sentido figurado puede aceptarse: «No tengo más rey que San Francisco»; es decir, no tengo dentro

de mi Orden como fraile, ni en mi conducta como religioso, ni en mis rezos, ni en mis propias aspiraciones más norma que la de la Orden Franciscana; sólo esto puede significar; pues el suponer que San Francisco fuera la única autoridad intelectual, el padre Lerchundi hubiera sido hereje, porque hay algo que está sobre San Francisco, y es la Iglesia Católica. De modo que no puede tener la expresión «No tengo más rey que San Francisco,» sino el significado de su vida, en sus actos, en su conducta particular observaba la Orden de aquél que era Padre de la religión que él profesaba, y gloria de la Iglesia. Y siendo esto así, ¿por qué es antipatriótico? ¿Cómo puede ser un peligro para España? Si á aquél fraile que se honró con ese hábito piojoso, como pintorescamente llegó á decir desde esos bancos, y que se llamó en el mundo Fr. Francisco Ximénez de Cisneros, se le hubiera preguntado si aceptaba la proposición del padre Lerchundi, estad seguros que hubiera contestado: «No tengo más rey como Franciscano, que San Francisco,» y acaso, inmediatamente hubiera corrido á colocar sobre los muros de Orán el estandarte de Castilla.

«No tengo más patria que Roma.» Pero ¿en qué sentido se puede decir eso, suponiendo que la cita sea exacta?

«No tengo más patria que Roma.» Señor Cervera, ¿ve S. S. todos los que se sientan en esos bancos, ve todos los que se sientan aquí, ve muchos de las que se sientan á su lado? Pues bien; en el sentido en que lo decía el padre Lerchundi, lo decimos nosotros todos. Ahí Roma no está tomada en el sentido de capital de los Estados pontificios, que ya la época en que el padre Lerchundi decía eso á S. S. no existían. Roma significa el Pontificado y el centro de la verdad, la Cátedra infalible de la Iglesia, y no se puede ser católico sin estar al lado de esa enseñanza y de esa Cátedra. Es preciso servir á Dios antes que á los hombres, decía el mártir romano cuando, sin conspirar jamás contra el poder de los Césares que le llevaban al circo, se daba como espectáculo á la fiereza de los anticlericales de la Vía-Pía; es preciso, es imprescindible servir á Dios antes que á los hombres, les dice la conciencia, por más que muchas veces recitara su voz con oído de mercader, dado el que

se llama católico aunque sea demócrata. De manera que lo que decía el padre Lerchundi, lo han dicho todos los frailes, lo han dicho todas las monjas, lo han dicho y lo dicen todos los católicos. Y ¿es qué á los católicos se les puede negar el título de patriotas? ¿Es que á las Órdenes religiosas se les puede negar el título de patriotas? Este es sin duda el propósito de S. S.

Señor Cervéra, si no fuera discusión más propia de Ateneo que de un Cuerpo deliberante, yo le diría á S. S.: cojamos la Historia de España, y donde veamos el nombre de un fraile ó de un monasterio, borrarémoslo, y vería S. S. á lo que quedaría reducida. Borre S. S. todas las obras que produjeron inteligencias de hombres que llevaron cerquillo, y desaparecerá la ciencia española; tache las comedias, las novelas, las poesías escritas por los que vistieron sayal, y ya no tenemos literatura; arranque las figuras de los frailes de los cuadros debidos al pincel de nuestros genios, y se despoblarán nuestros Museos; deje cesantes á los maestros que cubrieron sus cuerpos con hábito religioso, y se desvanecerá la gloria de nuestras universidades; rompa la espada con que el fraile caballero luchara contra la morisma, y no hay reconquista; arranque la lengua al misionero, y no se hablará el castellano en America; queme los cronicones escritos por los monjes, y entraremos en la categoría de los pueblos indocumentados. sin tradición y sin gloria. Yo aceptaría con mucho gusto sobre este tema una discusión.—*El Sr. Burell*: En el Ateneo, sí; pero aquí, no.— Lo sé, Sr. Burell; por eso anuncio el tema, no lo devuelvo; afirmo, no pruebo. Luego los frailes, por el único hecho de tener como único jefe á su fundador y por pensar como Roma, en el sentido en que lo decía el padre Lerchundi...—*El Sr. Cervera*: En el sentido político.— No, Sr. Cervera; eso no se lo oyó S. S., eso no lo dijo el padre Lerchundi, no porque sea antipatriótico, sino porque es absurdo, porque es tonto; S. S. le entendió mal.

Porque ¿qué intereses políticos puede tener Roma en Marruecos? Pensad con libertad, discurríd con malicia, dejad á la imaginación anticlerical que vague en cualquier sentido, sospechad con odio. Bien; ¿qué podéis decir? Allí no hay captaciones porque no hay católicos; allí no hay nada de lo que, se-

gún vosotros, es el arma del clericalismo en España para vivir poderoso. ¿Qué podía esperar Roma de allí? ¡Como no fuera que Su Santidad el Papa León XIII quisiera ir á descansar alguna temporada en la huerta que según S. S. regaló el Sultán al R. P. Lerchundi! —*Risas.*— ¿Dónde está, cuáles son los provechos que de los frailes con los moros podía sacar para Roma?

No soñéis con fantasmas; aquí no hay frailes traidores ni espías; aquí no hay nada antipatriótico más que vuestro fanatismo. Odiáis al fraile y querriáis que fuera lo que vosotros deseáis. ¡Y luego nos llamáis intransigentes! Con razón el protestante Macaulay afirma que la intransigencia fué mucho más grande en las sectas, partidarios y defensores del libre examen que en el catolicismo, y añade lo siguiente: «De una pobre, de una ilustre histérica, que si hubiera caído en manos de Calvino hubiera perecido abrasada, hizo la Iglesia Católica una Teresa de Jesús: de un hombre arrojado, independiente de espíritu, como Ignacio de Loyola, que hubiera sido perseguido por Lutero, hizo la Iglesia el jefe de su guardia de honor.» *El Sr. Cervera:* ¿Qué tiene que ver eso con la política de Marruecos? Mucho; porque prueba que era un error lo que S. S. afirmaba acerca de ella, basándose en un falso concepto sobre el patriotismo del fraile. Su señoría nos dijo que el padre Lerchundi tenía el mismo criterio que todos los demás frailes, que era como todos los demás frailes, y yo tenía que decir á S. S. cómo eran los demás frailes, pues el Sr. Cervera lo ignoraba.

Estén, por consiguiente, tranquilos el Sr. Villanueva y S. S. aunque vayan frailes, muchos frailes, ojalá fueran muchos con la protección debida del Estado, no correrá peligro la influencia española en Marruecos, acaso el medio único de sostenerla sea ese. El fraile es un gran elemento colonizador, y la prueba de ello la tienen SS. SS. en que si algo contuvo al sectarismo francés para romper el *statu quo* con Roma, fué el temor de perder el protectorado de Oriente. Repito y lo repetiré mil veces: el fraile es uno de los elementos más importantes de la civilización española, y el Franciscano el único medio que tenemos de poder penetrar en África. ¿Estáis conformes con esto?—*Denegación en la izquierda.*— Pues enton-

ces os voy á leer el siguiente texto á ver si os convenzo—*El Sr. Cervera*: ¿Y qué importan las opiniones de otros señores?—

El fraile Franciscano es la personificación de uno de los elementos de la civilización española y el más propio para ir á África.

Yo ruego al Sr. Lostau que deje por un momento aparte las preocupaciones de su espíritu para juzgar el valor de estas consideraciones. Lo que el marroquí conoce generalmente de Europa es el especulador, el aventurero. La gran repugnancia que tiene para recibir á los representantes de la civilización ária y cristiana, es que descubre en ellos el interés, el egoísmo, la usura; lo que le repugna es que vayan allí esos elementos á recoger, no á facilitar. Nosotros hemos enviado elementos que precisamente van á dar, no á recoger: los médicos, á quienes paga el Estado, que dan la enseñanza, todo lo que está en manos de los médicos, que representa algo como de alquimia en cuanto emplean los medios de curación, que representa algo de medios mágicos en cuanto saben descubrir y predecir la salud, la enfermedad y la muerte. Hemos enviado los frailes, y aquí he de recordar lo que el P. Lerchundi decía hace años al Sultán en una conversación íntima: Tú puedes oirme, puedes escucharme tranquilamente, porque no te pido nada; aquí vienen los embajadores á pedirte negociaciones; aquí vienen los Ministros á exigirte concesiones que puedes creer que acabarán con tu poder; aquí vienen los comerciantes á pedirte un pedazo de tierra; aquí está el mojalato, especie de superfutación de la protección, en virtud del cual el súbdito escapa á la acción del soberano, y que es como la gota que caída pura del cielo, se filtra en el cieno y acaba por envenenar el campo por donde corre. Yo no quiero nada; yo no necesito nada; con mi pobreza ya tengo bastante; un crucifijo sobre mi cuerpo y en la tierra un hoyo que cavarán mis hermanos, me es suficiente; la idea de la eternidad, la esperanza del premio en la gloria, me sostiene. No te pido que cambies de religión; el fraile viene á establecer en las ciudades marroquíes hospitales para los enfermos, viene á tender una mano al viajero perdido, es una enseña de la Patria, como allá en tiempos de Cisneros,

vestido con toseo sayal, pero sirviendo de apoyo y prestando consuelo á los que se pierden buscando algo en los arenales de África.» Esta es la expresi3n de nuestra civilizaci3n, de nuestra historia en Marruecos, que se encuentra hoy, como en los siglos XI y XII se encontraba Espa1a, cuando representaba, no la lucha de los cruzados contra los moros, no el caballero andante que ha llegado á ser legendario en nuestra imaginaci3n, pero que fué real en la vida pr3ctica, sino el templo que se alzaba en el desierto, y tras cuyas puertas había el derecho de asilo; los claustros donde había una hospedería para el enfermo y un refectorio para el hambriento; el modo único de propagar la fe manteniendo la vida de ese pueblo.

Puede el Sr. Lostau lanzar todos sus sarcasmos. ¡Plegue á Dios que si llega á encontrarse S. S. en trabajos semejantes, pueda venir el fraile de burdo sayal á tenderle una mano y á prestarle ayuda!—*Bien, muy bien, en la mayoría*—.

Si una mayoría liberal tuviera que comentar hoy este párrafo, no diría *bien, muy bien*.—*El Sr. Alcocer*: ¿Quiere S. S. decirnos de quién son esas palabras?—De D. Segismundo Moret.

Y aquí, señores, surge una inc3gnita que es preciso despejar. Todos sabemos que los de la izquierda sentís antipatía..., no antipatía, porque eso parece obedecer más á un sentimiento que á una idea; todos sabemos que los partidos liberal, democrático y republicano tenéis la convicci3n de que la causa de nuestro atraso, de nuestra insignificancia en Europa, la tiene la política clerical que en vuestro sentir hace el Gabinete conservador; todos creéis, y yo hago justicia á vuestra buena fe, que en Espa1a el problema más interesante que más urge resolver, es el averiguar dónde nos deben enterrar, si en cementerios confesionales ó laicos; todos afirmáis que si somos pobres, si nuestras industrias no prosperan, si padecemos hambre, si hay mucho analfabeto, el mal no está en los políticos ni está en su desastrosa gesti3n, sino en el excesivo desarrollo y en la gran preponderancia de las Órdenes religiosas. Yo no participo de vuestras ideas, pero hago justicia á la rectitud de vuestra intenci3n. Mis dudas sólo existen acerca del remedio que para este mal guarda sigilosamente vuestro pensamiento.

He leído vuestros discursos, las proclamas del bloque, las declaraciones del jefe ilustre del partido liberal, y sólo he visto una afirmación; según el Sr. Moret, por el Concordato, sólo tres Órdenes religiosas estaban autorizadas en España.

Y aquí surge, como he dicho, la incógnita que debemos despejar. ¿Qué pensáis hacer de las demás Congregaciones establecidas en nuestra Patria? El Sr. Villanueva deplora que el Gobierno haya llevado misioneros Franciscanos á África para velar por los intereses de España; ¿los vais vosotros á arrojar de allí?

Con el mayor respeto, con el respeto que me inspiran siempre hombres como el Sr. Moret, que tan estrecha cuenta tendrán que dar á la Historia y á la posteridad de sus talentos y de la merecida influencia que ejerció entre sus contemporáneos, yo ruego encarecidamente á S: S., en nombre propio y en el de esta minoría, minoría á la cual el partido liberal mira alguna vez con desdén inmotivado... — *Denegaciones en la minoría liberal.* —

Podría demostrarlo; el otro día, en una enmienda que habéis presentado al dictamen de Comunicaciones marítimas, dijistéis repetidamente que estaba afirmada por todas las fracciones de la Cámara y no habíais recabado ni aparecía la nuestra. Alguno de mis amigos se indignó y quiso protestar, pero yo le tranquilicé explicándole vuestra actitud; nos habíais hecho justicia, tratábase de minoría y no queríais contar con los que si bien es verdad que son minoría *per accidens*, es decir en el Parlamento, reconocíais que somos mayoría en el país — *Risas.* —

Como decía antes de esas minorías, yo ruego al jefe del partido liberal, al Sr. Moret, que haga desaparecer una duda que es preocupación de muchos españoles. ¿Qué pueden esperar, qué deben esperar del partido liberal cuando suba al Poder las Órdenes religiosas no comprendidas, según vosotros, en el Concordato?

Yo he oído al Sr. Moret, y en cuestiones parlamentarias los Sres. Moret y Azcárate son verdaderos definidores, que aquí se viene á discutir con el Gobierno y no minoría contra

minoría; pero en primer lugar, á vosotros, antitradicionalistas, no os puede extrañar que haya alguien que quiera romper con la tradición cuando ésta es viciosa, y en segundo término, no podéis negar que los imperativos de la razón son antes que las tiranías del precedente.

El Sr. Moret, y con él muchos de vosotros, entre ellos el Sr. Canalejas, verdadero verbo, y verbo elocuentísimo del movimiento anti clerical en España, han recorrido gran número de poblaciones españolas, y en ellas han expuesto sus ideas, aunque en forma incompleta, y luego han venido al Parlamento y han callado. ¿No es esto una desatención á lo que, según vosotros, representamos aquí? ¿No es esta una desatención, aunque esto me importe muy poco, con la Corona que en el Parlamento debe compulsar y sentir, según vuestro sistema, los latidos de la opinión? El Poder os lo pueden dar la Corona y la opinión; es decir, os lo puede dar sólo la opinión, según vosotros habéis dicho y yo os quiero creer por vuestra palabra, pues no dudo de ningún arrepentimiento muerto: ¿qué hicísteis para convencerla de la panacea de vuestro programa? Habéis hablado, lo sé, al pueblo de Zaragoza y al pueblo de Valladolid; pero me parece que si lo que os proponíais era que lo supiera toda España, era lógico que hubiérais hablado ante las Cámaras. Aquello es una parte del pueblo español; esto, dentro de vuestras ideas, es España entera, y España, por lo menos Tolosa, no os conoce, ¿cómo os va á votar? ¿Cómo vamos á solicitar que se os dé el Poder que tanto ansiáis para hacer, ¡es claro!, la felicidad de la Patria?

Sabemos que sólo hay tres Órdenes religiosas autorizadas por el Concordato; conocemos que hay muchas más en España; ¿qué va á ser de ellas?

Eso desea saber noblemente la Nación, lo desearán los conservadores, creo que lo desean hasta muchos liberales, seguramente lo deseamos nosotros.

La respuesta la espero de la bondad del Sr. Moret. Su señoría cumplirá un deber patriótico si nos dice con leal franqueza: «Efectivamente, hasta ahora hemos equivocado el camino, no nos queremos hacer reos ante la Historia de mañana

del derrumbamiento á donde España va por el excesivo número de frailes, de monjas y de clericales, y es preciso acabar con ello en tal ó cual forma.»

Con impaciencia se espera en los conventos vuestra temible decisión. ¿Iremos á un 93? Vuestro gesto plácido indica que no queréis sangre. ¿Reproduciréis la ley del Sr. Dávila? Este es el enigma.

Nuestro voto no admite duda; se deduce de cuanto dije; mejor de cuanto siempre dijo esta minoría. Fieles á la tradición, á las enseñanzas de la Historia, á las sugerencias de la razón, hacemos votos por que nunca desaparezca de las posesiones españolas de África el hábito humilde y glorioso de S. Francisco, que sea uno de los factores de su colonización. El cordón Franciscano (1) lo conocen bien los musulmanes; fué llevado á Orán por Cisneros, lo vistió Cervantes en Argel y asistió á la batalla de Lepanto oculto bajo el peto del ínclito D. Juan de Austria. Vosotros, los de la izquierda, ¿los expulsaréis de África? ¿Concluiréis con las Órdenes religiosas?

Yo voy á manifestar la opinión de esta minoría. No tenemos fe ninguna en vosotros, no creemos que haréis absolutamente nada, y lo justifica el pasado. El Sr. Moret decía en un discurso, inútil es manifestar que elocuente siendo suyo, pronunciado en una de las mesas del bloque, decía: «No dudéis de mis palabras; mi historia y mis hechos deben servir de garantía.» Pues bien; la historia y los hechos del partido liberal demuestran que no hará nada en este terreno. ¿No habéis sido Poder nunca? ¿No habéis pasado por ese banco muchas veces? ¿Qué habéis hecho? Absolutamente nada, ¿Por qué? ¿Por qué se oponía la Corona? No; el Sr. Moret y el Sr. Conde de Romanones han dicho que jamás han encontrado dificultad alguna en Palacio. ¿Quién se oponía, los conservadores? Por lo pronto eran minoría, y aquí se vence siempre por la fuerza del nú-

(1) *NOTA del Colector.* El cordón Franciscano lo conocen los musulmanes desde el siglo XIII, es decir, desde que á Marruecos vinieron los primeros compañeros de S. Francisco, quienes por defender la fe cristiana, fueron martirizados en la ciudad de Marruecos por Mustanzir Billah el 16 de Enero de 1220.

mero, y en segundo lugar, justo es reconocer que jamás defendieron á la Iglesia de vuestros avances. Además, el sufragio universal, el jurado, el matrimonio civil fueron leyes que vosotros establecisteis y que el partido conservador ha respetado. ¿Por qué no habéis hecho política anticlerical? Por una de estas dos razones: ó porque no habéis querido, en cuyo caso nos dais derecho á dudar de vuestros entusiasmos y de vuestra fe en esos ideales, ó porque habéis temido á la opinión, en cuyo caso no debéis solicitar el Poder sin obtener antes su confianza.

Seréis Gobierno, sin embargo; en España los políticos, lo mismo que el pueblo, carecen de memoria, y ni ellos recuerdan vuestros desaciertos, ni vosotros os acordáis del poético monasterio de Yuste, desde donde la sombra augusta del gran Carlos I, abrumado de gloria, parece deciros con la elocuencia de los hechos que los hombres y los partidos fracasados deben buscar en el olvido y en el arrepentimiento el perdón de sus yerros, sin soñar con locas aventuras.

DISCURSO
DEL SR. SENANTE
PRONUNCIADO EN EL CONGRESO

EN LA SESIÓN CELEBRADA EL 29 DE MARZO DE 1909

El Sr. SENANTE: Señores Diputados, al intervenir en ese debate, he de atenerme, sobre todo, á dos circunstancias: la primera, la de hacerlo brevísimamente, porque no tengo derecho á abusar por mucho tiempo de vuestra atención y de vuestra paciencia, y la segunda, la de ceñirme, cuanto me sea posible, á los puntos que fueron motivo de la interpelación del Sr. Villanueva, que ha dado lugar á mi intervención.

Dos fueron las partes principales de su interpelación. En la primera, tomando pie de la composición de la Embajada que en nombre de España acaba de llegar á Fez, y que de esa Embajada formaban parte dos religiosos de la Orden de San Francisco, arremetió con verdadera saña contra la obra de estos religiosos en África, juzgando desde el punto de vista en que se coloca el Sr. Villanueva la gestión de los mismos religiosos, tanto en lo que respecta á la enseñanza cuanto en lo que se relaciona con todo género de influencia nuestra en África.

En la segunda parte examinó ya más de lleno lo que propiamente constituye la cuestión marroquí, es decir, la política que España ha seguido en Marruecos, tanto por lo que respecta á su influencia directa, cuanto por lo que hace relación á

las inteligencias y alianzas celebradas con otras Naciones para determinar esa misma influencia.

Empezaré yo por esta segunda parte, porque, á mi juicio, cuanto el Sr. Villanueva dijo censurando la política del Gobierno de España, en orden al problema marroquí, y, sobre todo, en lo que hace relación á las alianzas concertadas para influir en Marruecos, merece, no solamente nuestra aprobación, que sería cosa muy pequeña, sinó la aprobación y el aplauso de todos los españoles, porque, en efecto, Sres. Diputados, error grave de la política española ha sido unir la causa de España á la de dos Naciones que han sido siempre nuestras constantes enemigas y que por lo que respecta al problema marroquí tienen intereses enconradísimos con los nuestros.

Creo que al hablar así no incurriré yo en aquellas censuras que el Sr. Ministro de Estado se sirvió dirigir á los Diputados que trataron y hablaron de estas cuestiones, es decir, que trataron de la manera cómo se conducen las Naciones que han contratado determinados pactos; no se han de referir á eso mis observaciones, han de referirse á los hechos, á la manera cómo proceden esas Naciones, concretamente á la manera de proceder de Francia, que está demostrando que tiene en Marruecos intereses completamente contrarios á los nuestros, y, por consiguiente, estimo que es una equivocación lamentabilísima unir la suerte de España y pactar alianzas respecto de los asuntos de Marruecos con una Nación que precisamente tiene allí intereses encontrados á los nuestros.

Por esa razón, porque los intereses de Francia se hallan tan encontrados á los nuestros, es por lo que, á pesar de lo que haya pactado en aquellos Tratados y aun del Acta de Algeciras, y tal vez sin faltar á la fe prometida en los Tratados, no he de entrar en ello, pero de hecho está procurando Francia, como decía muy bien el Sr. Cervera, extender por todos los medios cada día más y más su influencia en Marruecos, y no solamente su influencia, sino su dominación. Lo ocurrido primero en Uxda y después en Casablanca está demostrado, elocuentemente, con elocuencia que no estriba en los razonamientos que se hagan por una y otra parte, sino que se deriva

de los mismos hechos, cómo Francia trata de ampliar, no sólo su esfera de acción é influencia, sino, lo que es peor todavía, su misma dominación.

En estas circunstancias, sabido que Francia tiene su mira puesta en este ideal—y después indicaré algunos otros hechos que demuestran más plenamente todavía lo que, en relación con esta misma expansión territorial en Marruecos, Francia á toda costa y por todos los medios está procurando—; en estas circunstancias, digo, unir nuestra suerte con una Potencia que está aspirando, cosa que hemos de evitar á todo trance, á ejercer en Marruecos una influencia que únicamente á nosotros nos corresponde de derecho: unir nuestra suerte, repito, á esa Potencia, estimo que ha sido error gravísimo, error transcendental, error que ya está purgando la Nación española y que todavía en lo porvenir desgraciadamente habrá de ser para nosotros causa de muchísimos mayores males. Y si se tiene en cuenta que esa acción concertada con Francia viene también á concertarse con Inglaterra, que es enemiga nuestra tradicional y á la que Francia á cambio de su benevolencia ha dejado libre y expedita su acción en otros puntos como Egipto y Terranova, es evidente que entregados nosotros por completo á esa Potencia hemos de llegar, no ya al término en que nos vemos, sino al más triste en que nos veremos.

Consecuencia de esto es, como decía muy bien el Sr. Villanueva, que Alemania, que era la única que podía tener intereses armónicos con nosotros en Marruecos, y con la cual debiéramos haber pactado ciertas inteligencias, accediendo y correspondiendo á las invitaciones muy notorias que de allí se nos hicieron, á espaldas nuestras, venga á celebrar Tratados tan gravísimos para España como ese reciente Tratado franco alemán, el cual, á pesar de la exégesis que de él nos hizo en su elocuente discurso el Sr. Maura y Gamazo, ó no es absolutamente nada—y á eso equivaldría el que no tuviera más alcance que ser una ratificación del Acta de Algeciras, porque es completamente inútil y baldío, y por tanto, inverosímil ratificar aquellos acuerdos que de modo ostensible están expuestos y concertados en aquella Conferencia y en aquella Acta—, ó sig-

nifica algo muy grave para España, tanto más cuanto que no conocemos por completo ese acuerdo; conocemos, sí, el texto que se ha hecho público en periódicos, pero es muy extendido y general el rumor, del que se han hecho eco notabilísimas publicaciones extranjeras y también el Sr. Villanueva, es muy extendido el rumor y muy posible, dadas esas circunstancias, de que al lado de ese acuerdo existe otro acuerdo secreto, en el cual seguramente las ventajas no serán muy grandes para España.

Decía antes que, además de ese hecho positivo, cierto, visible, que nadie puede negar de que Francia está deseando extender su acción y su dominación en Marruecos, hay otras circunstancias que ya por sí solas, y más unidas á las otras, están demostrando palpablemente cuáles son los propósitos de la Nación vecina; y me refiero con esto á lo que con motivo de la ocupación de Casablanca y de la campaña que no he de calificar—me remito por completo respecto de los calificativos que esa campaña mereció á las palabras elocuentes que sobre la misma pronunció, me parece que el Sr. Villanueva, y creo que el Sr. Cervera hizo también referencia al particular—, á lo que con motivo de esa campaña, comentándola, decía un periódico como *Le Temps*.

Demuestra palpablemente lo que ha ocurrido en Casablanca que con sólo 20.000 hombres se puede ir en Marruecos á donde se quiera.

Y todavía, más grave que esta consideración de un periódico, que al fin y al cabo es una opinión de la prensa, es otra circunstancia que seguramente conocerá el Sr. Ministro de Estado como la conocen muchos, la conozco yo, el menos llamado á intervenir en estas cosas, razón de más para que las conozca el Sr. Ministro de Estado, si, como es de creer, yo le hago esta justicia, se preocupa de todo lo que en el exterior afecta á España. Me refiero á lo que se ha dicho respecto á ciertos informes pedidos al Estado Mayor francés y dados por dicho Estado Mayor, y en los cuales, según se asegura, partiendo de los datos y de las enseñanzas recogidas en esa misma campaña de Casablanca, se dice que con 200.000 franceses, y en dos

años de término, contando con todos los elementos con que cuenta una Nación como Francia, se puede, no solamente conquistar Marruecos, sino dominarlo é imponerse por completo en el Magreb. Claro es que estos dos hechos que acabo de citar, enlazados sobre todo con lo que estamos viendo todos los días, que es la acción de Francia en Marruecos, son muy bastantes para poner sobre aviso á España, para poner sobre aviso á su Gobierno, y ya que se cometió el error gravísimo, la equivocación tremenda de ir aliados nosotros con Naciones que tenían intereses opuestos á los nuestros en Marruecos, y que por lo mismo que tenían esos intereses, nunca podían ser auxiliares nuestros, sino constantes rivales, ya que no se fué á donde únicamente se debía ir, que era á una inteligencia con Alemania, que repetidas veces nos la brindaron y que podía servirnos de poderoso auxiliar para la defensa de nuestros intereses propios, y llevar una acción común en lo que esos intereses de España y Alemania fueran armónicos en Marruecos, ya que eso no se hizo, por lo menos, Sr. Ministro de Estado, sirva este precedente de acicate al Gobierno para estar muy despierto y muy alerta y aprovechar las circunstancias si el porvenir las presenta para bien de España, porque como decía el Sr. Maura y Gamazo, en lo internacional, como en lo civil y en lo privado, el hecho de llegar á un acuerdo y de extender en un papel el documento y firmarlo, no realiza por completo toda la aspiración de las partes que contratan; después se llega á la realización, á la vida de eso mismo que se ha estipulado, y en el desarrollo de estos sucesos ocurren hechos nuevos que pueden determinar que las Naciones sigan uno ú otro rumbo.

Estos hechos nuevos, no nuevos, porque ya ocurrieron antes otros análogos, pero nuevos en el sentido de que se han llegado á producir esos mismos hechos después de esas convenciones, son muy bastantes para que, como decía el Sr. Villanueva, sin faltar á la lealtad que debemos á los Tratados que hemos celebrado, sin ser desleales á ninguna Potencia, podamos ir encauzando y llevando la política de España por aquellos derroteros que más convengan á nuestro interés, á nues-

tra independencia, á nuestros prestigios y al decoro nacional. Y esta aspiración no es nueva, no se pronuncia por vez primera en esta Cámara. Precisamente en el año 1904, á raíz de aquel funestísimo Tratado anglo-francés, cuando se estaban haciendo las gestiones para llegar al Tratado que después celebró España adhiriéndose á ese Tratado de Inglaterra con Francia, en estos mismos bancos y desde este mismo sitio se levantó una voz muy elocuente que, por desgracia, ya no resuena en este recinto: la voz del Sr. Nocedal, mi queridísimo jefe, llamando la atención precisamente á un Gobierno conservador presidido también por el señor Maura sobre las negociaciones que entonces estaban realizándose para llegar á ese acuerdo con Inglaterra y Francia, aceptando el que aquellas dos Naciones habían celebrado antes; indicando cuán funesto había de ser para España este acuerdo. Yo, previendo lo que en el porvenir había de suceder, llamaba la atención del Gobierno sobre que había otra Potencia que tenía intereses en Marruecos, no encontrados ni opuestos á los nuestros, y decía que con esa, esperando momento y circunstancias propicios, deberíamos concertar nuestros esfuerzos y proceder de común acuerdo en el Imperio marroquí.

Bien sé que el Gobierno podrá decir, con muchísima razón, que esta dirección que ha impreso á nuestra política en Marruecos, sobre todo en punto á concertar esas alianzas con Naciones como Francia é Inglaterra, no es cosa peculiar y exclusiva del Gobierno conservador: bien lo sé; esa aspiración de los Gobiernos españoles á pactar alianzas con Inglaterra y con Francia es común al partido conservador y al partido liberal, y aunque el Sr. Villanueva al expresarse como lo hizo la otra tarde fuera una nota discordante, aunque muy plausible en mi opinión, dentro de la aspiración de su partido, no es posible olvidar lo que repetidas veces ha dicho su jefe, ya desde los bancos de la oposición, ya desde el Gobierno, indicando que nuestros intereses nos llevaban á pactar y concertar aquellas alianzas.

Por esto, tan funesta como ha sido la política del partido conservador en este particular lo ha sido la política del par-

tido liberal, y por eso nosotros, como grupo meramente político y actuando únicamente dentro de la política general, nos hemos opuesto á la política de uno y otro partido, funestísima para España en lo que respecta al orden internacional exterior, como en lo que respecta al orden interior. Y aprovecho esta ocasión para hacer esta manifestación en este lugar, á fin de disipar por completo hablillas, murmuraciones que han corrido por muchas partes y de las que se ha hecho cargo la prensa, respecto de la actitud de esta minoría, porque la actitud de la minoría á que tengo la honra de pertenecer es como ha sido antes y como será siempre, de oposición radical y terminante, no solamente al partido liberal extremo, radical ó democrático, sino también al partido liberal conservador que ocupa ahora esos bancos, y merced al cual ha sido posible en España, primero, la implantación de una porción de reformas en sentido realmente radical y revolucionario, y después, lo que es más grave, la conservación de esas mismas reformas, que si no fuera por la acción del partido conservador, hace mucho tiempo que hubieran sido barridas completamente de España.

Pero, en fin, volvamos á la cuestión, y estando ya otra vez dentro de ella he de insistir en lo que antes decía: en lo errónea, en lo funesta que ha sido para España la política internacional, la política exterior del Gobierno conservador, como antes lo fué la del Gobierno liberal en orden al problema de Marruecos.

Es cierto que dentro de esa política el Gobierno ha tenido aciertos; por lo mismo que somos adversarios leales, así como censuramos aquellas que creemos equivocaciones ó errores funestísimos, así hemos de aplaudir, ó, por lo menos, no hemos de formular ninguna censura respecto á aquellos actos en que el Gobierno haya podido acertar; y acertó, indudablemente, en la actitud que adoptó en Casablanca en los momentos más críticos de la ocupación de aquel territorio por Francia, y acertó también en la ocupación de la Restinga y de Cabo de Agua; en esto el Gobierno ocupó el lugar que debía ocupar, por esto, yo, que no he sido parco ni remiso en mis censuras para su política total, no he de hacer extensivas estas censuras

á esos aciertos aislados, circunstanciales. Pero he de observar que estos aciertos aislados, individuales, concretos, en modo alguno afectan ni merman lo nocivo de la política general del Gabinete en ese orden internacional, y por eso quedan en pie todas mis anteriores manifestaciones y censuras y las afirmaciones que antes hice y que ahora ratifico sobre lo funesta que ha sido la gestión de este Gobierno, tanto en la política exterior como lo ha sido también y sigue siendolo su política en el interior.

Pero de todos estos errores del Gobierno, en cuanto á nuestra política en Marruecos, ¿qué culpa tienen los frailes? Porque parecía que esta era la obsesión del Sr. Villanueva. Explicaba S. S. admirablemente las consecuencias que para nosotros se habían seguido de esa política, que nos convirtió, según decía S. S. y tenía muchísima razón, en verdaderos satélites de Francia; Francia era nuestro planeta, nosotros su satélite y no hacíamos más que aquello que la fuerza de atracción de ese planeta en cuya órbita giramos nos imponía y exigía de nosotros en cada momento; y cuando yo estaba oyendo al Sr. Villanueva decir todas estas cosas acertadísimas que merecían todo mi asentimiento, volvía S. S. á su primer tema, y decía: y con esto, ¿qué hacen los frailes en Marruecos? Pero, Sr. Villanueva, ¿es que pueden imputarse á los frailes estos errores, estas equivocaciones tan funestas para los intereses de España en Marruecos, allí donde debiéramos tener, y seguramente tendremos en el porvenir, tan positiva influencia?

Esto me lleva, aunque invierta el orden de los temas que formaron la primera parte de la interpelación del Sr. Villanueva, á tratar de esta cuestión, y de muy buena gana entraría en ella, para unir mi voz á la elocuentísima de mi querido amigo Sr. Salaberry en defensa de las Comunidades religiosas en general y en particular de los beneméritos hijos de San Francisco y de su gestión en Marruecos. Al hacerlo así cumpliría, en primer lugar, un deber de justicia, puesto que, convencido de lo contrario de cuanto aquí han dicho los Sres. Villanueva y Cervera, exigiría esa misma justicia que yo, rindiendo culto á la verdad, me levantara y expusiera mi pensa-

miento sobre el particular; pero, además, habría otra consideración, que así lo exigiría y es mi deber de compañerismo y de hermandad, porque yo, señores —lo digo muy alto, porque aquí hay muchos que de estas cosas no hacen aprecio, y tampoco faltan algunos que hagan gran menosprecio de ellas—, y yo, aunque indigno, soy hermano de aquellos héroes de Cristo, porque también ciño á mi cintura el cordón de San Francisco de Asís; pero no lo haré, y no lo haré por no molestaros y cansaros inútilmente, después de la brillantísima defensa que ayer oímos al Sr. Salaberry. Cuanto él dijo habría de repetirlo yo, cuanto él afirmó habría yo de afirmarlo; por lo tanto, con subscribir sus palabras me parece que he cumplido la misión que sobre esta materia me había impuesto; porque donde tantos se han levantado para criticarlos, para censurarlos, para zaherirlos y para denostarlos, que de todo ha habido, bueno es que se una mi voz á la voz elocuentísima que salió en su defensa.

Sin embargo, antes de sentarme me habéis de permitir que recoja algunas indicaciones que sobre este particular se hicieron.

El Sr. Villanueva, invocando un texto del señor Presidente del Consejo de Ministros —palabras que pronuncie ó el Sr. Maurra en la discusión á que antes me refería, aquella del año 1904 suscitada por el Sr. Nocedal con motivo de las negociaciones que entonces se estaban llevando á cabo para el funestísimo Tratado de Octubre de 1904, por el cual unimos nuestra suerte al carro de Francia y de Inglaterra—. El Sr. Villanueva, repito, decía: «¿Á qué van allí los frailes? Á evangelizar no van, porque en Marruecos no se puede evangelizar.» Y ¿por qué no? ¿Por qué en Marruecos no se ha de poder evangelizar? ¿Por qué no van allí á evangelizar? Pues ¿no decís vosotros que es preciso que se deje sentir la influencia en Marruecos para llevar allí la cultura, la civilización? ¿No es este el motivo de la ingerencia y de la acción de todas las Naciones europeas, precisamente para sacarlos de la barbarie en que están sumidos y civilizarlos? Y yo me pregunto: ¿es posible cultura sin comenzar por la evangelización? Pues ¿acaso sería civilizar un país

dejarle, á sabiendas, sumido en los groseros errores en que se encuentra?

Cierto que esto no se hace con violencias, con intemperancias; cierto que las circunstancias han de señalar el camino que se ha de seguir y que la prudencia ha de ser la que inspire los procedimientos á que se ha de recurrir para ello y que la evangelización en Marruecos será más lenta, más difícil, de resultados menos visibles, menos tangibles; pero de esto á decir que los religiosos de San Francisco no deben ir á evangelizar á Marruecos media una distancia inmensa, tanto más cuanto que será imposible toda civilización si no se comienza por las predicaciones del Evangelio de Jesucristo.

Si no lo hacéis así, por muchos adelantos científicos y de todos los órdenes que llevéis; no conseguiréis más que convertir á aquellos pueblos en bárbaros civilizados, y la barbarie civilizada es mil veces peor que la barbarie salvaje. Por eso, con razón, ha podido escribir un autor español un libro refiriéndose á Europa que se titula *La Europa salvaje*; porque aunque en muchas cosas estemos adelantados, como la luz del Evangelio se va eclipsando en algunas partes, Europa es un verdadero pueblo salvaje.

Y claro está, porque pueden y deben allí evangelizar, la primera acción de los religiosos en Marruecos es precisamente la misión de la enseñanza. De aquí la necesidad de las escuelas, las cuales, en tanto en cuanto son dirigidas por ellos y tienen ese fin primordial é importantísimo, han de ser —y en esto yo disiento por completo de lo que aquí decía el Sr. Maura Gamazo— confesionales. Claro está que esto no implica la imposición de las doctrinas de Cristo á los alumnos que van á la escuela, pero sí la exposición de esas doctrinas y de estas materias en la escuela que es lo que constituyen su confesionalidad. Yo estimo y creo, y conmigo piensa gran parte de España, por no decir España entera, que las escuelas de esos religiosos han de ser confesionales como medio primordial necesario para que puedan ejercitar esa acción de cultura en el Imperio de Marruecos.

Y decía también el Sr. Villanueva: no van á evangelizar—

ya hemos visto que esto, perdóneme mi digno amigo el Sr. Villanueva que le diga no es exacto, ó al menos no debe de ser exacto, lo que S. S. afirma—, van á recoger las migajas que caen de las mesas de los Sultanes, á ser colectores, como decía el Sr. Cervera del padre Lerchundi, de todo cuanto se pueda recoger, y de aquí las grandes propiedades que poseen, los grandes territorios ó fincas que están bajo su dominación según el Sr. Cervera.

En primer lugar, ¿hay alguna razón, tanto de índole jurídica, como ética, como de orden internacional, que prohíba á los religiosos en Marruecos lo que está permitido á cualquier particular? Si cualquiera puede adquirir, ¿por qué ellos no pueden adquirir? Esas adquisiciones, ¿en daño de quién están hechas? ¿A quién producen lesión ó agravio? ¿No decís vosotros que proceden de las liberalidades de los Sultanes mahometanos?

Por consiguiente, el título es legítimo y la posesión también; pero además observad que os estáis contradiciendo, porque ha sido tema constante de vuestros discursos la perniciosa influencia de los frailes para la causa de España en Marruecos, y os contradecís en esto; porque no será tan excusa su influencia cuando tienen esas donaciones que son motivo, fuente, origen de los bienes que poseen. Si ellos aunque religiosos son españoles y esas posesiones vienen á estar en poder de españoles, ¿qué va perdiendo la causa de España? ¿No estáis vosotros constantemente diciendo y pregonando las obras de aquellos individuos de otras Naciones que por medio de su trabajo, de su industria, adquieren territorios, logran medio de influir en la política marroquí y en las cosas de Marruecos?

Pero además, en aquella larga lista, es decir, no larga; en aquella lista corta y escasa, porque lo principal, sin duda, lo dejó el Sr. Villanueva para mejor ocasión, en aquella lista sucinta que nos leyó el Sr. Villanueva de las propiedades que tenían los religiosos en Marruecos, resultó que son iglesias, capillas, escuelas, huertas. Y yo pregunto: ¿pues acaso podrían los religiosos ejercer su acción en Marruecos sin tener estos medios precisamente para cumplir su misión evangelizadora,

sin tener sus iglesias, sus capillas, sus escuelas?

Y puesto ya á censurar la gestión de los religiosos en Marruecos, que llegó á calificar el Sr. Villanueva—quiere leer sus palabras por no atribuirle algo que él no haya dicho—que sólo servirá para producir daño al nombre español y á todas sus aspiraciones; en su afán, digo, de censurar esa acción, que calificó de esta manera, todavía encontraba motivo de censura en la erección de un Obispado en Tánger, Obispado conferido á un español, lo cual debiera ser motivo de satisfacción para nosotros. Este Obispo es el padre Cervera, y la creación de este Obispado, que, como después diré, constituye el único triunfo obtenido por España en cuanto á la influencia en Marruecos se refiere, lo calificaba no solamente de torpe y de inhábil; sino hasta de tiranía para todos los españoles que allí residen.

Pues bien, señores; Francia, donde como es sabido, porque la frase de uno de sus políticos se ha extendido y ha corrido por todas partes, no se considera el anticlericalismo como producto de exportación, ha tenido muchísimo empeño en sujetar toda la acción religiosa de Marruecos al Obispado de Orán y que todo Marruecos en lo religioso dependiera de este Obispado de Orán. Claro es que al hablar así me refiero á las misiones católicas que en Marruecos existen, no me refiero á los infieles, no á los herejes como los llama el Sr. Cervera, quien no me extraña que poco afecto á estas cuestiones no esté enterado de la diferencia substancial que existe entre los infieles y los herejes, y de que lo de infieles es aplicable á los marroquíes; pero no lo de herejes; pero, en fin, esto no es del caso.

Iba diciendo que Francia tuvo mucho empeño en que quedaran sometidas á la jurisdicción del Obispado de Orán toda la cristiandad y misiones de Marruecos, y que ese propósito lo frustró primeramente el padre Lerchundi, y como ahora lo hubiera vuelto á reproducir, á pesar de las persecuciones que en Francia hay para la Iglesia católica, porque el clericalismo no es considerado allí como producto de exportación y se esforzara en lograr aquel deseo, y no solamente esto, sino que cuando las tropas francesas ocuparon Casablanca fueron

con ella religiosos Franciscanos franceses para ejercer por medio de ellos su influencia en Marruecos, convencida Francia de que los frailes son un excelente medio de penetración para llevar la cultura y la civilización á un pueblo, misión que no se puede realizar si no se trata primero y primordialmente de evangelizarle, llevando la luz de la verdad á su pobre inteligencia sumida en la mas profunda ignorancia....—*El Sr. Morote:* No es exacto. Todas las religiones son mentira.—¿Todas? Pues era menester que viniera un santo padre como S. S. para que hiciera esa definición.

Pero, en fin, es lo cierto que esa aspiración y esos propósitos de Francia se han frustrado precisamente por la acción del padre Cervera, actual Obispo de Fessea, con residencia en Tánger, que aunque sea homónimo de S. S. media un abismo, una gran distancia entre aquel Prelado y S. S. en una porción de cosas. Y decía que si á esa gestión del padre Cervera ha contribuído, que yo no lo sé, el Gobierno, merecería por ello mi aplauso y sería uno de los pocos aciertos á que yo me refería antes, y por lo mismo que no hemos de ser nunca pareos en la censura cuando sea merecida, tampoco hemos de regatear el aplauso en las ocasiones en que deba ser tributado.

Lo cierto es que la creación del Obispado de Tánger ha hecho que no prosperen los propósitos de Francia, y que en lo religioso Marruecos no dependa de un Obispo francés, sino de uno español, residente en Tánger; y también se ha conseguido que los religiosos Franciscanos franceses evacuaran Casablanca continuando allí los españoles de la misma Orden, que antes que aquéllos estaban, y si todo esto, repito, constituye un triunfo obtenido sobre la política francesa en Marruecos, ese triunfo es debido en primer término á esos religiosos Franciscanos, tan execrados por vosotros, y cuya acción civilizadora y patriótica en Marruecos tan injustamente, á mi juicio, habéis combatido.

Y que nuestros religiosos son tan queridos de los marroquíes, aunque otra cosa creyeran algunos señores Diputados—no sé si el Sr. Villanueva dijo algo sobre esto, y por ello no se lo atribuyo,—es un hecho tan evidente que se está despren-

diendo de una porción de documentos oficiales, y que sin necesidad de recurrir á esos textos se desprende también de las mismas manifestaciones de los Sres. Cervera y Villanueva, y también de palabras aquí pronunciadas por el Sr. Moret. Porque al afirmar lo contrario el Sr. Villanueva ha incurrido en una notoria equivocación. Recordad, Sres. Diputados, que el pueblo musulmán, y por lo tanto los marroquíes, está sufriendo la presencia constante de otro pueblo á quien odia y aborrece de muerte, del pueblo judío, que es un parásito que acompaña constantemente al marroquí, que no se puede desprender de él, aunque siempre le aborrezca y excre; y si los informes de Marruecos se toman por conducto de nuestros agentes consulares, que en gran parte pertenecen á ese pueblo judío, los informes que se reciban han de ser como de judíos, es decir, de los enemigos, de los completamente opuestos á los frailes, á los cuales ellos aborrecen también.

Por eso no me extraña lo que el Sr. Villanueva decía, porque si en sus excursiones por Marruecos se ha valido, y á sido acompañado de esta clase de gentes, de estos judíos, habrán sido equivocadísimas las impresiones, las informaciones que de allí haya traído, y por eso me explico que expusiera aquí, entre acentos de indignación, como un hecho execrable realizado por los religiosos Franciscanos que contribuía á indispuestos con los marroquíes, aquel famoso de la quema de la estatua de un judío con un libro en una mano y unos panes en la otra. En esto no me meto ahora, ni tampoco entro á examinarlo, porque aunque el hecho sea cierto, (1) el Sr. Villanueva lo afirma y no tengo por qué negarlo, aunque el hecho sea cierto y en él tuvieran intervención los frailes, va mucho camino que sería preciso andar para llegar á la verdadera persecu-

(1) Nota del Colector. Lo que el Sr. Senante no se atrevió á negar rotundamente y á priori por no dejar por mentiroso al Sr. Villanueva, lo negamos nosotros bien informados de todo lo que pasó en Tetuán el Sábado Santo del año 1906. Allí no intervinieron, como no intervienen nunca, los frailes en esos recreos tradicionales, importados aquí por muchos regionales de España. El Sr. Villanueva, por las causas que él sabrá, quiso impedir un día, con la autoridad de los religiosos, ese recreo que nunca hizo daño á nadie, y no pudiendo lograrlo, porque los religiosos no quisieron entrometerse en una cuestión que en caso de ser reprehensible, tocaba más bien á la autoridad el reprimirla, se indispuso contra ellos, y por lo visto, quiso vengarse injuriándolos de esa manera en el Congreso. ¿Es esto razonable?

ción; pero sin entrar, repito, á examinar el hecho y suponiendo que se hubiera realizado y que en él hubieran tenido los frailes la participación que el Sr. Villanueva les atribuye, de esto no se desprende que hiciera nada que enajenara á España las simpatías y la voluntad del pueblo marroquí: si acaso, enajenaría las voluntades de los judíos, pero más bien atraería las de los marroquíes, porque es tal la animadversión que tiene el pueblo marroquí al judío, que no perdona ocasión de manifestársela y toma con grandísima satisfacción todo aquello que pueda ser ofensa, molestia y agravio á ese mismo pueblo judío.

Pues bien; sin referirme á otra clase de antecedentes; datos y pruebas, limitándome únicamente á documentos oficiales, en el *Libro Rojo* repartido por el Sr. Ministro de Estado encuentro dos documentos que demuestran lo que estaba yo diciendo: por una parte, las grandísimas simpatías que tienen los marroquíes por los Franciscanos españoles, y por otra, el odio grandísimo que profesan al pueblo judío.

Cualquiera que conozca Marruecos, que conozca aquella raza, su historia y sus antecedentes, comprenderá que esto que digo es exacto; pero aparte de esto, se desprende del documento que con el número 54 obra en ese *Libro Rojo*. Está expedido por el ministro plenipotenciario de España en Tánger, Sr. Llabería, con fecha 14 de Noviembre de 1903, y hablando de la actitud de los marroquíes con respecto á los europeos, además de otras cuestiones ajenas por completo á esto, dice: «El moro ya no respeta como antes al europeo, y casi llega á equipararlo al judío»—no llega á equipararlo, *casi*,—«al que, con razón ó sin ella, está siempre dispuesto á perseguir y menospreciar.» Los marroquíes á los judíos. Decidme si los marroquíes pueden tomar como ofensa propia, y ser causa de animadversión á España, cualquier acto que se realice que no vaya directamente contra ellos, sino contra los judíos, como aquel acto á que se refería el Sr. Villanueva.

Por otro lado, el afecto y el respeto que tienen los marroquíes á los Franciscanos españoles, la grandísima influencia que éstos ejercen sobre aquellos, además de desprenderse

de ese mismo hecho de que hayan formado parte de Embajadas, mejor dicho, de que hayan logrado que fueran Embajadas de Marruecos á estas ó las otras Naciones europeas y de haber formado parte alguna vez los mismos Franciscanos de Embajadas marroquíes enviadas á España y á otros países, además de todo esto que está reconocido en vuestros discursos, la influencia de los Franciscanos españoles en Marruecos se desprende claramente del documento que con el núm. 18 obra en ese mismo libro, en el cual, dando cuenta el cónsul de España en Casablanca, precisamente con fecha 13 de Septiembre de 1903, de varios sucesos que allí habían alterado por completo la paz y habían dado origen á que los moros agredieran á diferentes europeos, dice lo siguiente: «Dichos moros son de los más fanáticos y terribles, tanto, que el mismo gobernador no tiene mando sobre ellos. Ha ocurrido, sin embargo, un caso curioso, que demuestra, en medio de su fanatismo, el respeto á los misioneros españoles: el mismo día en que venían en número de más de trescientos—cuando iban á asaltar el palacio y á cometer todos aquellos atropellos que dieron lugar á una porción de negociaciones y reclamaciones,—se encontraron en el campo á nuestros dos misioneros y les respetaron en términos que algunos de ellos les acompañaron.»

Ya veis, pues, cómo estos mismos documentos oficiales están demostrado lo que yo os decía: por una parte, la influencia grandísima que tienen los frailes en Marruecos, y por otra el grandísimo ascendiente que los misioneros tienen sobre los marroquíes.

Si esto es así, claro es que no concibo cómo un día y otro día, una y otra vez, se viene aquí, en este recinto, á levantar la voz para pedir poco menos que sean completamente expulsados, extrañados de Marruecos estos religiosos, cuando su acción, su influencia, ha de ser medio poderosísimo para esta misma influencia de España en aquel país.

Y esto no lo digo yo; esto lo oísteis anteayer en las palabras elocuentísimas del Sr. Moret leídas por el Sr. Salaberry, en las cuales abogaba por esto mismo, en las cuales se sostenía que eran un poderosísimo medio de penetración y de influen-

cia de España en Marruecos estos frailes, estos misioneros tan vilipendiados por vosotros y tan ensalzados por los que conocen de veras la altísima misión que realizan.

Y para terminar, sólo me ocuparé—dando de mano á otra porción de cuestiones que podrían ser motivo para que yo diera más extensión á mi discurso, cosa que no voy á hacer—de aquella falta de patriotismo que se atribuye á los frailes.

No caeré en el intento de recordar los incidentes de Melilla, á donde fueron dos religiosos, por cuyo motivo preguntaba el Sr. Cervera. ¿Para qué? porque ya oísteis al Sr. Moret que dijo que á prestar un gran servicio á la Patria ¡Es triste y doloroso que de hombres que van á prestar un gran servicio á su patria, hecho afirmado por persona de esa altura—porque entonces dirigía el Sr. Moret la política exterior desde el banco azul,—es triste, repito, que no sólo se diga que no le prestaron y que en vez de encarecer esos servicios y de hacerles justicia, se afirme que iban á hacer el oficio de espías en contra de España y en favor del Sultán de Marruecos!

Pero no puedo resistir á la tentación de daros lectura de unas palabras de un periódico de Tánger, publicadas precisamente con motivo de esta interpelación, pues aunque no se había suscitado, ya se habían hecho algunas indicaciones como aquella famosísima del Sr. Azzati—que no tengo porque recordar—y con motivo de todo cuanto aquí se había dicho con ocasión de la política de España en Marruecos y de que iban dos frailes en la Embajada.—*El Sr. Cervera pronuncia palabras que no se perciben.*—No oigo á S. S.—*El Sr. Cervera:* Fué un periódico inglés.—

Pues razón de más para lo que voy á decir, porque siendo Inglaterra un país poco amigo de los frailes y poco amigo de España en este particular, su testimonio ha de ser de muchísima mayor autoridad. Precisamente hablando de ello *El Eco Mauritano*, decía lo siguiente: «En cuanto al patriotismo de estos modestos sacerdotes»—aunque dice sacerdotes se refiere á los frailes, y hago esta aclaración porque el Sr. Villanueva me parece encontraba una diferencia esencial entre sacerdote y fraile á propósito del cumplimiento de ciertas

cláusulas del Tratado, me parece que del año 60, en el que se disponía que en Tetuán hubiera ciertas iglesias en donde se celebrara misa por sacerdotes españoles, y dijese que no se había cumplido tal artículo, toda vez que las misas se celebraban no por sacerdotes, sino por frailes españoles, como si pudiera haber diferencia esencial entre el fraile y el sacerdote— «en cuanto al patriotismo de estos modestos sacerdotes, nadie de buena fe puede ponerlo en duda. Baste, para no fatigar al lector con larga enumeración de hechos meritorios, citar un solo caso. En cierta ocasión, no muy lejana relativamente—no queremos precisarla—, dejaron de percibir los frailes la modesta asignación que tienen fijada y que el Tesoro español les abona con fondos de la Obra Pía de Jerusalén. Estos frailes, ¿por qué no decirlo si es en honor de ellos? pasaron necesidades, privaciones, miserias, viviendo de la caridad de los fieles. Considerando oportuna la ocasión, quiso cierta Potencia atraérselos ofreciéndoles espléndida retribución, templos, hospitales y colegios si se acogían á su pabellón. El ofrecimiento fué rechazado con dignidad. No queremos agregar ni una palabra más á este hecho de indestructible elocuencia.»

Realmente la tiene en la discusión, toda vez que en ésta se ha usado la palabra «espías» de España en favor de Sultán, aplicándola á estos mismos religiosos, cuya influencia se cree perniciosa para los intereses de nuestra Patria, agregándose que no procuran más que acaparar bienes y fomentar sus empresas—estas fueron las palabras del Sr. Villanueva—, dejándose llevar de su espíritu de escuela y que á pesar de no recibir la escasa asignación que tenían señalada, teniendo que pasar privaciones y miserias, estos hombres, solicitados por una Potencia extranjera, que si se sometían á su protección les ofrecía grandísimos medios de subsistencia rechazan todo eso y prefieren ser pobres pero españoles.

Ved si los que así proceden merecen las censuras de falta de patriotismo que aquí se les han dirigido.

Mis últimas palabras han de ser claro es, dirigiéndose al Gobierno y llamándole la atención sobre todo aquello que al empezar estas modestísimas consideraciones yo decía á propósi-

to de que si se siguen en la política de Marruecos los derroteros que hasta ahora se han seguido, no vamos sino á grandes catástrofes y á grandes vergüenzas para España.

No olvide el Sr. Ministro de Estado aquella lección que se desprendía de las palabras del Sr. Maura y Gamazo, que yo también recordé al empezar las mías, relativas á que al extender lo que se ha convenido en un documento y firmarlo, no está hecho todo, porque después, en la vida, en la sucesión de acontecimientos, en la realización de esos Tratados, se presentan hechos nuevos que son los que han de marcar los derroteros y la dirección que las Potencias y las Naciones sigan.

Fíjese S.S. en esos hechos y vea si es llegado el momento de que rectificando nuestra equivocadísima política en Marruecos emprendamos otros caminos.

Ya sé que hoy es peor que ayer para emprenderlos, porque no en balde se ha creado una serie de compromisos, de intereses y de obligaciones que han de constituir un obstáculo que se atravesará en el camino para seguir la orientación indicada; yo bien sé que las dificultades son hoy mayores que ayer, y que mañana serán mayores que hoy; pero el Gobierno debe tener muy en cuenta las circunstancias para rectificar los errores pasados, para subsanar las equivocaciones funestísimas padecidas y para procurar—lo digo con el mayor empeño, por lo mismo que son Góbiernos de mi patria y todos en el país estamos interesados en el prestigio y en el honor de España—rectificar los pasados yerros, llevando á España á momentos y días más felices de gloria, de bienestar y de dignidad, y llevar á cabo en Marruecos la misión elevadísima que España, por todas razones históricas y políticas, está llamada á realizar.

CARTAS ABIERTAS

À D. MIGUEL VILLANUEVA (1)

I

Dase una idea general de los desatinos del Sr. Villanueva en su discurso sobre la política del Gobierno en Marruecos por lo que á los misioneros se refiere, y se refutan también de una manera general.

En un lugar de la Mancha...

Muy señor mio: Con harto sentimiento he tenido el disgusto de conocerle á usted, y digo esto no por lo que le afecta personalmente, sino por sus deseos de querer figurar *tristemente* en el Congreso. Que allá D. Quijote de la Mancha se resignase á pasar con sus locuras por Caballero de la Triste Figura, es cosa que se concibe, pues Cervantes nos lo pinta al fin como un loco, cuando razonaba sobre ciertos asuntos; mas el que usted también quiera pasar por tal, después que el buen manco de Lepanto dió al traste con tales señores, eso no se puede concebir.

Nota del Colector. Estas cartas se publicaron en el *Siglo Futuro* los días 5 y 27 de Abril y 5, 10, y 12 del mes de Mayo respectivamente. Nosotros por nuestra parte, contando con la benevolencia del Sr. Bréfos, nos hemos permitido señalar al principio de cada una la materia de que tratan, y encabezar los párrafos principales para mas comodidad de los lectores.

Y, sin embargo, es verdad. Porque no hay que darle vueltas, Sr. Villanueva, usted estará convencido de lo contrario; usted creerá que hace una cosa muy cuerda y razonable; usted protestará que anda en su sano juicio, y que nunca tendrá que arrepentirse de sus palabras; pero todo eso que hace, no son más que otras tantas locuras para adquirir una fama bien triste por cierto.

—¿Qué son sino todos esos disparates y maliciosas calumnias que usted propala para desprestigiar á nuestra siempre gloriosa Misión de Marruecos? ¿Qué son todos esos monstruosos cargos que usted forma en su cabeza, y sobre los que llama las atenciones del gobierno y de todos los españoles, para que no se formen ilusiones sobre los frailes? ¿Que son, en una palabra, todos esos grandes ejércitos de tuertos y desaguizados frailunos, que usted quiere deshacer en pocos momentos con el lanzón de su oratoria en la Cámara de los diputados? Por ventura, ¿son algo más que molinos de viento, cueros y batanes para que el mundo tenga después que reír de usted y de todas sus locuras?

¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso Don...!

¡Pues no es nada lo que usted se atreve á afirmar en su disparatado discurso! Que los sultanes han regalado tantas fincas á los frailes; que éstos van con las Embajadas para negociar; que los privilegios datan del P. Lerchundi, quien, si no supo evangelizar, supo recoger para sí y aprovecharse de la amistad con que le honraba Muley Hasán; que á nuestras escuelas no asisten más que los que no las conocen; y éstos muy contados; que los frailes incitan á los cristianos para que quemén á los Judas, y qué sé yo cuántas cosas más. Y seguramente ante su decidido encono contra los frailes, es decir, contra la religión católica, no habrá faltado—pues el número de los necios es infinito—quien se haya admirado de su gran valor, y habrá llegado hasta formar juicios siniestros contra los religiosos y contra la religión católica, que los aprueba y defiende.

Yo mismo no he podido menos de admirarme de tantos esfuerzos en hacer creer tanto cúmulo de inexactitudes, y la

primera intención que tuve, lejos de rebatirle á usted, lo que es facilísimo, fué la de imitar al león con quien quiso pelear Don Quijote, volviendo la espalda á usted y dejando en sus manos tan gloriosa victoria.

Pero no, Sr. Villanueva, no; usted se conoce que anda buscando asuntos sobre qué hablar en el Congreso para adquirirse fama, y ya que no encuentre otros sobre que poder hacerlo se mete con los pobres frailes, porque sabe que con eso halaga los malos sentimientos y las pasiones de muchos, y los frailes, porque no ostentan bandas, ni llevan espadín al cinto, poco daño le pueden hacer.

Hablemos en serio.

Usted, por lo visto, como si le faltasen materias de verdadero provecho para la patria, quiere meter ruido hablando contra la religión; pero conste que ni la religión ni los frailes se dejan jamás vencer cuando se ataca á la verdad y á la justicia; y si bien en otras ocasiones en que usted ha enseñado la oreja y demostrado de qué pie cojéa no se le ha hecho el menor caso, en esta ocasión, no se le deja pasar en manera ninguna, ni salirse con la suya.

Y para que vea usted que no ha triunfado, ni mucho menos, ¿qué pruebas presenta de los cargos que hace contra los religiosos? ¿De qué medios ha hechado mano para averiguar la verdad? ¿qué historias, qué documentos ha examinado que le pongan en conocimiento de lo que los acusa? Y no vale que usted pida auxilio, para probar tamaños delitos, al Sr. Cervera, ni que ese señor se muestre tan generoso que se lo brinde, aún sin pedírselo, que bien conocemos á ese testigo y el valor que pueda tener. Usted afirma todas esas cosas gratuitamente y porque sí, porque así debe convenir á los planes que usted persigue, que Dios sabe cómo serán, y á los planes ó al gusto de todos aquellos que piensan como usted. Con eso da á entender que le estorba la religión católica que, supongo, es la que profesa; y por lo tanto los frailes, que son aquí los mejores representantes y mantenedores de ella.

¡Calumnia que algo queda!

En una palabra, usted quisiera ver á los religiosos desterrados del mundo, ó al menos de Marruecos; pues no hay duda, que si no se atreve á expresarlo con las palabrotas de ese diputado, que dicen es extranjero, ó al menos español de cuatro días, el Sr. Azzati; al menos juzga, como él, que no son á propósito para mantener aquí, como se debe, el honor de España.... Y para eso ¡valiente manera de atacarles! la misma que usaba el impío Voltaire para desacreditar la religión; calumniar todo cuanto se pueda, pues aunque no todos lleguen á creer esas calumnias, siempre dejan en pos de sí algún rastro, *siempre queda algo*.... Pero esa no es arma de buena ley, Sr. Villanueva. Es como si yo dijese de usted que se toma una buena turca todos los días, ó que abusó de cuando era ministro para sus fines particulares, reventando á la nación, sin tener de ello pruebas, como no las tengo, y por tanto no me formo siquiera esos juicios. Usted se ofendería, y quizá con mucha razón, de que se afirmasen esas cosas de su persona, y no las dejaría pasar sin pruebas; llevándose en caso contrario, quien tal hiciese, la denigrante nota de calumniador.

Pues lo mismo pasa en muchas de las afirmaciones de su discurso en el Congreso: Usted no prueba ninguno de los cargos que contra los religiosos hace ante la Asamblea y ante la nación entera en ella representada, según ustedes, y por otra parte esos cargos son denigrantes y afearían, por lo tanto, la honra de cualquier particular. Además, la ofensa que usted irroga es tanto más grave cuanto que no desacredita con sus palabras á una persona sola, sino á todos los misioneros en general y en su consecuencia á todos los religiosos, á todos los cristianos que hacen verdadera profesión de tales, á toda la religión católica, y.... ¿porqué no decirlo? comete usted un crimen atentando contra la patria, que dice defender. Que usted con sus atrevidas palabras ofenda la buena fama, que, por la bondad del Señor, gozan los misioneros de Marruecos —y de todos cuantos son por el mundo— y á la religión católica que ellos tan bien representan no se atreverá usted á negarlo, cuando

todo induce á creer que no se propone otra cosa que esa en su discurso.

Atentando contra la Patria.

En cuanto que usted atente contra la patria que dice defender, es cosa que salta á los ojos de cualquiera. Usted en su discurso, calumnia de esa manera á los frailes para concitar de ese modo los malos juicios y hasta los odios de una opinión mal sana hacia ellos, y ver si logra que algún día, otro gobierno más avanzado los haga abandonar este país....Pero esto, señor Villanueva, aunque á usted le mortifique, no puede ser; pues mientras en Marruecos haya católicos españoles, tendremos frailes de España, mal que pese á todos los malos.

Más supongamos que al fin se cumplen los sueños dorados de usted; ¿ cree que eso no sería una gran pérdida para la nación? No habría frailes españoles, pero los habría de otras naciones, envidiosas de la nuestra, y España perdería, bajo este concepto, la influencia que irían ganando las demás. Ha de saber usted, si aún no lo sabe, que aquí los frailes españoles gozaron siempre, y ahora más que nunca, de gran nombradía entre los moros, quienes admiran su manera de ser y su manera de vivir; todos cuantos se enteran de su vida, los veneran como santos y amigos de Dios; y aunque no se hallan con fuerzas para imitar sus ejemplos, no pueden menos de pensar altamente de una nación que produce tales varones.

Además, ha de saber también que si en Marruecos se halla tan extendida la lengua de España, se debe más que á nada á los pobres religiosos españoles, que la vienen hablando desde hace tantos siglos por todo el Mogreb, y la enseñan á cuantos con ellos se rozan. Ellos no son comerciantes, es verdad: ¿mas no se esfuerza usted en querer que aparezcan como tales en su discurso? Esté pues muy seguro que con esos desplantos no hace más que atentar contra la patria.

Nada mas que quirotadas.

Aquí pensaba cerrar esta ya demasiado larga carta; mas no lo haré sin poner antes unas palabras, que providencialmen-

te acabo de leer un periódico de los demás circulaei6n de Francia. Habla en el artículo de fondo sobre el comercio francés en el Levante y dice que no es gran cosa lo que el gobierno lo fomenta; pero que se halla, sin embargo, en un estado satisfactorio; y... fijese ahora, Sr. Villanueva, para que no atente otra vez contra la patria, *lorsqu'on cherche à pènerer la cause de cette situation relativement satisfaisante, on ne peut faire autrement que de s'arrètèr à deux phenomènes ètroitement liès l'un à l'autre: à savoir, la diffusion de notre langue et le prestige de nos religions... Les bienfaits de congregations en ce qui concerne notre situation materielle dans le Levant, son une chose qui «creve les yeux»...* No necesita comentarios ¿verdad? ¿Y está usted ahora convencido? ¡Ah!.. y tambien *está á la vista* de todos, que usted mientras no pruebe lo contrario, no ha hecho mas que quijotadas en el Congreso: pelear contra molinos de viento, cueros y batanes inventados por usted y hacerse acreedor á la denigrante nota de calumniador ó propalador de calumnias.

No ereo que halle usted en toda esta carta una sola expresi6n que pueda ofenderle lo más mínimo, pues no es esa mi intenci6n, y solo tiene por objeto el llamarle la atenci6n sobre su disparatado discurso. En ella no se refutan sus muchos errores y manifiestas calumnias, porque espero, Dios mediante, hacerlo con alguna más detenci6n en otras cartas sucesivas, sin embargo ereo será esta más que suficiente para detener al menos en parte, los escandalosos efectos que haya podido producir entre los incautos.

Que le abra el Sr. á usted los ojos y le conceda un verdadero arrepentimiento que le obligue á retractar sus errores es lo que desea y pide s. s. s.,

ANTONIO BRÉFOS.

Tánger á 31 de Marzo 1909.

II

EXAMÍNANSE ALGUNOS CONCEPTOS DEL SR. VILLANUEVA, Y SOBRE TODO LA CUESTIÓN DE LAS ESCUELAS EN PROYECTO EN VIRTUD DE LA GENEROSA DONACIÓN DEL SR. MARQUÉS DE CASA-RIERA.

....caballero, bien molido y mal andante.

Muy señor mío: En mi anterior, con el derecho que me proporcionaba el malhadado discurso de usted me tomé la libertad de compararle al triste caballero de la Mancha que tan en mala hora salió á buscar las aventuras por el mundo. Le decía que todos sus ataques contra los religiosos no eran más que otros tantos sueños, inventados por la imaginación de usted sueños que, á tomarlos por realidades, constituían otras tantas calumnias contra los beneméritos hijos de San Francisco.

Por dicha, no diré de ellos sino más bien de usted mismo, ha sucedido que en las varias salidas parlamentarias que ha hecho usted para desfacer esos entuertos frailunos; si bien ha topado con aventuras fáciles de acometer y hasta ha logrado victorias, según el parecer de sus escuderos y demás compañeros de armas, en realidad no ha encontrado más que molimientos, y eso no de malandrines ni gente descomedida, como el otro, sino de personas razonables y serias, que, lejos de tener puestos sus ojos é intenciones en Dulcineas de partido é intereses personales, los tienen más bien fijos en el amor de la verdad y de la justicia.

!Allá usted se las entienda!

Pero baste ya de preámbulo, y vayamos examinando el discurso de usted en lo que tiene de mordaz contra los Misioneros de Marruecos, que tan bien mirados son de todos por aquí.

Dice usted que la interpelación que va á desarrollar, la plantean una pregunta de un diputado, escritos de la prensa y hechos repetidos.

Acerca de lo primero, y por lo que se relaciona con los frailes, allá se las entienda usted con ese diputado, la aprobación de cuya acta es una vergüenza, á mi entender, de nuestra España querida, que nunca fué *vieja*, ni sucia ni piojosa, sino gloriosa en su *antigüedad*, en su edad media y en todos los tiempos, y más gloriosa y más limpia si cabe, si se la mira por el lado de las Órdenes religiosas, que tantas glorias le han proporeionado.

En cuanto á los escritos de la prensa, había que examinar antes qué prensa es esa, pues la hay de muchos matices. La que yo leo, que es muy variada —periódicos y revistas de Madrid, de algunas provincias de España, y del extranjero— y no pobre, por cierto, de información, nada trae que pueda menoscabar el aprecio que, gracias á Dios, gozan los religiosos; lejos de ver en ella ataque alguno contra los Misioneros, lo que veo siempre son alabanzas muy justas y si ellos no publican todo lo bueno que hacen, es porque no son personas mundanas que las importe el que el mundo les alabe.

Lo que creo yo, Sr. Villanueva, es que esa prensa debe ser la prensa impía, la del *trust*, la liberal en un sentido enteramente opuesto á esa palabra; si es así, confieso ingenuamente que habrá tales escritos en la prensa, pero naturalmente serán escritos impíos, trusteros y liberalescos; pero allá se las haya usted también con ellos, que á mí, que no leo esa prensa —porque además de ser mala, tiene sobre sí la condenación expresa de muchos Obispos—, todo eso me importa nada, pues creo más lo que afirman las personas buenas y decentes que todo lo que digan las que no lo son. Vengamos á los hechos repetidos.

¡Gracias á Dios! que dijo una verdad.

«El primero, dice usted, que le viene á la memoria es la creación de escuelas en Tánger, por virtud de la donación del señor marqués de Casa-Riera». En Tánger hay escuelas de instrucción primaria, bajo la dirección de los misioneros Franciscanos, en donde se da una instrucción tan completa, como no se dará seguramente en ninguna, de su clase, de la Península. Así lo creo yo firmemente ya por el dilatado programa de las asignaturas que se enseñan, ya por el orden admirable con que están distribuidas, ya sobre todo, por la lucidez de los exámenes públicos de todos los años, á los que varias veces he tenido la dicha de asistir; usted no habla, supongo, de estas escuelas, sino de otras especiales, en proyecto, y que se piensan llevar á cabo por medio de la donación espléndida de ese señor. En ese sentido, gracias á Dios, á topado usted con una verdad.

Lo que hay sobre las escuelas.

Pero afirma usted en seguida que esas escuelas en proyecto van á ser levantadas por el gobierno español torciendo la voluntad primitiva del generoso donante, y de eso tiene usted, no una simple opinión, sino *la evidencia*. Además, dice usted, que en varias cartas que ha recibido de esta población, se le venía diciendo que el proyecto era crear un hospital para indígenas sin atributos religiosos, sin lo cual es un sueño pensar que ningún moro pueda penetrar en él sin recelo de exponerse á pecar contra su religión... ¿Y qué quiere que le diga sobre esto, señor Villanueva? Si tiene usted nada menos que *la evidencia* de que se ha torcido la voluntad del donante; ¿Quién ha de poner en duda sus afirmaciones? ¿Quién se ha de atrever á replicarle á usted? Al menos yo no me atreveré á decir que usted falte á la verdad, afirmando con tanto aplomo que tiene *la evidencia* esa; porque aunque el hombre en general sea capaz de faltar á ella descaradamente ó por pasión, no puede afirmarse de nadie cosa semejante á no ser que constase la falsedad por otro lado. Sobre la voluntad del donante

yo confieso ingenuamente que no tengo datos ningunos, ni tengo tampoco facilidades para enterarme de ella, sobre todo si ha de ser para juzgar con evidencia si se ha torcido ó no por parte del gobierno. Sólo sé ciertamente que ha habido ese donativo, y que en virtud de él se van á levantar esas escuelas.

De esto deduzco yo que no ha sido hecho precisamente para lo que usted dice; pues no es de creer que de una manera tan habierta se haya obrado contra la voluntad expresa de ese señor; y es más: tengo el convencimiento firmísimo, mientras no se me pruebe lo contrario, de que todo lo que se piensa hacer es enteramente conforme con su voluntad. Esto, claro está, es no fiarme mucho de *la evidencia* de usted; ¿pero no tengo motivos sobrados para ello en el resto de su discurso, donde se afirman muchas cosas inexactas, y acerca de las cuales tengo yo *evidencia contraria* á todas esas afirmaciones? Quédese, por lo tanto, usted con su evidencia en lo del torcimiento de la voluntad por parte del gobierno, y quede también sentado lo que hay de verdad en todo ese asunto de las escuelas, á saber: que se proyectan unas escuelas especiales, y que se llevarán á cabo en virtud del donativo del señor marqués de Casa-Riera.

¡Hermoso proyecto!

Nada tengo que decirle sobre las noticias que—dice—ha recibido en varias cartas de esta población; todo eso puede ser verdad, como también el que le hagan esas afirmaciones de que el proyecto era crear un hospital con salas para indígenas, sin atributos religiosos, etc. Yo nada tengo que ver con todo eso, ni eso dice nada contra nuestros queridos misioneros. Pero no deja de hacerme mucha gracia *esotro* de *sin atributos religiosos*, porque ¡no hay duda, Sr. Villanueva, usted que ha viajado por estos países, sabe bien que sería un escándalo morrocotudo para los inocentes moros! ¡Pobrecitos! ¿Y cómo habían de lograr su eterna salvación si se les construyese un hospital que estuviese bajo la dirección de la religión católica? ¿Cómo habían de ser buenos moros si encontraban tantos ejemplos admirables de moral cristiana como por necesidad no podrían menos de hallar en un hospital cristiano? No señor, lo mejor

es que en vez de un hospital con atributos religiosos, se funden ahí, en España, unos colegios en donde los jóvenes españoles que tengan vocación se hagan misioneros de Mahoma. Después se les envía á este país, en vez de los frailes Franciscanos, para que prediquen por todas partes el islamismo, como la única religión agradable á Dios.

Mas tarde, cuando los liberales sean poder ó usted ministro, influya para que se levanten aquí mezquitas nuevas y suntuosas que puedan competir con nuestras catedrales; y, por último, no estaría mal establecer una *santona inquisición* que atendiese á mantener pura la observancia del Korán y castigase los delitos contra la pureza de la musulímica fe. Entonces si que no habría escándalos cristianos, los inocentes moritos no tendrían temores de manchar sus conciencias y después de una vida totalmente aleoránica, morirían en paz y en gracia de Alah, y entrarían todos con su profeta á gozar los placeres carnales de su paraíso...

¿Ignorancia ó malicia?

Vaya, dejémonos de bromas, Sr. Villanueva, y hablemos en serio. Esas palabritas de sin atributos religiosos, para no causar miedo á los moros, suponen en usted bastante desconocimiento del asunto, por no decir malicia que sería peor. Ignorancia de la religión de los moros y lo que es más sensible, ignorancia también de la religión católica, ya supongo es la que profesa, aunque á veces dé usted motivos para dudarlo. Usted da á entender que no está muy al tanto de lo que es el mahometismo, lo cual nada tiene de extraño, pues bien poco debe importarle; pero es sumamente lastimoso que ignore, ó aparente ignorar, lo que se requiere para ser buen católico. Desde luego debería comprender que si los moros fuesen tan escrupulosos, seguramente no tomarían tantas cosas de los europeos, como vemos que toman los que las van conociendo; no se amoldarían á nuestro lenguaje y nuestro modo de vivir, como muchos lo hacen, y no se honrarían con la amistad de los cristianos como no pocos se honran.

El Hospital Español.

Además; no sé á qué viene éso de hospitales sin *atributos religiosos* para evitar esos inconvenientes, cuando ya los hay, y con ellos y sin embargo, nada se ve de lo que usted supone. Aquí tenemos en Tánger el hospital español, el mejor montado y el mejor servido de todos los que existen en esta población. En su fachada ostenta esos atributos religiosos, y además españoles, que algunos desearían desapareciesen. El servicio está encargado á las caritativas Hermanas Franciscanas, que lo prestan á las mil maravillas, infinitamente mejor y más económico que lo pudiese hacer la helada filantropía. Pues bien, en ese hospital entran enfermos, no solamente cristianos y algunos judíos sino hasta moros (1). Y á decir verdad yo, que ya llevo aquí muchos años y he visitado el hospital muchísimas veces, siempre he hallado en él moros y nunca he observado esos escrúpulos que usted dice. Es más; sé que muchos solicitan con bastantes empeños la admisión.

¿Y como no, si los moros no tienen reparo de entrar ni aun en nuestras mismas iglesias? Aquí, en Marruecos, nuestros misioneros obrando muy cuerdate, no suelen permitir la entrada en sus iglesias á nadie que no sea católico. Algunas veces sin embargo, han condescendido con algún moro principal que ha manifestado esos deseos de verlas como hace poco condescendieron con el destronado Muley Abd-el Aziz, quien recibió en ello mucho contento y se enteró muy por menudo del significado de las imágenes sagradas: por lo demás no hay duda que raro sería el moro que no entrase con gusto en nuestros templos si se concediese fácilmente á todos el permiso.

(1) Nota del Colector. A propósito de los moros y hebreos que, no obstante los *atributos religiosos*, entran en el Hospital Español de esta ciudad, he aquí una nota que debemos á la amabilidad del P. Administrador de ese Establecimiento benéfico. En el mes de Junio, y en lo que va de este, han ingresado en el Hospital 72 enfermos. De ellos 5 son judíos, 19 moros y los restantes cristianos, casi todos españoles. De los moros 3 entraron con fiebre infecciosa, con mal venereo 2, con fiebre gástrica 1, con adenitis inginal 1, con grippe 2, con reumatismo 1, con caries de la apófisis mastoidea 1, y los restantes con paludismo.

Esto no quiere decir que no falte nunca algún fanático, que ya por hipocresía, ya por verdadero fanatismo quiera llevar más allá de lo justo sus fervores, más esto, lejos de ser recomendable, es una verdadera falta contra su misma religión como Dios mediante, veremos en otra carta.

Pero hoy basta lo dicho y hasta otra me repito de usted afectísimo s. s.,

ANTONIO BRÉFOS.

Tánger, 22 Abril 1909.

III

EN ESTA CARTA SE DAN ALGUNAS BREVES NOCIONES DE LO QUE ES LA RELIGIÓN DE LOS MOROS, TOMADAS DE LOS MISMOS AUTORES ÁRABES.

Escrúpulo de monja.

Muy señor mío: Quedamos el otro día, al examinar los recelos ó escrúpulos morunos —cosa que á usted, al parecer, le tenían muy en cuidado y le causaban muchos ídem de conciencia—, que no había tales cosas ni motivo justificado para ello, aunque bien podría darse algún fanático que los tuviese. En efecto, los moros ven siempre con buenos ojos todas nuestras prácticas religiosas, ya sean públicas, ya privadas; ya aquellas de que ellos mismos son testigos, como procesiones, entierros y otros actos del culto que se practican públicamente; ya de otras que ellos no ven, pero llegan á su conocimiento por el trato con los cristianos y por otras causas, y les parece muy mal que alguno falte á ellas, aunque sea por respeto humano, como lo hemos observado muchísimas veces.

Esto no quita que algún fanático quisiera que desapareciese de aquí todo lo que huele á cristiano, pero esto es raro, y como yo decía en mi anterior, constituye hasta una falta contra su misma religión.

Los santones padres de los moros

Pues para que usted no se moleste ya más queriendo prestar á los moros un servicio totalmente inútil y hasta ridículo en el concepto de los que entienden, me voy á permitir en la pre-

sente dar algunas nociones de lo que es esa falsa religión, que sirvan de norma de pensar, no solamente á usted, sino á cuantos la lean, y de este modo nadie forme juicios errados en perjuicio, á veces, de la pureza de nuestra santa fe. Desde luego advierto que seré breve; mas no pondré una sola cláusula que no sea verdadera, según el dictamen de los mejores escritores árabes en la materia. Las fuentes de donde saco estas nociones son: el Korán, libro sagrado de los mahometanos, y las obras de los que podemos llamar *santones padres* de esa malvada religión, á saber: Al Hasán, Jahias ben-Salem, Ebn-Abbasi, Galedín, El-Thaleb, Zanchasceri, Alí ebn-Alhosein, Ahmed ben-Abdolhasin y otros que es inútil nombrar; y para que haya algo cristiano, también me valdré de la Historia Mahomélica de San Pedro Pascasio, Obispo de Jaén y de San Eulogio.

Mahoma pintado por sí mismo.

Lo primero que va por delante es el célebre fundador. Este como todos saben, se llamó Mahoma; y las historias nos lo hacen pasar por un ser privilegiado, capaz de figurar entre los grandes personajes del antiguo y nuevo testamento y hasta no falta quien se atreva á colocarlo —¡qué horror y qué blasfemia!— al lado de nuestro adorable Salvador.

Pero dejemos que se nos pinte él á sí mismo que debía conocerse mejor que los historiadores. Yo, dice, fuí el enviado de Dios, para amonestar á los hombres y a los demonios; siempre he sido pecador y hasta los cuarenta tres y años de edad idólatra. Todas las cosas me han sido lícitas. Me entregué por completo á los placeres carnales, tomé euantas mujeres quise, sin exceptuar á Zenobia, que lo fué de mi hijo. Me vengué privadamente de mis enemigos; fuí supersticioso, perjuro y avaro; estuve poseido del demonio y siempre me dominó una liviandad desenfrenada... Basta, Mahoma, basta; no digas más. Ya conocemos todas esas cualidades tuyas por los capítulos VII, XI, XIII, XXIII, XLVIII, LXIII, LXVIII y otros de tu Korán, y sabemos también que toda tu vida fué un vicio continuado, y tu violenta muerte el principio de tu eterna condena-

ción. Este fué el digno fundador del mahometismo; veamos ahora en qué consiste esa falsa religión.

El catecismo de la doctrina.... moruna.

Consiste: primero, en creer algunas cosas so pena de no poder salvarse; segundo, en creer otras por precepto, más no es infiel quien deja de creerlas ni pierde el derecho al paraíso.

Las primeras no son mas que dos, á saber: la unidad de Dios —rechazando el inefable misterio de la Santísima Trinidad—, y el envío de Mahoma como profeta. Esto constituye la profesión de fe, que jamás falta en los labios de los mahometanos: *No hay más que un Dios único, y Mahoma es su enviado.*

Las segundas son, además, de algunas verdades naturales de la divinidad, mezcladas con crasísimos errores, principalmente las siguientes: 1.^a, creer que el Alcorán, el Evangelio, el Pentateuco y los Salmos de David, han sido revelados por Dios á sus enviados; 2.^a, creer que Dios recompensa á sus siervos, no por sus méritos, sino por pura liberalidad; 3.^a, creer que Monker y Naquir, dos personajes feísimos y horrendos, juzgarán en el sepulcro al cuerpo muerto sobre las verdades de la religión; 4.^a, creer en el tormento del sepulcro; 5.^a, creer en la balanza monstruosa que iguala en amplitud los cielos y la tierra; 6.^a, creer en el puente Sorat; 7.^a, creer en la piscina de Mahoma, donde beberán todos los fieles antes de entrar en el Paraíso; 8.^a, creer en el día del juicio, en que habrá acepción de personas, juzgándose á unas con rigor, á otras con benignidad y á otras se les premiará sin juicio ninguno; 9.^a, creer en la excelencia de Abubequer, Omar, Otman y Aly, compañeros del profeta, y á todos estos disparates se puede añadir la creencia en el Paraíso, que, según el Korán, es un lugar aménisimo, lleno de árboles, frutos, fuentes, colchonetas y vestidos preciosos; en él se come y bebe cuanto se quiere; sus habitantes son todos siempre jóvenes y se satisfacen los placeres de la más refinada sensualidad....

¿Qué tal, Sr. Villanueva? ¿No le parece á usted que es una fe muy á propósito para aquellos desgraciados que se creen

no tener más paradero que los que se ceban en las cuadras para cuando llegue la época de San Martín?

Los mandamientos de la ley de...Mahoma.

Pues aún hay más: la fe sin obras es muerta, decimos los católicos, y los mahometanos también tienen sus obras, que, como es natural, son de la misma índole que la fe que profesan. En dos clases podemos dividir las: obligatorias, unas—en el sentido en que obliga la fe, por supuesto,—y libres las demás.

Las primeras no son la pureza del corazón, de donde procede todo lo bueno que el hombre hace: no es la humildad, ni el amor de Dios sobre todas las cosas y del prójimo por Dios, sino tan sólo unas obras externas, vacías de todo significado, con las que consiguen engañarse á sí mismos y á cuantos los ven y admiran. Son las siguientes:

Primera, la purificación, tomada de los judíos y sumamente ridícula é indecente, según los mahometanos la ejecutan; segunda, la oración, tan ridícula como la primera é inutil, porque nada piden á Dios en ella; tercera, la limosna, ya sea la libre ó espontánea, única que merecería tal nombre, ya sea la obligatoria, que no es otra cosa que lo que nosotros llamamos contribución; cuarta, el ayuno, también ridículo, que obliga durante todo el mes de Ramadán excepto la noche, en que pueden entregarse á los mayores excesos; quinta, la peregrinación á la Meca, irrisoria en extremo por todas las circunstancias de que está acompañada; sexta, la abstención de ciertos manjares, que si bien es higiénica para ciertos países, contiene graves supersticiones, y séptima, la circuncisión, recibida sin duda de los judíos, pues de ella no hace mención el Korán.

En cuanto á las obras libres, mejor es correr un velo para no ver tanta iniquidad. Para muestra, véanse las siguientes palabras del Korán, traducidas fielmente al latín del árabe y que no traslado á nuestra lengua por no mancharla con tanta ignominia: *Mulieres vestrae sunt ager vobis; venite, ergo, ad agrum vestrum quomodocumque volueritis...*

Cria cuervos y te sacarán los ojos.

Esta es, Sr. Villanueva, á grandes rasgos, la religión mahometana, la cual está, además, tan dividida, que son muchísimas las sectas que se glorian de tener por fundador al inmundo profeta de la Meca.... ¿Y esto podrá ser jamás verdadera religión? De ninguna manera. Con razón decía nuestro San Eulogio: Si algún católico quiere convencerse de la completa falsedad del Islamismo, no tiene más que comunicarse con los moros más sabios y preguntarles qué cosas son las que creen; y una vez sabido de ellos lo que el Korán enseña, conocerá inmediatamente que es una falsa religión y que no puede tener á Dios por autor.

Y sin embargo, esta es la religión que usted se empeña en defender y propagar cuando con tanto interés aboga porque se construyan mezquitas, y cuando expone en el Congreso esas necesidades de hospitales sin *atributos religiosos*, sin duda para que los moros no se contagien con el grato aroma de las virtudes cristianas. Pero ya lo ve, Sr. Villanueva, no hay necesidad que usted se moleste tanto por ellos, pues al fin, ni siquiera se lo han de agradecer. ¿Que digo agradecer? Ellos se escandalizarán, si piensan lógicamente, de que usted emita esas disparatadas ideas. Los mahometanos, aunque decimos los católicos, como es verdad, que su religión es falsa é indigna, al fin la profesan, y la profesan para cumplirla.

Los malos cristianos juzgados por el Korán

Ahora bien, el Korán, y por consiguiente todos los moros en general, reconocen como verdadera y buena la religión de Nuestro Señor Jesucristo. Es más, afirma el Korán en el cap. V, y así lo reconocen los moros, «que Dios envió al mundo á Nuestro Señor y se le entregó el Evangelio, en el que contiene la *dirección* y la *luz*... y sigue diciendo: juzguen por lo tanto todos los que profesan el Evangelio, según lo que Dios reveló en él: y los que no lo hicieron sean *prevaricadores*.»

Y no hay duda de que el influir que se levanten mezquitas á los moros y el apartarles sistemáticamente del buen olor de Cristo, que exhala el cristianismo, y que se aspira de una

manera especial en los hospitales con *atributos religiosos*, eso es ir contra la religión católica, que condena á todas las demás como falsas; es no juzgar conforme al Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, sino todo lo contrario; es, en frase del mismo Mahoma, del Korán y de los musulmanes, nada menos que *prevaricar*. Y si usted con sus conatos de abogacía moruna no se adquiere más que la nota de *prevaricador* ante sus clientes, convénzase, Sr. Villanueva, que los escandaliza con su modo de proceder, que pierde miserablemente el tiempo y que no logra agradar á nadie, á noser á algún *fanático*, terco é ignorante de su ley.

¿Quién es el fanático?

Y me alegro que haya salido á relucir varias veces esa palabra «*fanático*», porque usted á los españoles de otro tiempo los tacha de fanatismo, y eso no es verdad: Los españoles son católicos, y como tales *intransigentes*, es decir, no transigen jamás con el error. Ya sabe usted que el error nada pierde, porque la verdad le niegue derechos que no le competen, mas la verdad perdería mucho si quisiese conceder algún derecho al error, porque sería declararse, al menos en parte, vencida. Todos los católicos, como son la verdad, son *intransigentes*, pero no *fanáticos*. Llámase fanático al que defiende con tenacidad opiniones erradas contra la religión que profesa. Por eso un moro, por ejemplo, que atenta contra la religión católica, que es buena y debe respetarse según el Korán, es un *fanático*; y un católico, que sabe que la religión de Mahoma es falsa, y aboga por ella contra los derechos del catolicismo, ese también es un *fanático*... Ahora, señor Villanueva, saque usted la consecuencia.

Termino esta carta sintiendo mucho el que haya tenido por necesidad que detenerme en dilucidar estas cuestiones de los recelos de los moros, porque mi gusto sería el terminar cuanto antes la emprendida refutación de los errores de su discurso. Con propósito, pues, de seguir adelante, me despido por hoy de usted, repitiéndome afectísimo s. s.

ANTONIO BRÉFOS.

Tánger 25 de Abril 1909.

IV

Dícese en ella lo que hay de verdad sobre los terrenos de la Misión, y se aclaran los embrollos que, por lijereza demasiada ó mala fe, hizo el Sr. Villanueva.

Interés del Sr. Villanueva en averiguar la verdad.

Muy Sr. mío: Continuando el examen de las inexactitudes de su discurso, deje algunas menos importantes para no hacerme cansado, y paso á la cuestión de los terrenos, donde, después de los muchos esfuerzos, consigue usted decir más disparates que palabras.

Comienza usted diciendo á los diputados «que se anunció, y seguramente lo leerían en la prensa, que las escuelas iban á construirse en terrenos del Estado...; pero, como usted *tenía interés* en averiguar las cosas, lo aclaró todo de una manera *muy sencilla*». Así me gusta, Sr. Villanueva, ya veo que va entrando usted por buen camino desconfiando de los dichos de la prensa. En la prensa genuinamente católica, que es la única seria y formal, no hubo tales anuncios, en la mala y liberal si que los habría, pues muchas veces anuncia lo que no sabe ó lo que ella inventa, y muchos tienen la desgracia de creerlo todo como si fuera dogma de fé. No así usted, que es un hombre muy avisado y sabe bien las malas artes de esa señora prensa, no ha creído ninguno de esos anuncios y no solo no los ha creído, en lo que ha obrado muy cuerdamente, sino que, *consultando á su propio interés*, ha puesto las cosas muy en claro. Veámos cómo:

Sí, son de los frailes.

«Los terrenos, dice usted, *son de los frailes* son comprados con dinero de la Obra Pía, y ahora se venderán al Estado para que en ellos se establezcan escuelas y así se producirá un nuevo ingreso para aquel convento...» ¡Atiza! ¿Esa es la aclaración? No sé qué convencimiento producirían estas palabras de usted ante los diputados; yo apostaría cualquier cosa á que la mayor parte no entendió lo que usted dijo, y los que le entendieron quedaron verdaderamente convecidos de que á usted le *interesaba aclarar las cosas* de ese modo, es decir, embrollarlas más y más, para poder calumniar mejor á su sabor á los religiosos.

Los frailes, según usted, tienen esos terrenos, comprados con fondos de la Obra-Pía; es decir, son propiamente de los frailes y no de la Obra-Pía, aún cuando ésta haya puesto el dinero para comprarlos. Nada dice usted de si los frailes quedan con alguna obligación para con esa Obra-Pía, pero lo natural es que queden con la de resarcirla del desembolso hecho, para comprar los terrenos. Y entonces ¿cómo dice usted que ahora se venderán al Estado —claro está que por sus dueños, esto es, por los frailes—, produciéndose un nuevo ingreso para aquel convento?

No; no son de los frailes.

Pero además incurre usted á las pocas líneas en una contradicción, pues afirma «que ese terreno, escogido para las escuelas, es propiedad de la Obra-Pía que lo compró en 12.000 duros, y los frailes no hacen más que usufructuarlo». ¿En qué quedamos por fin? ¿Son terrenos de los frailes ó no? ¿Ó cree usted que es lo mismo propiedad que usufructo? Pues, como ve, mientras no aclare las cosas mejor, no podemos quedar en nada; es decir, yo, por mi parte, quedo en algo, y es en el embrollo de las cosas, para poder admitir cualquier calumnia contra los Misioneros, como lo hace usted en seguida, y creo quedará convencido en el discurso de esta carta. A mi también me *interesaba aclarar* las cosas esas, y me parece que lo he he-

cho de una manera *más sencilla* aún que usted. En vez de consultar fuentes enemigas de la religión, ó al menos mal enteradas del asunto, he acudido á los mismos religiosos, quienes, con los documentos en la mano, han tenido la bondad de informarme de todo lo que á ellos concierne.

Por ellos he sabido que los terrenos en que se piensa edificar las escuelas, no son suyos, sino de la Obra-Pía que los compró. Además, ellos no venden, ni pueden vender al Estado ningún terreno de esos, por la sencilla razón que no son de ellos, y nadie puede vender lo que no es suyo sin cometer una injusticia.

Eso es lo que hay con respecto á los frailes y los terrenos, y nada más. Usted dice terminantemente que los frailes los venderán al Estado para adquirirse nuevos ingresos, no obstante reconocer que no son de ellos, sino en usufructo; pues eso, Sr. Villanueva, es una calumnia que á nadie puede levantarse, y mucho menos á los religiosos, y de que no debía usted haberse hecho eco sin informarse primero.

Los frailes Franciscanos en Marruecos.

Ahora se comprende mejor la conveniencia ó interés que usted tiene en *aclarar las cosas de ese modo*, ó mejor dicho en embrollarlas y admitir esas calumnias contra los frailes; ¿pues cómo le habían de creer los grandísimos disparates que sigue diciendo sin admitirle antes esas inexactitudes?

«Los frailes—sigue usted diciendo—tienen en Marruecos abundantísimos terrenos, como que no están allí para evangelizar? ¿Á quien van á evangelizar ni han evangelizado?» Con que tienen abundantísimos terrenos ¿eh? Yo hasta ahora nunca supe que tuviesen más que unos cuantos, menos de los que necesitan para cumplir desahogadamente con su elevado ministerio. Asimismo siempre creí que los frailes están aquí desde el siglo XIII, para evangelizar, y que siempre, como lo atestiguan las historias del país y las crónicas de la Orden Franciscana, han evangelizado. Al presente, no necesito testimonios de nadie, porque yo mismo soy testigo de que evangelizan y espero, Dios mediante que sigan haciéndolo en el porvenir.

Pero usted «con todos los respetos debidos á la religión» —y sin ningún respeto hácia los benditos religiosos— afirma todo lo contrario: «que tienen abundantísimos terrenos; que los frailes vienen á Marruecos á lo que han venido siempre, á negociar y adquirir posesiones, á engañar á España... y nunca han evangelizado». ¡Ay, Sr. Villanueva! ¿Que le han hecho á usted los frailes para que así los trate? Esas expresiones llenas de hiel contra nuestros queridos religiosos indignan á cualquiera; por eso no debe extrañarle que desde luego le diga yo que todas esas afirmaciones no son más que otras tantas atrocísimas calumnias. Con ellas intenta denigrar la buena fama de los religiosos que tanto contribuye á la gloria de Dios y buen nombre de la religión, mas esté seguro que no consigue su propósito: usted, y dispense la expresión, escupe al cielo pero la saliva le cae en la cara; da patadas, pero es contra el aguijón.

¡Eche usted terrenos!

Mas contemos los abundantísimos terrenos, según usted. «Primero, uno *grande* (1) en los Suanis; segundo, otro en el Marchán; tercero y cuarto, dos huertas bastante extensas en el monte, en una de las cuales está la capilla, y la otra que se utiliza para convento de monjas en verano; quinto, iglesia y convento en la calle de Siaguin; sexto Residencia de la Barriada; séptimo una escuela para niñas y otra para niños en la playa; octavo, una capilla con hermosa huerta en el monte; noveno un convento de monjas en Tánger; décimo, una capilla, unida á la Legación, y *propiedad de ésta*—átome usted esas moscas por el rabo—.....» ¿Y ya no hay más? ¡Ah, sí! «No sigo leyendo, pero tienen más propiedades todavía.» Bueno pues total, según usted, son diez propiedades de los frailes que, *en*

(1) Nota del Colector. Aún no hemos podido comprender porqué razón habrá dicho el Sr. Villanueva «un terreno grande en los Suanis» pues parece indicar que los demás no son sino pequeños. Pero al subrayarlo el Sr. Bréfos, es señal que debía haber gato escondido y así es verdad según nuestros informes. Conste pues á todos los lectores que ese terreno *grande* es el más chico de todos, pues no llega á 200 metros cuadrados.

rigor, no son más que nueve, pues una está contada dos veces, no sé si por descuido, y las que dejan sin contar, que lo mismo pueden ser otras diez que otras mil; pero quedémonos con solas las diez mencionadas, que bastan bien para el fin que usted se propone.

¡Ojalá fuera verdad tanta belleza!

¿Y qué se sigue de aquí? ¿Sería alguna cosa mala é injusta el que los religiosos tuviesen todos esos terrenos, y muchos más? Como decía muy bien el Sr. Senante, «¿hay alguna razón tanto de índole jurídica, como ética, como internacional, que prohíba á los religiosos en Marruecos lo que está permitido á cualquier particular? Si cualquiera puede adquirir, ¿por qué ellos no?» Habría que dar á Dios muchísimas gracias si convirtiese á los religiosos en otros tantos millonarios, pues si siendo pobres hacen tantas obras de caridad ¿cuantas más harían si fuesen ricos? ¡Oh! entonces si que podríamos decir á boca llena: felices los pobres, porque siempre tendrían quien los socorriese; bienaventurados los que lloran; porque no faltaría quien enjugase sus lágrimas; dichosos los que padecen hambre y miseria, porque ellos encontrarían indefectiblemente el remedio en los caritativos hijos de San Francisco... Nada, Sr. Villanueva, no sería ninguna cosa mala el que los frailes tuviesen todos esos terrenos sino todo lo contrario.

Pero usted ciego en su furor contra ellos, los cuenta uno por uno y los agranda y los multiplica y hasta señala el medio que han usado para adquirirlos y á trueque de lograrlo no teme presentar al dignísimo P. Lerchundi—q. e. p. d.—, como un hombre de baja condición que, «si no evangelizó, procuró recoger todo lo que pudo». ¡Qué atrevimiento, Dios mío! Y para eso tanto embrollo tanta calumnia!

La verdad sencilla y escueta.

Pues ahora, Sr. Villanueva oiga usted sencillamente la verdad, y si ama la verdad, procure desdecirse públicamente

de esos disparates (1). El P. Lerchundi, religioso virtuosísimo y humilde en extremo, no aceptó jamás de su amigo Muley-Hasan un sólo palmo de terreno. El P. Lerchundi y todos los Misioneros cumplieron y cumplen fidelísimamente el cargo que tienen de *evangelizar* pues no sólo enseñan todas las semanas el evangelio en la iglesia á los cristianos, sino que también con sus ejemplos y doctrina evangelizan á todo el mundo, y particularmente á los que estamos en Marruecos.

En cuanto á los diez terrenos que usted cuenta, sepa que sólo cuatro son de los Misioneros, y no le pongo aquí las fechas de su adquisición y el coste de los mismos, por no hacerme molesto.

Los restantes no son de los frailes, y creo que ya usted sabrá á quien pertenecen; pero si no lo sabe, no le importa tampoco, ni aún cuando le importase, es de mi incumbencia el hacérselo saber, toda vez que no me ocupo más que de lo que á los religiosos se refiere.

Y después de esto, ¿á qué se reduce el discurso de usted sobre los terrenos de los frailes? ¿á qué las injurias contra los religiosos, y, sobre todo, contra la venerable persona del ya difunto Padre Lerchundi?

Basta ya por hoy, que temo hacerme pesado. La siguiente procuraré que sea la última; pues si hubiese de tomar en cuenta todos los desatinos sería cuestión de no acabar nunca y fastidiar á los lectores. Hasta ella, pues, me repito de usted afectísimo s. s.

ANTONIO BRÉFOS.

Tánger, 3 de Mayo de 1900.

(1) Nota del Colector. Como ven los lectores todo lo que el Sr. Villanueva ha dicho sobre los terrenos no ha sido más que una sarta de disparates sin fundamento ninguno razonable. Hasta el presente no tenemos noticia ninguna de que haya rectificado tantas inexactitudes pues á haberlo hecho y llegado á nuestro conocimiento lo hubiéramos consignado con el mayor gusto.

V

TRATA DE LAS ESCUELAS QUE DIRIGEN LOS MISIONEROS FRANCISCANOS DE MARRUECOS Y SE PONEN DE MÁNIFIESTO LAS DISPARATADAS IDEAS QUE SOBRE ELLAS Y LA ENSEÑANZA EMITIÓ EL SR. VILLANUEVA.

¿Enseñanza deficienteísima?

Muy señor mío: Para terminar de una vez la enojosa tarea que me impuse de ir refutando los errores contenidos en el discurso de usted, examinaré en ésta solamente algunos otros dejando los demás por no hacerme interminable.

Sea el primero la cuestión de la enseñanza que los frailes dan en su escuela de instrucción primaria de Tánger, advirtiéndole que puedo hacerlo con fundamento, pues desde hace muchos años conozco muy bien todo lo que hay sobre ese particular.

Dice usted «que esa enseñanza es *deficienteísima*, que á esa escuela no van más que los que no la conocen.... y todos aquellos que dependen de esa Orden Franciscana y de las personas que les son afectas, porque se amenaza, etc..., y es claro, todos los desdichados que necesitan auxilio y protección llevan también sus hijos allí; pero en total no llegarán á 40....» ¡Bien! Aplausos, señor Villanueva, aplausos, porque ha conseguido usted en tan pocas líneas decir más inexactitudes que vocablos. Vuelva usted á leer esas líneas, medítelas un poco y lo verá.

Vayamos á cuentas.

¡Enseñanza *deficienteísima*!, es decir, la más deficiente posi-

ble, de tal manera que ya no se puede concebir una enseñanza más pobre ni más escasa. ¿Y cómo lo prueba usted? porque no basta afirmarlo. ¿Conoce el programa de las materias que en esa escuela se enseñan? Si lo conoce, no sé cómo se atreve á decir que la enseñanza es deficientísima, siendo verdad que quizá no se halle otro tan extenso en las demás escuelas de su clase; y si no lo conoce, que será lo más probable, no comprendo cómo con tanto aplomo afirme una cosa que no sabe, infamando á los religiosos. ¿Y cuantos asisten á esa escuela? «probablemente no llegarán á 40» dice usted. Es decir, que, yendo á ella, según usted, los que no la conocen, más los que dependen de esa Orden Franciscana, más los que dependen también de las personas afectas á los religiosos, más todos los que necesitan auxilio y protección, en total «probablemente no llegarán á 40». ¡Aplausos otra vez Sr. Villanueva, aplausos! porque se luce usted como calculador probabilista. Aquí en Tánger hay por lo menos 7.000 españoles: de estos, un número bastante considerable, no tendrá de las escuelas mayor idea que usted; muchísimos reciben beneficios de la caritativa Orden Franciscana, y muchos también de las personas afectas á los religiosos; como la inmensa mayoría de los españoles es gente pobre y desgraciada, casi todos necesitan auxilio y protección, y los frailes lo prestan hasta donde llegan sus facultades.

Luego no llegarán á 40 los que van á esa escuela.... Nada, lo dicho; que se ha lucido en la manera de calcular. ¿Si querría usted decir 4.000 y le habrán comido los ceros en la imprenta? Porque entonces no iría usted tan fuera de camino.

Programa de las escuelas de la Misión.

Pues yo sin faltar á la modestia, me creo más digno de crédito que usted, porque conozco el programa, conozco la enseñanza que se da en esa escuela y conozco sus efectos por haber presenciado muchos años los exámenes. Usted dice que es *deficientísima*, y yo digo lo contrario: que es *completísima*. Usted no da pruebas de lo que afirma, yo las presentaré con la mayor brevedad.

La *primera enseñanza*, ó yo estoy equivocado, ó no abraza

más que los conocimientos siguientes: 1.º, leer; 2.º, escribir; 3.º, doctrina cristiana; 4.º, las cuatro reglas fundamentales de la aritmética; 5.º, brevísimas nociones de historia religiosa y de la patria respectiva; y si la enseñanza es *primaria superior*, se añaden estudios compendiosos de gramática, de aritmética de geometría, de historia natural, y aún de física y de química. Pues bien; en esta escuela de Tánger estudian todos los alumnos esas materias con la extensión conveniente para dar razón de ellas ante el público en los exámenes que todos los años se celebran, bajo la presidencia, ordinariamente, del Sr. ministro de España y de la autoridad eclesiástica. Además de esas asignaturas que, como se ve, nada dejan que desear, para una instrucción primaria superior, se enseñan otras á los alumnos que lo desean, y son las siguientes: 1.ª, Clases de adorno: dibujo—lineal y de adorno,—gimnasia solfeo y música instrumental. 2.ª, Idiomas: árabe, francés é inglés, que son los más importantes después del español. Ahora advierto que toda esta enseñanza es gratuita, aun para las personas ricas, y á muchos pobres, según la posibilidad, se les proporciona sustento y ropas, para lo que se dispone de la cocina económica y otras obras de caridad.... ¿Y á esto llama el Sr. Villanueva enseñanza deficientísima? ¿La hay acaso más total en su género ni más completa?

Alumnos que asisten á esas escuelas.

El número ordinario de los alumnos de esa escuela es de 300, al que hay que agregar el de las alumnas de la escuela de niñas que dirigen las Religiosas Franciscanas, que es bastante mayor, y el de todos los niños y niñas de las demás escuelas que la Misión sostiene en los alrededores de la población. ¿Y cómo se atreve usted á decir que probablemente no llegarán á 40? A mí me parece que es muy sencillo el saberlo. Usted disminuye de esa manera el número de los niños que se educan en la escuela de los Frailes, para que le crean con más facilidad las calumniosas afirmaciones que tan á la ligera, profiere acerca de ellos y su enseñanza.

Pero ya lo ve usted Sr. Villanueva, ninguna de ellas es

verdad. No es verdad que la enseñanza sea deficientísima, ni aun deficiente; no es verdad que á la escuela de los religiosos acudan sólo los desdichados que necesitan auxilio y protección, ni los que dependen de esa Orden Franciscana, etc.; ni mucho menos los que no la conocen. Precisamente es todo lo contrario, que los que la conocen hacen cuanto pueden por ir á esa escuela; oiga usted si no lo que me pasó á mí mismo el otro día, dando un paseo por los alrededores de la población.

Un testigo nada sospechoso.

Era sábado y de improviso me encontré con un hebreo, hijo de un rabino, y al que yo había conocido fuera de aquí hacía ya algunos años. Después de los saludos de rúbrica le pregunté: ¿Y como por aquí Sr. N.?—Ya ve usted, Sr. Bréfos, por fin he resuelto vivir en Tánger....—Y esta niña tan graciosa que usted trae consigo?—Es mi hijita Luna, que usted apenas se acordará de ella, la cual está muy contenta aquí en Tánger y la gustan mucho las cristianitas.—¿Y cómo es eso Lunita?—pregunté á la niña.—No se atrevió á responder acobardada, y el Sr. N. me dijo: *La tengo puesta en la escuela de la Misión católica* y no sabe usted lo contenta que está con las religiosas. «Yo estoy convencido—añadió—que *no hay escuelas como las de esa Misión*, y si no ya ve usted que son muchas las niñas hebreas que van á ella, y aún irían más si las admitiesen.» Tiene usted razón, le dije yo, van á ella muchas hebreas, pero las religiosas no podrán admitir á más; pues los locales están todos llenos y no han de despedir á las cristianas que son las primeras; y lo mismo pasa relativamente con la escuela de los niños....¿Y como ha de ser deficientísima esa enseñanza, si de ella han salido intérpretes de Legaciones y Consulados, cancilleres, comerciantes hábiles, empleados del Banco y de otras muchas é importantes oficinas?

Son 13....! Jesús que miedo!!!

Pero examinemos también el número de las escuelas que usted, Sr. Villanueva, presenta, para burla, sin duda, de la Misión católica y de España. «Hay, dice usted, en Marruecos 42

escuelas.... 13 españolas—hasta el número es funesto—.... No sé, en primer lugar, á qué traer ese paréntesis tan ridículo, quizá para que se admiren los necios, y que en realidad pone en ridículo á usted mismo, pues da que sospechar que cree en agüeros ó cosas supersticiosas. No señor, ese número 13 no tiene nada de funesto, aunque usted lo haya puesto á propósito para mofarse de España. Y digo á propósito, porque no es verdad que el número de las escuelas españolas sea 13, ya hable usted de Tánger sólo, ya de toda la Misión. Aquí en Tánger existen ocho escuelas españolas, y nada mas: tres superiores y cinco elementales, y en el resto de Marruecos hay 12, que forman un total de 20 escuelas, á las que pueden añadirse otras dos que se inaugurarán este verano, Dios mediante. El número extraordinario de escuelas francesas que usted pone, no es verdad tampoco. Esas son escuelas *judías*, es decir, de la alianza israelita, pues francesas no sé que pasen de dos ó tres aquí.

Al que no quiere caldo, taza y media.

¿Y que quiere que le diga de la cuestión de los Judas? Esa no merece ciertamente la pena de tomarla en serio; pues son puramente *niñerías*, aún cuando usted las aproveche también para calumniar á nuestros Misioneros, haciéndoles pasar por promotores de ese *recreo* que nuestros compatriotas estilan en algunas regiones y que ellos han importado de nuestro país. Sólo le diré, para que se vaya curando de espantos, que este año, á pesar de su discurso, ha habido aquí en Tánger una cosecha más abundante que la de costumbre, pues los he visto hasta por la calle de Siaguin, la más pública de la población, cosa que hacía años no había notado, y probablemente habrá sucedido lo mismo en las demás poblaciones donde hay españoles.

Pongo, pues, fin á mi tarea, rechazando toda frase que usted pueda considerar como ofensiva, y repitiéndole que la mayor parte de las afirmaciones de su discurso sobre Marruecos, son falsísimas por lo que á los frailes se refiere. Que el Señor le ilumine la inteligencia para ver tantas falsedades ca-

lumniosas de los beneméritos Misioneros, y le conceda la gracia de desdecirse como caballero cristiano, es lo que le desea ardientemente á usted, su afectísimo s. s.

ANTONIO BRÉFOS.

Tánger, 10 de Mayo de 1909.

CURIOSA POLÉMICA

Entre un fraile y un masón ⁽¹⁾

VARIAS CARTAS ABIERTAS Á DON JULIO CERVERA Y BAVIERA, EN LAS QUE SE REFUTAN LAS CALUMNIAS QUE, CONTRA LOS MISIONEROS FRANCISCANOS DE MARRUECOS, LANZÓ DICHO SEÑOR EN EL CONGRESO.

I

HABLA "EL CORREO ESPAÑOL."

El P. Paisal, persona para nosotros muy querida, nos escribe una carta, la que van á leer nuestros amigos. El nos lo ruega, y pese á las estrecheces del periódico, su ruego implica para nosotros una obligación moral de complacerle. Mas al pasar la vista por la carta hallamos que parece un discurso. En efecto, el parecido no engaña. Es un discurso, un hermoso discurso.

Va contra Cervera, el diputado republicano y masón que gracias á la terquedad del gobernador salió por Valencia. Y ya estoy viendo en otra tribuna levantada frente á la de Cervera la de nuestro elocuente fraile Franciscano, que cuando el masón cierra la boca, dirígese con semblante embravecido y denodado ademán al presidente y le dice: *¡pido la palabra!*

Y empieza de esta guisa.

(1) Nota de Colector. Con este epigrafe nuestro particular amigo el P. Paisal publicó estas cartas que vieron la luz en las columnas del *Correo Español* en varios números de los meses Mayo y Junio.

“En defensa propia.

Retirado temporalmente en este rinconcito de Galicia, cuidando de mi anciana y enferma madre, recreando mi vista con los encantos que ofrecen estas vegas deliciosas, sin leer periódicos en muchos días y trabajando lo que puedo en la obra de evangelizar á estos pueblos, ahitos, como todos los de España, de libertad pero necesitados de pan y de buenas doctrinas, no me había enterado á tiempo de los desplantes de usted en el Congreso con motivo de la interpelación del Sr. Villanueva sobre la política del Gobierno en Marruecos.

Una carta de Tánger y dos de Madrid, de personas para mí muy queridas, me daban la voz de alarma sobre lo ocurrido en las sesiones del 18, 20 y 24 de Marzo y algunas otras de Abril; pero esas cartas llegaron ya tarde á mis manos y no precisaban los conceptos emitidos por usted y el Sr. Villanueva, así que sólo sirvieron para estimularme á buscar el *Diario de las Sesiones* de aquellos días, y al fin, después de no poco trabajo, he podido hacerme con el que más me interesaba, aquel en que aparece el discurso de usted.

Había además otras razones poderosas para dilatar la réplica que ahora le envió; necesitaba registrar papeles, me hacían falta algunos que no tenía y sabía que existían, y, por otra parte estábamos ya en Semana Santa, tiempo de mucho trabajo para el Sacerdote y de recogimiento y meditación para el buen cristiano; y yo, que fui educado en la escuela del P. Lerchundi, que pasé muchos años á su lado y conocía los secretos más íntimos de su alma, me acordé entonces que durante esos días el bendito Misionero no quería saber nada del mundo ni de los hombres soberbios y mundanos, sino que todo su pensamiento lo tenía fijo en la Cruz divina del Redentor y me dije: imita á tu maestro; no hagas caso de miserias humanas.

Y no hice entonces caso de usted Sr. Cervera, y no debiera hacerlo ahora; pero lo que se parla en el Congreso repercute en la Nación, y no faltarán necios que crean como verdades inconcusas cuanto usted ha dicho contra los Frailes

de Marruecos especialmente contra el venerable P. Lerchundi de quien usted no ha recibido más que atenciones y favores.

La investidura de diputado que le concedieron á usted los elementos más avanzados y menos reflexivos de Valencia, no le autoriza para vilipendiar á nadie y menos vistiendo uniforme de militar y preciándose de caballero.

Créame Sr. Cervera, tengo que hacerme gran violencia para no aplicar á usted los calificativos más duros del Diccionario, aquellos calificativos que merece todo el que desfigura los hechos, pues usted sabe muy bien que ese desdichado discurso que pone ahora la pluma en mis manos no es más que pura novela oriental, un tejido burdo de falsedades contra instituciones y personas beneméritas de la Patria, que cuentan en su haber el aplauso de los siglos y las simpatías y alabanzas de todos los hombres de buena voluntad.

Sea usted sectario Sr. Cervera, si quiere serlo; lleve si le parece su odio contra la Religión católica hasta el extremo de atacar sus cimientos en el terreno de las ideas; pero no injurie usted á las personas, porque el hombre que no guarda los respetos debidos á los demás no merece ser respetado. Si usted es valiente y no dudo que lo es, guarde esas acometidas para emplearlas cuando fuere preciso contra los que llevan espada al cinto como usted, y no denigre á individuos que no pueden defenderse y menos á los que ya duermen el sueño de la muerte y dejaron en la tierra un nombre inmaculado ¿Se atrevería usted á inferir injusticiados ataques á alguno de su clase? En esa forma personal y sañuda ni aun al ministro de la Guerra, que por el mero hecho de sentarse en el banco azul y ser del número de los responsables tiene que aguantar todo el chaparrón de censuras que á cualquier diputado de las oposiciones se le ocurra lanzar contra él.

La honra del fraile.

Pues bien, hombre por hombre, tan acreador es á su honra el Fraile como el militar, esto no lo negará usted como no lo niega nadie aunque en la práctica haya quien se empeñe en hacer del pobre Fraile una especie de borrego judío que

cargue con todos los pecados del pueblo y sufra pacientemente los golpes de los que mataron al pobre Meco sólo por resistirse á ejercer con los oficios de sepultura.

¿Es usted hijo de Meco, Sr. Carvera? Quiero decir ¿es usted español y no extranjero como su correligionario Azzati, ese Azzati hecho diputado de contrabando, que tan aficionado se muestra á cierta clase de parásitos, sin duda porque abundan á quintales en la tierra de su origen? Pues si es español, y yo sé que lo es, porque tambien la hermosa Valencia en que usted nació pertenece á España á pesar de que algunos desdichados amigos de usted se empeñan en que sea una prolongación del Rif, abra la historia patria y verá que cuando en cada esquina de cada calle de cada pueblo había un convento, en los mismos sitios, tal vez, en que hoy se levantan presidios manicomios y casas de lenocinio, España era grande, respetada y temida... y sus hijos descubrían un nuevo mundo y sus barcos conquistaban lauros y ganaban victorias en los mares y su valerosa Infantería dilataba sus Estados en Flandes, en Italia, en el Rosellón y en todas partes, sin sufrir en dos siglos vencimiento.

La España clerical.

Esa era la España clerical, la España de los Frailes, la España de la Reconquista, aquella gloriosa España que no tenía más que una sola fe y un sólo corazón, y con esa fe se lanzaba á las empresas más atrevidas y con ese corazón trazaba á voluntad los límites geográficos de las naciones.

Entonces éramos un pueblo lleno de vida, brioso, heróico, penetrado del sentimiento del honor y de gran poder inventivo; un pueblo que, por sus ciencias, por sus artes, por su literatura, por su valor y por sus virtudes, marchaba á la cabeza de todos los pueblos de Europa, y daba á estos su norma é imponía sus leyes y costumbres; y nuestras clases trabajadoras eran fuertes y sufridas, y nuestra nobleza altiva y vigorosa, dispuesta siempre á marchar adonde quiera que se le ofreciese ocasión de desenvainar la espada: todos miraban hácia adelante, nadie volvía la vista atrás: el alma nacional latía en

todos los pechos, y en torno del símbolo bendito de la Patria iluminado constantemente por los rayos del sol, se agrupaban todas las energías, torrentes de entusiasmo brotaban de todas partes, y descendiendo del trono de nuestros soberanos, verdaderos padres de sus vasallos, iban á fundirse, con las aspiraciones de éstos, en las gradas del santuario.

¿No era esa, Sr. Cervera, la España que expulsó á la morisma de Granada, venció al gran turco en Lepanto y humilló á los franceses en Pavía y San Quintín? ¿No era esa aquella admirable España de los Reyes Católicos, de Carlos I y Felipe II; de Legazpi y Hernán Cortés, de Cervantes y el Duque de Alba, de Calderón de la Barca y de aquellos *ignorantes* Frailes que se llamaron Cisneros, Marchena, Deza, Arias Montano, Mariana, Alfonso de Castro, Bartolomé de las Casas, García de Loaisa y Luis de León?

Pues compárela usted con la España decrépita é indiferente de estos tiempos, con la España de Lerroux, Blasco Ibáñez, Soriano, Azzati, Morote y demás moros engendrados y encumbrados por esas masas inconscientes que se agitan en Valencia, las mismas masas populares que un día, acaudilladas por un Fraile, abatían el poder y la soberbia de las huestes napoleónicas.

Pedradas á los peregrinos.

Para esas pobres masas son todas mis simpatías, á pesar de que de ellas yo no recibí más que pedradas y naranjazos, cuándo cupo la misma suerte al difunto Cardenal Sancha, al actual Arzobispo de Valladolid y á otros Prelados insignes, directores de aquella memorable peregrinación obrera que en 1894 fué á Roma á ofrecer sus filiales respetos al Sumo Pontífice León XIII. Yo procedía de Tánger, de un país de bárbaros, y al tocar tierra cristiana, parece que mis pulmones se ensanchaban al respirar el aire fortificante de la Patria; pero aquella dicha sólo duró un instante; lo que nunca presenciaron mis ojos en África, lo experimentó mi cuerpo en los muelles del Grao, con gran pesadumbre de mi alma, no tanto por los insultos, las pedradas y los tiros, que de todo hubo, como por-

que al costado de nuestro buque se hallaban fondeados dos vapores ingleses, y ya estaba oyendo los comentarios que sus tripulantes harían de la cultura y civilización española.

—¡Pobres masas!—decía para mí—, así reciben á los forasteros y les demuestran su gratitud por los miles de duros que dejan en su ciudad: no conocen sus intereses, no saben el daño que se hacen, obran á ciegas como aquellas turbas de Jerusalén que, fanatizadas por los escribas y fariseos, pedían á voces la muerte del Justo, sin pensar que ese Justo era su Mesías y libertador.

Compare, digo, Sr. Cervera, la España monástica y caballeresca de los siglos XV y XVI con la España liberal y positivista de los siglos XIX y XX, y verá que entre la una y la otra media un abismo; porque ante aquellos gigantes del saber, ante aquellos héroes de la milicia que pasearon triunfante el pabellón de Castilla por todo el mundo é inspiraron con sus proezas las páginas más brillantes de nuestra Historia, causa verdadera compasión ver á los descreídos pigmeos de nuestros días provocando al Señor de los cielos atropellando e obardemente á sus servidores y pretendiendo por este medio regenerar á la Patria, á la misma Patria que ellos privaron de gloria en Melilla y cubrieron de lodo é ignominia en Cubas y Filipinas.

Claro que no todo era oro en la España de los Reyes Católicos, que también había escoria, como la hubo en todas partes desde que existe el mundo; pero si entonces cruzaba los campos de la mancha un hidalgo que cometía mil locuras por defender un ideal, hoy se pasean por toda la Península miles de Sanchos que no tienen más ideal que su estómago.

La España liberal.

Quédese usted, Sr. Cervera, con esta España moderna, microscópica, caída, que alardea de *europizarse*, mientras recibe los desdenes y taconazos, de toda la Europa; invoque, si le place, el nombre de la libertad para privar de ella á indefensos Religiosos, que son tan ciudadanos como usted; siga con sus discursos despertando los apetitos desordenados de las

masas y atizando el fuego de la discordia entre hermanos; que yo, y conmigo todos los Frailes, con la vista fija en la España grande de nuestros padres, seguiremos predicando á los pueblos la verdad evangélica y diciendo á esas masas queridas: Oidnos, no nos miréis con recelo, porque somos vuestros verdaderos amigos, vuestros hermanos, los constantes defensores de las clases humildes.

No hagáis caso de los que os hablan de los *derechos del hombre*, pero sin haceros conocer sus deberes; porque, en vez de proporcionaros los medios económicos para satisfacer vuestras necesidades, lo que pretenden con su artificiosa palabrería es atrofiar vuestras inteligencias y corromper vuestros corazones para vivir á costa de vuestra ignorancia y miseria.

Pan y hojas de Catecismo necesitáis y necesitan vuestros hijos, y ese doble alimento espiritual y corporal sólo puede proporcionarlo la Religión de Jesucristo, que en todo tiempo ha sido la protectora de los pobres, como lo atestiguan los admirables institutos de caridad por ella creados, esos innumerables asilos, colegios, hospitales y demás casas de beneficencia, donde encuentran refugio, sustento y consuelo todos los desvalidos, incluso los que no pertenecen á nuestra comunidad.

No olvidéis nunca esta gran verdad, no déis oídos á los delirios de hombres ambiciosos, amigos teóricos del pueblo, pero verdaderos burgueses de blondas, encajes, coches y lacayos, que, diciéndose vuestros redentores, os incitan á despreciar la tutela maternal de la Iglesia para haceros caer en la degradante esclavitud de las pasiones.

Trabajad con fe y resignación en vuestro oficio, no perdáis la esperanza de mejorar de suerte; pero tened siempre presente vuestro destino sobrenatural y no penséis que el bienestar permanente é inmutable se encuentran en la tierra, donde un momento de felicidad se paga con muchos años de lágrimas y dolores:..

Entrando en fuego.

Ya comprendo Sr. Cervera, que á usted no le agradarán estas máximas, tan distintas de las que enseñan las logias ma-

sónicas, de que usted es activo miembro—ya lo demostraré—; pero los Frailes no podemos predicar otras; y si usted recibió en su infancia educación cristiana, y conserva en su mente un átomo de buen sentido—que gustoso le reconozco—, no podrá menos de confesar que estamos en lo cierto, y que con nuestras doctrinas prestamos un gran servicio á la sociedad, la cual tan necesitada se encuentra de ayuda para hacer frente al monstruo del anarquismo, para resolver las luchas entre patronos y obreros y para evitar esas pavorosas huelgas, que tanto daño causan en los países que viven de la industria, de la agricultura y del comercio. Y después de haber dicho que en todo su discurso no hay más que injurias y falsedades contra los Misioneros de Marruecos, parece que no debiera añadir una palabra más, porque usted afirma sin pruebas, y lo que gratuitamente se afirma, gratuitamente se niega; pero yo me he propuesto puntualizar la materia, y no he de dejar la pluma hasta refutar una por una todas sus invenciones.

Con esto no hago más que ejércitar el derecho de propia defensa, que como propias considero las ofensas inferidas á mis hermanos en Religión, especialmente las dirigidas contra mi amadísimo é inolvidable P. Lerchundi, de quien fuí el único secretario durante los años de su gobierno, y, por lo tanto, la persona más indicada para defender su memoria.

Y pues usted dispara balas de plomo sobre los muros de las Misiones Franciscanas de Marruecos, no espere que yo le conteste con peladillas de azúcar. Usted es el provocador, un provocador audaz, astuto y sin entrañas; y justo es que este pobre Fraile, herido en las fibras más sensibles de su corazón, no las tenga para usted, siquiera de lo que diga sea él solo responsable y en nada deba faltar á los fueros de la verdad.

La paciencia tiene límites, como los tuvo la de Jesucristo, modelo de mansedumbre, cuando á latigazos arrojó del templo á los que lo profanaban.

Y por hoy, Sr. Cervera, hago punto final. Sirva lo dicho como de proemio de una serie de cartas que me propongo dirigirle, y en la próxima entrará en materia su servidor.

FRAY JOSÉ MARÍA PAISAL.

Puente Cesures 6 de Mayo de 1909.

II

Al Sr. D. Julio Cervera y Baviera, Diputado á Cortes.

Como le decía en mi anterior, el contenido de la misma no era más que el exordio del largo sermón que me he propuesto predicar en su amable presencia. Como él se refiere todo á su óptima personalidad, espero lo ha de escuchar con la atención debida, y después podrá usted formular todos los juicios que guste sobre si ha sido mejor ó peor pronunciado. Su tema ya lo conoce, el mismo que usted me propuso: *Lo que hacen los Frailes en Marruecos y lo que usted ha hecho en aquella tierra.* Ya ve que no puede ser más interesante, y como usted ya lo desarrolló á su modo en el Congreso, y yo no he tenido el gusto de oírle, dígame algo que me sirva de orientación para entrar en materia. Comience, pues, por el principio, ó sea por las Embajadas que en estos últimos años envió España al Imperio de Marruecos.

Las cosas claras

«Yo he asistido á esas Embajadas del sultán... en alguna de ellas he tenido el honor de ser la primera figura, y eso consta en el ministerio de Estado.»

Pase, Sr. Cervera, aquello de *Embajadas del sultán* en vez de *enviadas al sultán*, porque no es ahora mi propósito darle lecciones de Gramática; pero lo que no puede pasar es lo que usted dice respecto al papel que desempeñó en esas Embajadas. Tiene usted la monomanía de la celebridad, ya se le notaba cuando estaba en Tánger y en su afán de elevar su persona al nivel de un Martínez Campos, que tampoco fué un Meternich en la ciencia diplomática, asegura ante la representación nacional que asistió á varias Embajadas, y hasta que fué la pri-

mera figura en alguna, cuando ni siquiera llevo á ser la última.

¿A qué Embajadas asistió usted, díganoslo por favor, para que los españoles contemplemos admirados su figura, esa figura ideal, arrogante y esbelta como las estatuas marmóreas de los emperadores de Roma? Durante su estancia en el Mogreb el Gobierno no envió, que yo recuerde, ninguna embajada á la corte del sultán. Este vino á Tánger en el mes de Septiembre de 1889, y acaso usted haya formado parte de la comitiva que acompañó á nuestro representante don Francisco Figuera, cuando fué á saludar en la Alcazaba á su majestad xerifiana. Es lo más que puedo concederle. Pero en aquella visita, si es que usted asistió á ella, lo único que pudo hacer fué lucir su uniforme de comandante de Ingenieros, sin que nadie lo advirtiese, porque allí había militares de mayor graduación y numerosos jefes y oficiales de Marina, entre los cuales se destacaba otro Cervera, que en nada se parecía á usted, á quien la Historia hará justicia colocándolo á la altura de Churruca, de Gravina y del héroe del Callao.

El señor ministro de Estado, sin duda por un exceso de condescendencia, dejó que usted se pavonease en el Congreso con soñada representación diplomática en esas Embajadas, y aun le dispensó el honor de suponer que asistió á la que fué á Rabat en Agosto de 1887; pero como todavía viven algunos individuos de los que formaron parte de aquella Embajada, fácil le es rectificar la equivocación del Sr. Allendesalazar. Porque lo cierto es, Sr. Cervera, que á usted nadie le ha visto entonces en Rabat, no le he visto yo que, como compañero del P. Lerchundi, formé parte de aquella misión diplomática.

Y para que no crea que hablo de memoria, transcribo á continuación un párrafo de un artículo que apareció por aquellos días en el periódico *La Fe*, de Madrid. Dice así:

«La Embajada se compone de los individuos siguientes: Sres. Diosdado y Castillo, embajador; Campillo y García Jove, secretarios; Padre Lerchundi, con una misión especial; Rinaldi, intérprete; Óvilo, médico militar; Tubino, escritor; Piñeiro, agregado diplomático; Verda, capitán de E M.; Ber-

múdez Reina y Silveiro, coronel y capitán de Artillería, respectivamente, con 15 soldados á sus órdenes; Fray B. Ellaury, acompañando al P. Lerchundi, y el P. Paisal, presidente de la Misión católica de Casablanca.»

Estos son los nombres de las únicas personas que asistieron á aquella memorable Embajada, y como el de usted no figura allí para nada, no me extraña que al hablar de ella invente lo que no hubo y la coloque en Fez, cuando es sabido que comenzó y terminó en Rabat, donde á la sazón se encontraba Muley Hassán. Yo no sé si en el archivo del ministerio de Estado constan todos los nombres que dejo citados; pero lo que si puedo afirmar es que usted no ha sido en aquella ocasión ni en ninguna la *primera figura*, á no ser en ciertos documentos que deben existir en dicho departamento ministerial referentes á una especie de conspiración fraguada por usted y algunos caballeros más contra el pobre don Francisco Figuera representante de España en Marruecos.

Defensa de un intérprete y cada cual á lo suyo.

Síga usted su discurso:

«El intérprete oficial, el de la Legación, á quien conozco personalmente, conoce el árabe mucho menos que yo...; el verdadero intérprete es el Fraile Franciscano que acompaña al señor Merry del Val.»

Es usted injusto con todo el mundo, Sr. Cervera, incluso consigo mismo, porque la justicia exige que no se de tono indebidamente, queriendo pasar por arabista cuando apenas si conocerá media docena de palabras de la lengua de Mahoma.

No sé qué le habrá hecho á usted el señor Saavedra (1), intérprete oficial de la Legación, para que así le trate; porque,

(1) Nota del colector. El Sr. Saavedra, primer intérprete de la Legación de España, tiene todas las cualidades de arabista que le asigna el P. Paisal, mas debemos advertir á los lectores que este Sr. no fué el que acompañó al Embajador á Fez en la última embajada si nó el segundo intérprete ó sea el Sr. Reginaldo Ruíz, que tambien posee el árabe perfectamente y es autor de una obrita titulada Guía de la conversación del árabe vulgar que vió la luz pública en la imprenta de la Misión Católica Española, Tánger.

aunque no es una notabilidad en conocimientos filológicos, sabe lo suficiente, en árabe clasico y vulgar, para desempeñar bien su cometido, y, sobre todo, tiene ya á su favor una larga práctica.

Y en cuanto á que el verdadero intérprete de la actual Embajada es el Fraile Franciscano, no le agradecemos el favor, tanto por la intención que revela, como porque los frailes no podemos agradecer lo que no es conforme á la verdad, aun siendo alagüeño para nosotros. Es cierto que en otras ocasiones los Franciscanos fueron intérpretes y hasta embajadores cerca del sultán de Marruecos, con gran provecho para nuestra Patria; pero no es menos cierto que la misión del Fraile que acompaña al señor Merry del Val no es la que usted le asigna, sino que se limita á decir Misa los días festivos y á prestar sus servicios espirituales al que los solicite, que nunca son tan necesarios para el cristiano como en el interior de un país infiel, donde no es posible hallar un Sacerdote de nuestra Religión.

No todos han de ser librepensadores como usted, Sr. Don Julio, ni han de mostrar tan poca consideración á las personas é ideas de sus semejantes.

Quedamos, pues, en que el Misionero que forma parte de la actual Embajada no ha ido en calidad de intérprete; pero usted mismo reconoce la importancia que tiene el hábito franciscano entre los moros, y, por lo tanto, no veo la utilidad que pueda reportar España en sus relaciones con el sultán, prescindiendo del elemento más respetado, querido é influyente que tiene en Marruecos.

El Sr. Cervera no sabe lo que se dice.

¿Y quién le ha dicho á usted que después de la recepción solemne y pública el embajador ya no vuelve á parecer por el palacio del sultán, sino que el intérprete es el que se entien- de con los ministros de S. M. xerifiana?

Eso es una prueba más de que usted no presencié ninguna de esas Embajadas, y no sabe lo que se dice, ó no quiere decir lo que sabe, cuando afirma que después de la entrevista aparatosa y pública los embajadores ya no tienen más que hacer.

Para representar esos señores en la corte de Fez tan desairado papel, más les valiera quedarse en sus casas. Pero no, diplomáticamente hablando, es más lucida su situación, porque ellos son los que, bien ó mal, dirigen todos los asuntos, van á ver al sultán cuantas veces es necesario, y el intérprete no es más que un traductor material de las palabras.

No está, pues, en lo cierto en esto, Sr. Cervera, como no lo está en lo que sigue: «Sucedo que terminada la Embajada, el sultán, al despedirla, le hace regalos de cortesía... Al intérprete, si es un representante de la misión de San Francisco, le regala ó una hermosa finca en Tánger ó una hermosa parcela en el monte, ó una huerta de mucho valor, y ese es el origen de las fincas que poseen los Frailes en Tánger».

Y si lo fuera, ¿qué? Probaría una vez más —lo que es muy cierto—, que los sultanes tienen en mayor estima á los Frailes, porque los conocen de antiguo, que á los farsantes de todo pelaje que ahora van á Marruecos. Si esa no es envidia ó pesar del bien ajeno, que venga Villanueva y lo diga. A este señor no le salen, por lo visto, bien los negocios en que se ha metido, y en un momento de mal humor pierde el tino y lanza toda su bilis sobre los Misioneros, como si éstos tuvieran la culpa de que las minas del Rif no den el resultado que el esperaba.

Que se esté sietecientos años en Marruecos, como los Frailes, y ya verá como la tierra se le convierte en oro, y no tendrá que envidiar á los hijos de San Francisco porque poseen en aquel país, ó más bien usufructuan unas cuantas fincas, que no son tantas, ni tan grandes, ni tan hermosas, ni las regaló el sultán, como usted quiso hacer creer á sus colegas del Congreso. ¡Buenos son los moros para hacer regalos de esa clase, cuando estamos viendo que aún por grandes cantidades de dinero, y á pesar de todos los Tratados, se resisten cuanto pueden á enajenar sus tierras á los cristianos!

Los Franciscanos no han recibido más regalo del sultán en terrenos que el pequeño solar en que se levanta la iglesia de Casablanca; las demás fincas pertenecen casi todas al Patronato de la Obra-Pía de Jerusalén, que es; como si dijéramos, al Estado español, pues sabido es que los fondos de esa Obra-

Púa han ido á parar al departamento de Hacienda, y una parte de sus intereses los utiliza el ministerio de Estado.

Después de todo, si los sultanes se mostrasen tan espléndidos con nosotros, ¿qué perdería España en ver ondear su pabellón en propiedades de sus hijos? A ningún inglés, francés, alemán, ruso ó chino se le ocurrió jamás censurar á otros compatriotas suyos, de cualquier clase social que sean, porque adquirieran fincas en Tánger y otros puntos de Marruecos. Es que los extranjeros entienden el patriotismo de modo muy distinto de como lo entienden los sectarios españoles, que son sin duda los más cerriles y menos conseqüentes de todos los sectarios de Europa y del mundo entero.

El huerto de los Franciscanos.

Y llegamos ya al huerto del monte de Tánger, á ese humilde huerto de rosales, violetas, margaritas siemprevivas, que usted y el señor Villanueva han hecho ahora célebre, y yo quiero hacerlo más, porque me agrada que todos conozcan nuestras cosas, y me place recordar los días felices que pasé en aquel delicioso retiro, adonde, en ocasión semejante á la que usted me ofrece, invité á su correligionario don Nicolás Salmerón—á quien Dios haya perdonado—á que fuera á practicar unos días de ejercicios espirituales. ¡Qué bien le vendría á usted, Sr. Cervera! Anímese, hágalos siquiera por curiosidad, por vía de ensayo, por amor al arte, también hay arte en el ejercicio de las virtudes, ese sublime y divino arte simbolizado en la suntuosidad y magnificencia de nuestras Catedrales góticas, cuyas admirables cúpulas, elevándose hasta el cielo, parece que dicen á los hombres: arriba los corazones, porque allí está el lugar de vuestro descanso eterno; pero sin humildad, sin el conocimiento sincero de vuestra pequeñez, jamás lo conseguiréis, y vuestra desventura será mayor que la de los seres que carecen de voluntad y de razón....Haga, digo, siquiera ocho días de ejercicios espirituales, don Julio de mi alma, que no le ha de pesar, antes bien cuando se encuentre como ahora está el Sr. Salmerón, y puede ser dentro de una hora, sabrá cuánto valor tiene mi consejo, un valor infinitamente

superior al del acta de diputado que le regalaron los radicales y masones de Valencia ¿No quiere seguir mi consejo? Bueno, pues hable usted ya del huerto del monte.»

«Una de esas hermosas fincas, esa finca del monte á que se refería el Sr. Villanueva, es la que movió á pedir la palabra.

¡Válgame Dios!, qué republicanos estos. ¡Qué modo tienen de hacer discursos y de hacer patria! Como si no hubiera asuntos de verdadera importancia que tratar en el Congreso, y fuera de él cualquier futesa les sirve de pretexto para desahogar su odio sectario contra la Religión y los Frailes. ¿Qué cosa más insignificante, señor Cervera, que ese pequeño pedazo de tierra que los Misioneros poseen en el monte de Tánger, para que él le haya movido á usted á pedir la palabra y pronunciar un discurso sobre la política del Gobierno en Marruecos? ¿Qué relación hay entre esa política y aquella huerta, á la que usted llama *hermosa y grande finca*, tan grande, como que apenas si tendrá la extensión del perímetro que ocupa el edificio del Congreso? ¡Ah! No era la política, no eran los intereses de España lo que á usted le movió á intervenir en el debate promovido por la interpelación del Sr. Villanueva; era que usted con toda premeditación, se había puesto de acuerdo con este señor para herir á los Frailes; era que aun sentía el gusto de aquellos *ricos vinos y succulentas paellas* con que hace diez y nueve años—dice— le obsequiaron esos mismos Frailes en aquella *grande y hermosa huerta* del monte, y quiso aprovechar la ocasión para expresar su gratitud, la gratitud del estómago satisfecho, á los cándidos misioneros, haciendo el siguiente elogio de su inolvidable superior.

Judas Cervera.

«El P. Lerchundi era un hombre verdaderamente eminente, de gran talento, de grandes virtudes, de gran valer, de gran ilustración; conocía perfectamente la literatura árabe, era un verdadero orientalista, y al mismo tiempo era expansivo, franco, de un carácter alegre y decidor y no sólo se honraban con su amistad los que participaban de sus mismas ideas, sino los que éramos adversarios suyos: yo me he honra-

do muchísimo con la amistad íntima del reverendo Padre Lerchundi.»

Es lo único que hay de verdad en su discurso; pero como si usted se arrepintiera de decirla, se ensaña luego en el ilustre muerto, echando por tierra su fama y sus virtudes. Cualquiera, por poco lince que sea, ve en ese elogio que usted hace del que fué benemérito Prefecto de las Misiones de Marruecos una intención profundamente dañina, estudiada é hipócrita, cual la tuvo aquel discípulo de Jesús que se llamó Judas Iscariote quien después de una comida infinitamente más significativa y menos succulenta que las paellas de la huerta del monte, salía al encuentro de los judíos para entregarles á su divino Maestro, pero fingiendo hácia Él, eso sí, mucho respeto, un amor intenso, la mayor veneración.

Yo siento, Sr. Cervera que usted justifique con su incalificable proceder el concepto equivocado que muchos españoles tienen del carácter valenciano. Así como se dice del aragonés que es testarudo; del andaluz, locuaz y ligero; del catalán egoísta y presumido; del gallego, desconfiado y socarrón, etc., del valenciano se afirma que es astuto, meloso, vengativo y falso. Claro es que, en el modo de apreciar las cualidades típicas de las regiones, cada cual discurre como le parece, ni es hoy Valencia diferente de lo que fué siempre: la ciudad de las flores; de las bellas artes y de las grandes virtudes cristinas; pero si fuera como la juzgan los que no conocen su historia, si fuera como quieren hacerla aparecer las tribus de Soriano y Blasco Ibáñez—que no lo es—, me vería forzado á reconocer que D. Julio Cervera y Baviera es un buen ejemplar, un acabado modelo de los hijos de su región. Porque ¿hay astucia, hay falsía mayor que ese cariño profundo que usted finge hácia el venerable P. Lerchundi, á quien llama su íntimo amigo y lo eleva hasta las nubes para luego clavarle el puñal de la injuria y de la calumnia?...

Ya lo veremos en la próxima, pues ésta va siendo ya demasiado larga. s. s.

FRAY JOSÉ MARÍA PAISAL.

Puente Cesures 9 de Mayo de 1909.

III

A D. Julio Cervera y Baviera, diputado á Cortes.

Sigue el varapalo.

Muy señor mío: Concluía mi última dando á las alabanzas que usted tributa al P. Lerchundi la misma significación que tuvo el famoso beso de Judas, porque después de calificar al ilustre Misionero de hombre eminente; de gran talento, de grandes virtudes, de gran valer, de gran ilustración, que conocía perfectamente la literatura árabe, y al mismo tiempo era franco, expansivo, de carácter alegre y decidor, cualidades que rara vez se ven reunidas en un sólo hombre; después de reconocer que todos solicitaban ser amigos suyos, incluso los que no comulgaban en sus mismas ideas, y que usted se había honrado mucho con su amistad, empuña el arma de la difamación y le asesta un golpe terrible, capaz de quitarle la vida si ya no estuviera hace muchos años enterrado.

La injuria grosera.

«Tenía—dice— el P. Lerchundi una gran huerta, y en esa huerta había días de expansión en que á los que eran aragoneses se les obsequiaba con la jota ó con lo que les era agradable, y á los que éramos valencianos nos obsequiaba con seculentas paellas, paellas en que se bebían ricos vinos, y á los postres se saboreaba el *champagne*.... El P. Lerchundi, que empiezo por declararlo, era un hombre virtuoso, verdaderamente virtuoso y de buenas costumbres, tenía la debilidad que tienen todos los hombres; la materia no puede resistir á los efectos de la materia, y á los postres, después del *champagne*, era más decidor, más locuaz, más expansivo que de costumbre, y esos

eran los momentos que aprovechábamos los que nos interesábamos por España para saber cómo pensaba el P. Lerchundi.»

Singular modo de entender los deberes de la amistad es el de usted, Sr. Cervera; si tales caricias guarda para los amigos, ¿qué no tendrá reservado en su alma para los que no lo son? En las líneas que preceden ha querido usted presentarnos la figura del P. Lerchundi, y resultó retratada la de usted, con tan perfecto parecido, que por esa pintura cualquiera conoce el original. El P. Lerchundi, á pesar de que era un Religioso ejemplar, modelo de discreción, la bondad personificada, lo mismo para los católicos que para otras religiones, tenía también sus enemigos, como los tienen todos los hombres grandes, enemigos terribles que le causaron muchos disgustos y tal vez la muerte; pero hasta ahora nadie se había atrevido á tocar á su honra, á infamar su memoria; ese triste privilegio estaba reservado para usted, que dice haber sido su amigo, y más le valiera que no lo dijera, porque no hubiéramos conocido tanto su malicia, ni la Cámara le hubiera manifestado su asombro con rumores de merecida reprobación.

Pero ¿qué le importa á usted esos rumores desde el momento en que consiguió lo que deseaba, esto es, llamar la atención pública sobre su persona, como el dulero del cuento que despenó la dula para que todo el mundo hablase de él? Usted no se resigna á ser uno de tantos diputados del montón, busca la celebridad por cualquier medio; y ya que como ingeniero no deja en la tierra construcciones que immortalicen su nombre, quiere que pase á la historia unido al del P. Lerchundi, siquiera sea en la misma relación que existe entre calumniadores y calumniados, perseguidores y perseguidos, los tiranos y sus víctimas.

Afortunadamente, la gloria del que fué mi amadísimo superior está cimentada con solidéz indestructible, y no hay sombra que pueda oscurecer la esplendorosa aureola de su ciencia y de sus virtudes; pero no por esto deja de ser muy sensible que un caballero, que se dice amigo suyo, quiera ser ahora una nota discordante en el concierto de merecidas ala-

banzas que los hombres de todos los partidos y de las más opuestas ideas tributaron en todo tiempo al Franciscano ilustre, tan grande como humilde, que más que nadie trabajó en Marruecos por su Patria y por su Religión.

Los banquetes del Fraile.

No hay injuria más grave para un militar que el llamarle cobarde, ni ofensa que hiera más á un Sacerdote que el suponerle poco sobrio en la bebida; y si ese Sacerdote es un P. Lerchundi, el daño que se le hace es mayor, porque la ofensa está en relación de la dignidad y calidad de la persona ofendida.

Cualquiera que no conozca á usted é ignore lo que son los Frailes, y lea la fantástica descripción que hace de aquellas frugales comidas con que el P. Lerchundi obsequiaba una ó dos veces al año á los empleados de la Legación y á otros españoles, para conservar la buena armonía entre ellos y manifestarles su afecto, creará que las tales comidas eran banquetes de Baltasar ó las bodas de Camacho, y que aquella casita del monte de Tánger, con dos reducidas habitaciones y una capilla de cinco metros de largo, era acaso algún templo de Baco; y sin embargo, nada más distante que eso de la verdad, porque allí no había más paellas, ni más jotas, ni mas principios, ni más postres, ni más ricos vinos, ni más *champagnes*, que un pobre cocido, á veces sin jamón; una tortilla, otro plato y la indispensable sopa, que lo mismo podía ser de pan, que de fideos, de hierbas ó de arroz, mejor ó peor condimentado, pero que en nada se parecía á las suculentas paellas valencianas, pues de esas cosas no entienden nuestros legos.

De ricos vinos no hablemos, pues gracias si podíamos ofrecer á nuestros convidados el de 10 reales la arroba, y como extraordinario una copita de manzanilla ó moscatel, y como final una taza de café, sin gotas, hecho á la antigua, y *tutti contenti*. El *champagne* á todo el mundo le gusta; pero como es bebida de ricos, los Frailes no lo catamos, y en las comidas del monte *jamás lo hubo*, ni recuerdo que el P. Lerchundi lo haya saboreado una sola vez, como no fuera en algún banquete diplomático ó en casa de algún señor.

Y si allí no había *champagne* mal podía sentir sus hervores aquel varón eminente, de quien usted hace la más triste pintura, suponiéndole locuaz, indiscreto, influído por los efectos del vino, y, lo que es peor, un desleal, un espía del sultán, un traidor á la Patria.

La prensa sectaria.

Es lo que le faltaba al ilustre P. Lerchundi: que los demócratas á lo Villanueva y los radicales á lo Cervera lo trajesen y llevasen después de muerto, como en vida llevaron y trajeron al Arzobispo Sr. Nozaleda. Yo no sé cómo los periódicos anticlericales no aprovecharon esta oportunidad para aumentar los ingresos de sus cajas; sin duda no quisieron contradecirse, como usted se contradice, Sr. Cervera, porque también ellos, *El Liberal*, *El Imparcial*, *Heraldo* y hasta *El país*, en otras ocasiones hicieron justicia á los méritos y patriotismo de aquel gran Misionero, y se contentaron con extractar la sesión en que usted habló, como extractan todas las sesiones del Congreso, pero sin dar importancia mayor á sus palabras.

Moret y el P. Lerchundi.

El silencio de la Prensa en este caso, aún de la sectaria, es tan significativo como significativas eran las miradas que el Sr. Moret le dirigía cuando usted hablaba. El jefe del partido liberal fué sin duda el político que más bien hizo á nuestras Misiones de África, dicho sea en su honor; el que trató con más intimidad al Padre Lerchundi, á quien profesaba un cariño extraordinario; cien veces le sentó á su mesa, conocía su acendrado patriotismo, aquilatado en circunstancias de verdadera gravedad; no había asunto sobre Marruecos que no le consultase, sabía que era un hombre profundamente humilde, frugal, probo y comedido; y al oír á usted negarle todas estas cualidades, después de haber reconocido en él tantas virtudes, tanto saber y tantas buenas condiciones, se diría para sí: ¡Qué frescura la de este señor diputado! Por lo visto ha perdido el juicio ó cree que los demás no lo tenemos cabal. Le conoció bien la intención, Sr. Cervera, que era traer al debate á las

personas de más valía del Congreso; y ya ve el caso que le hizo, declarando que no aceptaba discusiones traídas de soslayo, y calificando de ridícula y falsa la idea, por usted emitida de que los Franciscanos fueran servidores y espías del sultán.

Se ha lucido usted, Sr. D. Julio; con arrogancia de gladiador se lanza á la arena para luchar con muertos ó con vivos indefensos; y las armas se vuelven contra usted por no saber manejarlas.

Aun para hacer daño se necesita tener habilidad, y esa es la que á usted le falta; pues si no hubiera recargado tanto los colores, quizá la pintura hubiera pasado, al menos para los que son de sus mismas ideas, y no se vería ahora manchado con la salpicadura de ese guñapo que levantó en el Congreso para ensuciar la buena fama del P. Lerchundi y de sus Frailes. Ya me figuro que á usted no le habrá hecho mucha gracia el desdén con que le trató el señor Moret, pero sus desplantes no merecían mayor consideración, si bien reconozco que el jefe de los demócratas no ha hecho esta vez todo aquello á que estaba obligado por sus íntimas relaciones con su amigo del alma el P. Lerchundi. Al Sr. Villanueva, causante é iniciador de toda esta tramoya calumniosa, con un gesto de disgusto pudo manifestarle la injusticia de sus ataques; y sin embargo, calló cuando él hablaba, sin duda porque el exagerado deseo de gloria mundana y el ansia de sumar partidarios para su política importan más al Sr. Moret en el ocaso de su vida que el recuerdo de aquellos leales amigos á quienes hace años admiraba como sabios y santos. ¡Ah, si viviera aquella virtuosísima señora que fué digna esposa del jefe del partido liberal! —Por Dios, Segismundo—le diría—, no permitas que nadie en tu presencia, y menos los que siguen tus huellas, así ofendan y mancillen la memoria de nuestro muy querido y respetado P. Lerchundi, porque sus consejos y oraciones nos hicieron mucho bien, y las injurias al ilustre muerto, que ya recibió la recompensa del cielo, se dirigen al corazón de los que tanto le amábamos y venerábamos en la tierra.

A lo que iba Cervera á la huerta.

Pero dígame, Sr. Cervera, ¿es cierto que usted iba á nues-

tra huerta del monte, no tanto por saborear las *sulentas paellas*, sino porque allí era donde el P. Lerchundi, después de los postres, manifestaba todo su pensamiento á los que, como usted, tanto se interesaban por España? Ya le diré cómo entendía S. S. los intereses de nuestra Nación cuando estaba en Tänger.

Ahora quiero decirle que al oír á usted expresarse así, mi imaginación vuela, sin poder remediarlo, á los tiempos antiguos, y, registrando las páginas de la Historia Sagrada, tropiezo con personajes que le eran muy semejantes. En ella leo los nombres de Herodes y Pilatos: á esos individuos no se parece usted, porque eran dos gobernantes que decían responsables, y no respondían de nada. Eran unos benditos, unos pobres inocentes, y á usted nadie lo tiene por tal; quizá algún día figure en esa categoría, si llega á triunfar la República y le hacen ministro de cualquier cosa, aunque sea de caminos vecinales y pantanos. Entre tanto consuélase con la esperanza; pero mientras el ideal no se realice, y va para largo, usted no tiene nada, ó tiene muy poco de parecido con Herodes y Pilatos.

¿A quién, pues, se parece de los personajes antiguos? Más ó menos á muchos porque ya dijo Salomón, hablando de los necios y radicales de su tiempo, que todo es viejo en este mundo sublunar. Por lo pronto, en aquellas grandes alabanzas que usted tributó al P. Lerchundi, para luego herirle con más saña, le compararé con los fariseos y herodianos que, fingiéndose amigos del Salvador y mostrándose admirados de sus obras, andaban acechándole *ut caperent eum in sermone*, para sorprenderle en lo que hablaba y tener un pretexto para condenarle.

Por supuesto que la intención de usted al sentarse á nuestra mesa en la huerta del monte no era esa, que en aquellos momentos no pensaba en los intereses de España, ni en lo que dijese ó dejase de decir el P. Lerchundi, sino en pasar un buen día á costa de los Frailes; pero ya que ahora, por hacer una novela, manifiesta propósitos que entonces no tuvo, charge con el símil y viva muchos años en paz y compañía con Judas Iscariote y los directores y jueces del pueblo judaico.

El rey y la Patria de los Franciscanos.

Pero ¿qué novela es esa que usted se propuso hacer? Oigámosle: «Una elevadísima persona oficial, residente en Madrid, á un funcionario público de la Legación de Tánger le pidió informes reservados particulares de muchas cosas que interesaban al país, y entre ellos le pidió su opinión particular respecto al P. Lerchundi, que allí era una figura que influía muchísimo en la política española en Marruecos. Yo voy á leer un párrafo de ese informe oficial, dice así: *Mi opinión personal respecto al P. José es la propia suya, expresada ayer precisamente en la huerta del monte después de una paella. Decía el P. Lerchundi: Los Franciscanos no podemos reconocer más que á un superior y á una patria; nuestro rey y Señor es San Francisco y nuestra patria, Roma. Así nos lo imponen nuestros votos.*»

Puede usted leer todos los párrafos que le plazca, pero mientras no presente el original de ese informe, no tiene derecho á que demos fe á sus palabras, porque ¡le hemos cogido ya en en tantas... equivocaciones! Bien ha hecho en advertir al señor ministro de Estado que no busque el tal informe *oficial particular* en el archivo de su departamento, porque ya sabía usted que allí no había de encontrarlo, como que no existe en ninguna parte. Se lo niego así, rotundamente, seguro de que usted no me ha de demostrar lo contrario. Lo más que podría enseñarnos sería alguna carta privada, escrita por usted mismo cuando estaba en Marruecos, ó bien por alguno de aquella famosa camarilla de que usted formaba parte principal. ¿Me entiende Sr. Cervera? ¿Sí? Pues por ahora dejaré en paz á esa camarilla hasta que diga algo de lo que usted hizo en Tánger.

Afirmé que con esa cita de ese supuesto informe usted se había propuesto hacer una novela de más ó menos efecto; pero lo pienso mejor, y digo: que la tal novela, en que aparecen los Misioneros de Marruecos, particularmente su amado Prefecto, aclamando á San Francisco por su Rey y Señor, y á Roma por su Patria, no es nueva, data del año 1890 ó 91, y no la inventó usted, sino un íntimo amigo suyo, mil veces más ingrato que usted, porque al P. Lerchundi debía todo lo que era en Ma-

rruecos, y sin embargo fué el que más daño intentó hacerle, si bien yo creo que por el estado especial de su cerebro no se le debe considerar como responsable de muchos de sus actos. Ya le diré en mi próxima quien fué ese individuo, porque las dimensiones de ésta me obligan á terminarla.

Se repite su servidor,

FRAY JOSÉ MARÍA PAISAL.

Puente Cesures 14 de Mayo de 1909.

IV

A D. Julio Cervera y Baviera, diputado á Cortes.

Un personaje misterioso.

Muy Sr. mío: Quedábamos en que aquella frase «San Francisco es nuestro rey y Roma es nuestra patria» no tiene base en ningún documento oficial; pero no negaba con esto que pudiese aparecer escrita con alguna carta particular de cualquier funcionario de la Legación de Tánger, dirigida, no á elevadísima persona oficial, como usted dice, sino á otro cualquier funcionario residente en Madrid, ambos, el de allende y aquende el Estrecho, individuos de la misma camarilla que tenía sus raíces en Marruecos. Creo que me va entendiendo, Sr. Cervera; pero quiero que me entienda todavía más.

Esa *elevadísima persona* que desde Madrid pidió informes reservados respecto al P. Lerchundi no existió nunca, al menos como tal elevadísima persona; pero en cambio existió el funcionario de la Legación á que usted se refiere, y ese fué el verdadero padre de la criatura; quiero decir fué el inventor de la novela, que ahora usted resucita y adorna para hacerle más presentable. Prometí decir quien era ese funcionario, pero no he de descubrir su nombre, porque ya compareció ante el tribunal de Dios, y no quiero hacer más amargo el luto de su excelente familia, digna, por otra parte, de todos mis respetos y consideración. Con trazar algunos rasgos característicos del aludido personaje, creo que usted comprenderá perfectamente de quién se trata, y sea la semblanza sólo para entre los dos, considérela como un secreto manifestado en el seno de la confianza.

Era aquel buen hombre, por su aspecto y por sus aficiones

moriscas, un ser verdaderamente misterioso, una especie de *Emir el mumenin*, algo así como la majestuosa silueta de algún santón salido de los edenes de Sevilla, de las aljamas de Córdoba, de los barrancos de Murcia, de los palmerales de Valencia y de las Vegas de Granada.

Era creyente de corazón, pero ante los moros lo parecía todavía más, porque aquellas gentes odian á los incrédulos, confesando, al estilo de ellos, que «sólo Dios es grande y vencedor», sin duda para convencerles de que también en tierra de cristianos hay mezquitas, alminares y muecines que llaman á los fieles á hacer la *sála* —oración—, y á tributar culto al Dios grande —*Alah Kibir*—. como si fuera posible que pudiese haber dioses pequeños. No poseía el árabe, ó lo conocía poco más ó menos como usted, Sr. Cervera; y sin embargo, consiguió hacer creer á no pocos españoles que lo hablaba á perfección, como hizo creer á algunos políticos que él era gran amigo de todos los xerifes, el pacificador de todas las kabilas, el conocedor de todos los secretos, el descifrador de todos los misterios, el consultor obligado de todas las Cancillerías, el único, el exclusivo, el privilegiado cristiano que, por sus dotes excepcionales mereció recibir, en los asuntos de Marruecos, las inspiraciones de los tolbas del *Kairauin* de Fez, ó de los ulemas de la gran *yama* de Sid Mohamed el Mekani, padre y señor de todos los musulmanes. No necesita usted que le diga más para conocer al funcionario de referencia.

Pues bien; ese individuo, soñando siempre con grandezas, hasta cuando estaba despierto, soñó un día que él era más que el P. Lerchundi; y para levantar el edificio de su fama no se le ocurrió otra cosa que cimentarlo sobre el descrédito de su gran protector, diciendo de él que enviaba el dinero de la Obra-Pía á la Santa Sede, que su Patria era Roma, que había perdido la amistad de Muley Hassán, que los moros principales le miraban mal y otras muchas majaderías.

Verdad es que en esa empresa de difamación tenía algunos que le ayudaban, todos los que formaban la consabida camarilla, y usted era uno de ellos. Por eso ahora al cabo de los años mil viene á repetir casi las mismas palabras que estaban

siempre en los labios de aquel hombre, de quien usted y demás compinches, cuando no lo tenían delante, se burlaban y reían. «No tengo más rey que San Francisco, ni más patria que Roma». Ya explicó brillantemente estas palabras el elocuentísimo Salaberry, pero pudo ahorrarse ese trabajo y negar el supuesto, porque el P. Lerchundi nunca las pronunció, y menos podía pronunciarlas en el sentido político que usted quiere dar á esas palabras. Eso—ya se lo advirtió el diputado carlista—sería un absurdo, sería sencillamente tonto; y el P. Lerchundi no era hombre que cometía tonterías de ese calibre ni de ninguno.

El patriotismo del P. Lerchundi.

No he de insistir, pues, en defenderle como patriota, un patriota del más puro y ardiente españolismo, porque usted sabe que lo fué, y consta así en las colecciones de todos los periódicos, en muchos documentos oficiales, en sus importantes escritos, en las obras que dejó en Marruecos y en el concepto de todas las personas veraces y decentes, á quienes no ciega la pasión. No se puede dudar de una verdad tan manifiesta, tan unánimemente reconocida; y si usted se empeña todavía en negarla, comience por borrar las páginas de nuestra historia, en que aparecen los nombres de todos aquellos buenos españoles que, como el Franciscano Cardenal Cisneros, consagraron todos sus pensamientos, sus intereses, su salud y su vida al amor y engrandecimiento de su patria.

¿No significa para usted nada, Sr. Cervera, la tenaz resistencia que el P. Lerchundi opuso constantemente á las pretensiones de la vecina República, que por medio de todos los representantes que envió á Tánger, sin exceptuar uno sólo, se empeñaba en que habían de ir á Marruecos Misioneros del Cardenal Lavigiére, ó al menos que nosotros nos cobijásemos bajo el protectorado religioso de Francia?

Aquellos Misioneros blancos de Argel también son hijos de la Iglesia católica, también son romanos, como nosotros, pero además son franceses; y el P. Lerchundi se empeñó en que no habían de ir á Marruecos más que españoles, y no fueron.

Sobre este punto yo pudiera decir muchas cosas, porque tuve que actuar como secretario, y conservo, entre mis papeles importantes, apuntes, precisamente de la época en que estuvo usted en Tánger; pero no quiero hacerme interminable, y le dejo á usted que compruebe mis asertos con el testimonio de los Sres. Moret, Allendesalazar y cuantos ministros pasaron por el departamento de Estado.

La misma conducta patriótica del P. Lerehundi siguieron todos los misioneros españoles que han ido á Marruecos, y está siguiendo el actual Obispo-Vicario Apostólico—otro Cervera que dista de usted lo que el cielo de la tierra—, quien recientemente se opuso cuanto pudo á que fueran á Casablanca cuatro Religiosos de nuestra misma Orden, sólo porque no eran hijos de España.

La masonería en Marruecos.

Pregunta usted: «¿A qué han ido los Frailes á Marruecos?» Y contesta: «Si no han ido á evangelizar, han ido á hacer política.» Pregunto yo á mi vez: ¿Cuál es la profesión de usted?, ¿no es la de ingeniero militar? ¿A qué ha ido, pues, á Tánger, si allí no habia fortalezas que construir, ni puentes, ni caminos, ni obras de arte que estudiar?...

Señor Cervera, antes de tirar piedras al tejado del vecino, es preciso tener muy seguro el propio, y el tejado de usted es de vidrio, completamente de vidrio. Yo no entiendo la lógica como usted: de que no haya construído obras militares, ni haya tenido nada que estudiar en Tánger, no se sigue que ha ido allí á hacer política, y, sin embargo, esta es la verdad, porque usted durante su residencia en Marruecos no ha hecho otra cosa sino política, mucha política, una política insidiosa, maquiavélica, contraria á la seguida por nuestra Legación y el ministerio de Estado, é inspirada en las enseñanzas antipatrióticas de la masonería. Y si no, ¿por qué le han hecho salir de Tánger, donde podía estarse muy tranquilo, paseándose por aquellos hermosos alrededores, saboreando las *suculentas paellas* de los Frailes y cobrando una paga, entre sueldo y gratificación, de general por no hacer nada de provecho para su Pa-

tria? ¿Por qué, si mal no recuerdo, le sometieron á expediente, de resultas del cual le enviaron por unos meses á un castillo, que me parece era el de Alicante, sin que pudieran valerle los *hermanitos tres puntos*, ni le sirviese de nada su carácter de gran comendador de la abortada masonería marraquí?.

¡Ah!, si hablaran las paredes de aquella hermosa casita, propiedad del Cónsul D. Francisco Lozano, ¡que cosas y cuán estupendas nos dirían! Allí, en una pequeña sala, á guisa de logia masónica, adornada con las insignias de la secta, reunía usted á sus amigos—no llegaban á media docena—, alguno de los cuales ni siquiera era español, y tenía con ellos sus *tenidas*.

¿Qué es lo que hacía y decía en aquellas *tenidas*? Cualquiera lo puede adivinar: comenzaba con el estribillo obligado de atacar el oscurantismo de los Frailes; continuaba intrigando á más y mejor contra la Legación; hablaba por todo lo alto, lo largo y lo profundo, de política, de cultura, de libertad y de civilización; circulaba el indispensable *tronco* para que los hermanos \therefore depositasen en él sus cuotas, que era lo principal; celebraba banquetes, y concluía por dirigir una circular á todos los masones del universo, que ni redactada en una casa de orates podría salir mejor. Demasiado sabía usted, Sr. Cervera, que esa circular resultaría una verdadera *plancha*; no ignoraba que sólo llegarían á conocerla muy contadas personas de la ciudad de Tánger, y, sin embargo, la dedicaba á todos los Grandes Orientes, Supremos Consejos, Grandes Logias y Cuerpos masónicos esparcidos por ambos hemisferios; y á esos grupos de hermanitos \therefore , adornados con tantas grandezas, les contaba mil maravillas de los progresos que la *Verdad* \therefore hacía en Marruecos, y les decía que más de 200 naturales del país habían visto la *Luz* \therefore , cuando es lo cierto que verdaderos marroquíes masones no había más que uno, el moro Ducali, que lo mismo servía para un barrido que para un fregado, y á todo se acomodaba con tal de lucir unos pingajos de colores y alternar con los que se decían *civilizados*.

De judíos no hablemos, porque esos no son naturales de ningún país, ni tienen más patria que la bolsa; viven errantes por el mundo, como los gitanos, dispersos por toda la tierra,

atestiguando á las generaciones pasadas, presentes y venideras el deicidio que cometieron, y sufriendo el merecido castigo por voluntad de Tito y Vespasiano, que les privaron de su templo, de sus reyes y de su preciada nacionalidad.

Esos entran en todas partes, sin que nadie les conceda importancia mayor, y dan su nombre á todas las sociedades, pero en ninguna forman número; así es que como verdaderos masones no podemos contarlos aunque ellos con su dinero y mala voluntad para los cristianos dieron existencia á la masonería, y ésta les sirve no poco para sus fines. Lucido se quedaría usted, Sr. Cervera, si en casos de peligro esperase ayuda de sus hermanos judíos.

El corresponsal de "El Imparcial,, masón.—La plancha de Cervera.

En honor de los de Tánger sea dicho, sólo el corresponsal de *El Imparcial*, Pinhas Asayah. y algún otro dieron oídos á la invitación de usted; los demás, lo mismo que los europeos y americanos á que usted se refiere en su *plancha*, no le hicieron caso, porque comprendieron que se trataba de una comedia y no querían ser instrumentos de las ambiciones de usted.

¿Qué verdaderos americanos había entonces en Tánger más que Mr. Perdicaris y Mr. Mathews, cónsul general de los Estados Unidos? Aquél no se resignaba á ser satélite de nadie, y menos de un militar español que apenas era conocido; y Mr. Mathews, si bien había sido masón en su juventud, se reía ya de la masonería y practicaba los deberes de buen cristiano, como que él fué quien facilitó al P. Lerchundi un ejemplar de su *plancha*, la cual he tenido yo buen cuidado de conservar para perpetua memoria de sus grandes proezas en el Imperio del Mogreb. Ya irá esa *plancha* al final de estas cartas, á modo de apéndice, para que mis lectores se rían de la literatura masónica y compadezcan á los que así destrozan la lengua castellana y también la francesa, porque dicho sea de paso la tal *plancha* está escrita en ambos idiomas.

Me figuro que á usted no le hará mucha gracia el que estas cosas salgan á la luz del día, porque buen cuidado tuvo

de obrar en la sombra cuando estaba en Tánger; pero ¿qué culpa tengo yo de que usted tan inoportuna y tardíamente traiga á los Franciscanos de Marruecos á colación, no para agradecer las atenciones que con usted han tenido, sino para dirigirles los insultos más graves, colocándolos al nivel de los hombres más viles y traidores á la Patria?

Elogios de los frailes.

¡Traidores á la Patria los que sólo por servirla, sin el menor interés, abandonan las comodidades de su casa y familia, y se van á vivir entre infieles, cuando en cualquier otra parte podrían obtener mayores frutos de su ministerio! ¡Traidores á la Patria los que más que nadie lloran sus desventuras y por defenderla, gustosos derramarían hasta la última gota de su sangre! ¡Traidores á la Patria los que en Marruecos constituyen el elemento más importante, más respetado y más querido que tiene nuestra Nación! ¡Y que esto lo afirme usted, señor Cervera, que dice haberse honrado con la amistad de esos *traidores*, usted que durante meses y años, estuvo trabajando— con la intención que no juzgo—en la obra de formar una especie de *Katipunán* marroquí, que al fin y á la postre había de ser perjudicialísimo para los intereses de España!

Yo á un traidor le negaría el saludo, no me sentaría á la mesa con él, no lo tendría por amigo, ni menos me consideraría honrado con su amistad, ni ensalzaría sus virtudes, como usted ensalza las del P. Lerchundi antes de llamarle desleal y traidor á su Patria. Ya ve usted cuánto se diferencian los Frailes de los masones en eso de apreciar el calificativo de traidor

«¿A qué han ido los Franciscanos á Marruecos?—pregunta usted—. ¿A qué han ido aquellos dos Frailes á Melilla?»

No eran dos, sino tres: los PP. Fray Julián Alcorta, actual presidente de la Misión de Casablanca; Fray Rafael González, que está imprimiendo una Gramática árabe en Tánger, y el lego Fray Lino Dulanto. Esos Frailes han ido á Melilla á lo que ya dijo el Sr. Moret: «A prestar un gran servicio á España»; y fueron ellos, porque el P. Lerchundi y este su pobre

secretario no habían podido ir. Y pues el Sr. Moret en una sola frase ha condensado todo lo que yo pudiera decir sobre ese punto, guardo mis papeles y me limito á añadir que los citados Frailes fueron además á interceder por el desgraciado Farren, á quien el General Martínez Campos mandó fusilar por el *enorme delito* de haber cortado las orejas, creyendo que hacía un bien á su Patria, al rifeño Amadi, que era un gran tunante, tan falso para los suyos como perjudicial para los españoles.

Como pensaban aquellos Frailes y todos los de la Misión de Marruecos respecto á la cuestión de Melilla, lo indicaré— nada más que indicarlo—, con otras cosas más, en mi próxima carta, y con esto aparecerá más de manifiesto su patriotismo, incomparablemente más sentido y ardiente que el de todos los masones.

Se repite su servidor,

Puente Cesures 14 de Mayo de 1909.

FRAY JOSÉ MARÍA PAISAL.

V

Desafío á un masón.

A D. Julio Cervera y Baviera, diputado á Cortes.

Muy señor mío: Para usted la presencia de tres Frailes en Melilla cuando acaecieron los lamentables sucesos de 1893, no podía tener otra significación que la de ser espías del sultán. No sé qué iban ganando esos Frailes, ni como católicos sirviendo en tan bajo oficio á un soberano infiel, ni como españoles haciendo traición á su Patria. Una acusación tan tremenda como esa no se lanza al rostro de nadie sin pruebas, y usted ha confesado dos veces que no las tenía; pero luego, contradiciéndose así mismo, afirma que *tiene formada esa opinión de los Franciscanos de Marruecos con perfectísimos documentos que pueden comprobarla.*

Yo soy uno de esos Franciscanos, Sr. Cervera, y como tal, pobre, tan pobre que, después de haber estado más de catorce años en tierra de moros, y á pesar de todas las riquezas que usted nos concede, me he vuelto á mi país con los mismos bolsillos vacíos que había llevado; pero todavía hay crédito, y con él me comprometo á buscar mil pesetas y regalárselas si presenta un sólo documento, aunque sea imperfecto, que demuestre la deslealtad de los mencionados Frailes para con su patria. Me parece que usted debe de ser muy simple de inteligencia cuando le pasó por mientes que la Cámara de diputados pudiese dar fe á tamaña invención. ¿Cree usted, por ventura, que los Frailes, adoradores del verdadero Dios, son como los esclavos de ese Gran Arquitecto inventado por la masonería, no para edificar, sino para destruir la familia, la sociedad, la Patria y todo el universo?

Los juramentos masónicos.

No cabe duda, D. Julio; usted cambia las especies al hablar de espías y traidores; quiso referirse á sus cofrades de lógia, y se le fué la idea á los Frailes, á quienes parece tiene puesto sobre la boca del estómago desde que dejó de saborear aquellas *suculentas paellas* con que le regalaban el apetito en la huerta del monte de Tánger. Usted se llama á sí mismo gran comendador en la mencionada *plancha* ∴ que dirigió á todos los masones esparcidos por ambos hemisferios, nos dice que está en posesión del grado 33, que es el último y más apetecido de los hermanos ∴; pues bien, para alcanzar esa altura ha tenido que someterse á muchas pruebas, ha debido hacer no pocos juramentos, y esos juramentos en nada se parecen á los votos religiosos que hace el Fraile.

Juro, dice este, guardar los diez Mandamientos de la ley de Dios; practicar constantemente obras de caridad y misericordia; obedecer en lo que sea justo á toda clase de superiores, así del orden religioso como del civil; no poseer personalmente bienes de la tierra; informar todos los actos en los principios de la más pura moralidad, y consagrar toda mi vida al provecho espiritual y corporal de mis semejantes.

«Juro—dice el masón—romper los lazos carnales que puedan ligarme á padre, madre, hermanos, esposa, parientes, amigos, reyes, jefes, bienhechores, á toda persona á quien hubiese prometido fe, obediencia, gratitud ó servicio.

Juro esforzarme, sin tregua ni reposo, en asegurar el ejercicio supremo de la soberanía del pueblo; y á este fin pongo debajo de mis pies la corona real, como símbolo de un poder tiránico, licencioso é irresponsable, y pisoteo también la tiara pontificia como emblema de la ambición é impostura, que esclavizan y embrutecen al hombre.

Juro....» y hace otros juramentos, á cual más horribles y diabólicos, que recibe muy complacido el gran comendador, quien, en nombre del Supremo Consejo, libra al recipiendario de todos los juramentos que hasta entonces haya hecho á la *Patria y á las leyes*.

¿No es eso lo que usted ha jurado, Sr. Cervera, al ser iniciado en los grados 30 y 31, que son los que corresponden á los títulos de *caballero Kadosch* y *juez filósofo*? ¿No juró usted todas esas monstruosidades que dejó escritas, por las cuales ha merecido que sus jefes—no los militares, que son sus únicos y verdaderos jefes, sino los que llevan tres puntos por divisa—le desligasen de todos los deberes contraídos para con su Patria y las leyes porque ésta se rige?

Yo no puedo creer que usted haya hecho esos juramentos, porque equivaldría á considerarle como un militar de oficio, sin más aspiraciones patrióticas que las que se pueden estimar en el miserable puñado de pesetas que representa su sueldo; no puedo creer eso de usted, como no lo creo de ninguno que vista el honroso uniforme de soldado de la Nación, y por lo mismo que no puedo inferir á usted tan grave ofensa, me parece que le hago más favor considerándole—masónicamente hablando—como un *gran comendador* de mentirijillas, que conoce tanto los secretos y misterios de la secta como el más sencillo é ignorante de los profanos. ¿No le agrada á usted esta última solución? ¿Prefiere que se le siga teniendo por uno de los más grandes personajes de la Sociedad masónica?

Pues por mi parte no hay inconveniente, séalo usted, reciba todos los honores debidos á tan alta categoría; pero como á usted no le habrán comunicado todos los grados de un golpe, porque eso sólo se hace con los que tienen mucho dinero y con algunos bobalicones de alta alcurnia, me figuro que al pasar por los últimos grados no se dió cuenta de lo que hacía, ó si se la dió, si prestó los correspondientes juramentos, será preciso reconocer que cualquiera de los Frailes de Marruecos es incomparablemente más patriota que usted, á pesar de que la Nación le paga, no para que vaya á decir falsedades contra ellos al Congreso, sino para que la sirva siempre, y cuando necesario fuere, la defienda con las armas en la mano.

Nótelo usted bien; no le niego su amor á la Patria; pero la lógica es muy rigurosa, y ella me obliga á decirle que no hay medio de hacer compatibles los juramentos masónicos con el santo juramento que el militar debe á su bandera. Así lo com-

prendió Garibaldi poco antes de morir, que daba este consejo á su hijo Giuseppe: «Como soldado empuña la espada siempre que puedas: pero nunca te bajes á recoger la escuadra y el compás.»

Energía patriótica de los Frailes.

Aprenda esta lección, Sr. Cervera, de aquel hombre que para usted debió haber sido altamente simpático, y no se meta á juzgar el patriotismo de los Franciscanos que fueron á Melilla, ni menos á ofenderles tan gravemente en ocasión en que según el Sr. Moret estaban prestando un gran servicio á España.

El espíritu patriótico que animaba á aquellos Religiosos y á todos los de la Misión de Marruecos, creo haberlo interpretado yo fielmente en varios artículos que por aquellos días publiqué en EL CORREO ESPAÑOL, en uno de los cuales, el primero que topo, leo párrafos como este: «Exíjanse después cuantas satisfacciones é indemnizaciones sean necesarias al sultán, pero entretranto guerra á los enemigos tradicionales y encarnizados de nuestra Religión y de nuestra Patria; balas y no notas diplomáticas sobre los sectarios de Mahoma que tuvieron la osadía de provocarnos, de profanar nuestro suelo, de burlarse del valor español y verter la sangre de nuestros hermanos.

Con el ladrón, con el asesino, no se entra en tratos; se le persigue, y donde quiera que se le encuentra se le aprisiona ó se le mata. Nosotros no podemos tener en otro concepto á los que nos impiden ejercer el derecho de hacer en nuestro territorio lo que nos dé la gana, no podemos tratar de otra manera á esos miserables rifeños que, para más irritarnos, llevaron su ferocidad y saña al extremo de mutilar los cadáveres de nuestros soldados. Las madres, las esposas, las hijas, los hermanos de esos héroes piden venganza; y España debe oír sus clamores, debe castigar con todo rigor la perfidia de las kabilas, que una vez más osaron ultrajar el bendito pabellón que tremoló victorioso en Covadonga y en las Navas, en Granada y en Lepanto. Es preciso que también ahora la civilización aparezca

sobre la barbarie, la Cruz de Cristo sobre la media luna de Mahoma...»

Este era Sr. Cervera, el juicio de los Frailes sobre aquellos sucesos, de tristísima recordación; y los que de tal manera se expresaban, los que así sentían latir el patriotismo en su alma, ¡eran servidores y espías del sultán!, de aquel sultán que nadie sabía dónde entonces se hallaba. ¡Ah! si yo pudiera manifestar algunas cosas de aquella época, veríamos más claramente hasta dónde llegó el patriotismo del Padre Lerchundi y de sus Misioneros. Pero ya dije que guardaba mis papeles, y sobre esto ni una palabra más.

Lo que hacen los frailes en Marruecos.

Dice usted que «si los Frailes no han ido á Maruecos á evangelizar en cambio han ido á hacer política.» Pues aun en eso demostraríamos que somos españoles de pura raza, porque no hay un español que no haga política, y por eso vemos que prosperan tanto nuestras industrias, nuestro comercio, nuestra agricultura, las ciencias las artes y todos los intereses materiales y morales de la Nación. Y si hiciéramos política, ¿qué derecho tendría usted para censurarnos? Por vestir hábito ó vestarnos como nos parezca, ¿no somos tan ciudadanos como usted y más ciudadanos que sus amigos Lerroux, Azzati, Morayta y todos los partidarios del librepensamiento, planta exótica que hasta estos últimos tiempos no se había conocido en tierra española?

Pero lo cierto es que á eso no van los Frailes á Marruecos, usted lo sabe muy bien, porque allí, políticamente hablando no tendrían nada que hacer. Respecto á este punto se limitan á apoyar la buena política que desarrollen nuestros gobernantes y cuando alguna vez la siguen mala, si no se les pide consejo, se callan, se meten en sus conventos y no imitan á usted, que, siendo agregado á la Legación de Tánger, pretendió enmendar la plana á sus superiores jerárquicos.

Y porque nuestros Misioneros no evangelicen á los moros y judíos, porque no haya entre éstos muchas conversiones, ¿se sigue que ya no tienen más qué hacer en Marruecos?

Usted no sabe lo que es evangelizar, porque si lo supiera no se expresaría de ese modo. Evangeliza el Papa en toda la Iglesia; evangelizan los Obispos en sus Diócesis; evangelizan los Párrocos en sus parroquias, y evangelizan los Misioneros en África y en todo el mundo, no sólo á los que ya son cristianos, con sus enseñanzas, sino también á los infieles con el ejemplo de sus virtudes. Cierto es que entre éstos no hay grandes conversiones, pero algunas hubo en estos últimos años.

Yo mismo bauticé á un moro en este pueblo en que vivo; en un convento de Valencia hay ó había hace poco una virtuosa monja mora cuya familia está en Tánger; á España han venido varios hijos é hijas de renegados, á quienes se dió esmerada educación y entre los hebreos hay también convertidos y más hubiera si las puertas del catolicismo fueran tan anchas como las de la masonería, donde son admitidos individuos de todo pelaje, sin exigirles más condición que las de estar dispuestos á pagar puntualmente las cuotas establecidas.

Para malos cristianos ya tienen de sobra los Frailes con muchos que van á Marruecos de todas las naciones, los cuales lo son únicamente por el bautismo y, causan verdadera lástima, carecen de toda cultura, no tienen nociones de Religión, viven como si no fueran seres racionales, y algunos no respiraron durante años otra atmósfera que la del presidio. ¿No le parece, Sr. Cervera, que ya hacen bastante los hijos de San Francisco trabajando en la conversión de esos desgraciados por medio de sus predicaciones y obras de beneficencia consiguiendo al fin que no pocos de ellos se vean redimidos y sean hombres de provecho para sí mismos, para sus familias y para la sociedad?

Pero todavía hacea más: dan alimento, vestidos y educación á los hijos de esos infelices cristianos, les dan una educación tan esmerada como no se recibe igual en la mayor parte de los colegios mejor montados de la Península.

Entre los católicos nacidos en Marruecos no hay un sólo analfabeto, todos fueron educados á la sombra de la Misión, á varios hemos proporcionado brillante porvenir, y en nuestras escuelas aprendieron gratuitamente todas las materias

correspondientes á la primera enseñanza, y además música, francés, inglés, árabe y preferentemente el español, que es el idioma de que se sirven los profesores y alumnos de nuestras escuelas. En punto á enseñanza no sé que se nos pueda pedir más, y el que no esté aun satisfecho que abra la bolsa y verá como también los Franciscanos, cuando hay medios, sabemos ser muy buenos pedagogos.

Suelte usted algunas pesetas.

Ea, Sr. Cervera, anímese, suelte algunas pesetas, y si no las tiene ó no quiere darlas, dígame á su amigo del alma el Sr. Villanueva, que envíe al Ilmo. Sr. Obispo- Vicario Apostólico de Marruecos las que pensaba emplear en las minas del Rif, si quiera no sea más que por evitarse el disgusto patriótico de no ver en Tánger una Universidad tan floreciente como la de Madrid ó Salamanca. Pero.... ya podemos comer los Frailes con lo que nos den nuestros detractores. ¿Qué pesetas han de darnos para obras benéficas, ni para nada, si aun están llorando las que donó el generoso Marqués de Casa-Riera para construir un gran centro de instrucción en Tánger?

Pues lloren ustedes hasta el día del juicio, mientras nosotros, persuadidos del valor real é histórico que la Misión Franciscana tiene en Marruecos, seguiremos allí en nuestra árdua labor de impedir que aquellos cristianos se hagan moros, ó vivan á lo moro, y de conquistar el aprecio y las simpatías de los indígenas para nuestra Patria y para todos los que no son de su raza.

Tradiciones de los Frailes.

A eso van ahora los Frailes al Imperio mogrebino, como antes iban á consolar á los cautivos y á encerrarse con ellos en las mazmorras. Entonces, cuando el fanatismo musulmán y el odio á los cristianos se manifestaba en hechos de inaudita crueldad, cuando allí no había diplomáticos, ni cónsules, ni militares, ni masones, había ya Frailes que sacrificaban voluntariamente sus intereses y su vida por el amor de su Dios, de su Patria y de sus semejantes; y con las virtudes sublimes que

adornan á los héroes del Catolicismo, el despego á las vanidades del mundo, la caridad, la mansedumbre, la dulzura y el sufrimiento, lograban templar los feroces instintos de aquellos bárbaros, y por mediación suya eran puestos en libertad gran número de infelices cautivos, ofreciendo alguna vez sus personas como precio del rescate, y más tarde, poco á poco, como se edifican las grandes obras, influían en las costumbres de los árabes, y la piratería y el cautiverio eran abolidos, para que una vez más quedase demostrado que la verdadera civilización va en pos de la Cruz redentora del género humano.

Sr. Cervera, no somos de ayer en Marruecos; la historia gloriosa de nuestra Misión es tan antigua como la de nuestro Orden, y sus primeras páginas fueron escritas con la sangre de sus hijos, aquellos trece bienaventurados mártires que el mismo San Francisco envió á las costas berberiscas, y que la Iglesia venera en sus altares. Esos son nuestros triunfos, y no los que usted quiere sintetizar en la supuesta apostasía ó conversión al islamismo de un Franciscano de Tánger, *por haberse enamorado de los ojos negros de una hermosa marroquí*. Este detalle pornográfico es sin duda el de más relieve en su discurso, y el que hace que sea tan interesante como las novelas inmundas de sus cofrades Galdós y Blasco Ibáñez. Aunque en todas las clases sociales puede haber un Judas, tengo la satisfacción de decir á usted, Sr. Cervera, que entre los Misioneros no ha habido, en el transcurso de los siglos, uno sólo que se haya hecho musulmán; y, por lo tanto, lo que usted afirma es una falsedad como todas, un cuento de pésimo gusto, que no merece los honores de la refutación.

En la próxima trataré de materia más interesante su servidor,

Puente Cesures 18 de Mayo de 1909.

FRAY JOSÉ MARÍA PAISAL.

VI

La embajada de Rabat.

A D. Julio Cervera y Baviera, diputado á Cortes.

Muy Sr. mío: Aunque ya le dije algo respecto á la Embajada que fué á Rabat en tiempo del Sr. Diosdado, aquí debo tratar de ella con más extensión, porque así lo exige el orden de su discurso, y además porque me place recordar aquella memorable Misión diplomática, que dió por resultado aquella otra famosísima que envió el sultán al Sumo Pontífice para felicitarle por su Jubileo sacerdotal.

Usted se hace un lío al hablar de aquella Embajada, y como no asistió á ella, da vuelos á *La loca de la casa*, que diría la mística Doctora de Ávila, y hace aparecer en escena á un árabe que *conoce admirablemente el francés, conoce perfectamente el español, en español escribe y es muy inteligente*; pero que tiene un defecto importante: que es un fantasma, un ser ideal que sólo existe en su imaginación.

A ese árabe, que para el caso lo mismo pudiera ser judío ó cristiano, lo coloca usted detrás de Muley Hassán, juntamente con un tal Buajen, á quien nadie conoce ni nadie ha visto en Rabat, y ambos personajes se están allí como dos postes sin pestañear, sin dar señales de vida, pero con el pensamiento fijo en la óptima personalidad de usted, para ir luego á contarle lo que el P. Lerchundi dijo á la majestad xerifiana; todo, por supuesto, con la sana intención de demostrar una vez más que el ilustre Misionero fué un desleal, un traidor á su Patria. ¿Y qué le dijeron á usted el árabe misterioso y ese Buajen, á quien hace usted ministro y favorito del Sultán?

Pues le dijeron que el P. Lerchundi dió al rey moro los siguientes consejos:

«A ti no te conviene que España tome posesión de Santa Cruz de Mar pequeña. Tu opones como argumento poderoso que aquel país no lo dominas militarmente..., y aquí estoy yo para apoyar ese pretexto ante el Gobierno español; pero es preciso que me ayude á reforzar mis argumentos el Papa, que es nuestro *xerif* religioso, á quien los soberanos cristianos de Europa conceden cuanto les pida, y tu tendrás un aliado muy poderoso sin que te cueste nada y sin peligro para la estabilidad y tranquilidad de tu territorio.»

Esos son los documentos que usted tiene, señor Cervera, para calumniar á los Misioneros de Marruecos; y después de contar al Congreso semejante patraña, después de pronunciar tan maliciosas palabras, subrayadas y todo para darles más apariencia de autenticidad, se queda tan fresco y tan satisfecho como quien no ha dicho nada, ó como si hubiera conseguido una victoria que le hiciera acreedor al aplauso de la Nación.

Pero es el caso que, según usted dice, el embajador D. José Diosdado asistió también á aquella entrevista del P. Lerchundi con el sultán, y por consiguiente tenemos que ese gran diplomático fué cómplice y encubridor de aquellos manejos, contrarios precisamente á la misión principal que le llevaba á Rabat, ó lo que es lo mismo, fué un desleal y traidor como el Fraile. Si así seguimos, D. Julio, dentro de poco no quedan en España más leales y patriotas que usted, Azzati, Morayta y demás cofrades de masonería.

Y ¿cuál fué la finalidad de aquellos consejos del P. Lerchundi? Eso ya no lo dice Buajen, favorito del Sultán; ni el árabe de la fábula: eso nos lo cuenta usted, oigámosle: «El P. Lerchundi gestionó entonces que fuese una Embajada marroquí á Roma con motivo del jubileo de *Pío IX*; triunfo colosal para el P. Lerchundi, que consiguió que, así como todas las potencias cristianas del mundo enviaban embajadores á aquel Jubileo, lo enviase hasta una potencia que se podía considerar, como lo es, *hereje* para los cristianos; lo enviase nada menos que Marruecos y se presentara á rendir homenaje al Soberano de la humanidad. Este fué un triunfo del P. Lerchundi, suyo, personal... un triunfo que costó á España

la pérdida de Santa Cruz de Mar Pequeña.»

Usted, Sr. Cervera, todo lo confunde: toma á los herejes por los infieles que no es lo mismo, y á Pío IX por León XIII. Ya veo que de esas cosas no podemos exigirle grandes conocimientos; pero sepa siquiera lo que no ignoran los niños de la escuela, ó al menos no se meta á hablar de lo que no sabe.

Santa Cruz de Mar Pequeña.

Conque ¿la embajada marroquí al Papa costó á España la pérdida de Santa Cruz de Mar Pequeña?

Pero ¿No había dicho usted antes que el *asunto más importante á resolver de la Misión del señor Diosdado era la toma de posesión de aquella factoría, y que ese mismo asunto han llevado también el Sr. Llabería y cuantos representantes nuestros han ido á Marruecos desde la guerra de África hasta la actualidad?*

Si Santa Cruz de Mar Pequeña quedó irremisiblemente perdida para España en 1837, por culpa del P. Lerchundi, ¿cómo habían de tratar de tomar posesión de ella el Sr. Llabería y demás representantes que sucedieron al Sr. Diosdado en la Legación de Tánger? Sería gracioso que á cualquier diplomático español se le ocurriese ahora tomar posesión de Cuba y Filipinas después que las hemos perdido. ¡Cuán cierto es, Sr. Cervera, que más cuesta coger á un cojo que á un... equivocado!

Pero consuéllese, calme sus fervores patrióticos, que Santa Cruz de Mar Pequeña continúa sin novedad; no la perdieron los Frailes ni la perdió nadie, que no puede perderse lo que no se sabe aún si tiene existencia. Usted mismo lo dice: «Santa Cruz de Mar Pequeña está donde nosotros queramos, porque no se encuentra»; y yo digo con usted: puesto que no se encuentra, puesto que los españoles que confeccionaron el Tratado de Wad-Rás—dicho sea con los respetos debidos— en la ciencia geográfica estaban poco más ó menos á la misma altura de los moros, hagamos cumplir el art. 8.º de ese Tratado de cualquier manera, tomando posesión, por ejemplo, de un punto de la costa que esté frente á Canarias, donde nos convenga que estuviese antes Santa Cruz de Mar Pequeña, y en esto imitaríamos á nuestros vecinos los franceses, que en tratándose de

ocupar territorios africanos no tienen escrúpulos de ninguna clase.

Eso lo harán, sin duda, nuestros gobernantes cuando lo crean oportuno, y de ello son ya garantía las palabras con que contestó á usted el señor ministro de Estado; entre tanto, los que somos profanos en la materia pedimos á Dios que les dé acierto y El haga que nuestra querida España llegue á ser un día, como fué en otros tiempos, la dueña y señora de Mar Pequeña y de los mares grandes.

La Embajada al Papa.

Y al llegar aquí, Sr. Cervera, me siento ya algo cansado, y temo lo estén igualmente los lectores de EL CORREO ESPAÑOL; pero aun á riesgo de abusar algo más de la paciencia de mis amables amigos, tomo alientos y sigo, por que veo me encuentro en el punto más interesante de la réplica, en la memorable Embajada que el más orgulloso de los soberanos musulmanes envió al jefe supremo de la cristiandad. De colosal califica usted mismo ese triunfo del P. Lerchundi, y lo fué en efecto, porque jamás los había conseguido iguales la diplomacia en Marruecos, por lo cual el humilde Religioso recibió las felicitaciones más entusiastas del Gobierno del Sr. Sagasta y de la augusta señora que entonces regía los destinos de España.

La sorpresa, el asombro inmenso que esa Embajada causó en las naciones de Europa, no es para descrito por plumas como la mía; diríase que la Providencia había puesto una venda á los ojos de los diplomáticos de Tánger, para que no vieran lo que tenían delante.

Cinco meses habían transcurrido desde que Muley Hassán diera al P. Lerchundi su real palabra de enviar esa Misión al Romano Pontífice; más de quince días hacía que los regalos y los Embajadores —pues eran dos—, con sus comitivas, se hallaban en Tánger; el crucero *Castilla* anclaba ya en el puerto; la Prensa local hacía sus comentarios de costumbre; pero nadie pensaba entonces en el Papa ni aparecía el menor indicio de lo que se trataba. El desconcierto de las Legaciones, especialmente de la inglesa é italiana, cuando Mohamed Torres les anunció

que iba á Roma con una Misión cerca de la Santa Sede, fué completo: reúnen precipitadamente los ministros y cónsules; deliberan sobre lo que debían comunicar á sus respectivos Gobiernos; no pueden ocultar la contrariedad que les causaba el verse vencidos por un Fraile, y entre tanto nuestro buque de guerra levaba anclas, surcaba las aguas del Mediterráneo, y cuando llegan las primeras noticias á Europa, se encontraba ya cerca de las costas de Italia.

La importancia suma que supone para la civilización esa Embajada, el prestigio político que dió á España en el mundo, y el recibimiento magnífico sobre toda ponderación que se le hizo en el Vaticano, quiero que lo diga una pluma incomparablemente más brillante que la mía, la del Sr. Conde de Coello, que entonces se encontraba en Roma, y en uno de sus interesantes artículos, publicados en *La Ilustración Española y Americana*, se expresaba así:

«Uno de los rasgos más característicos del Jubileo sacerdotal de León XIII, y que lo sublima sobre todas las solemnidades celebradas en Roma hace ya largo tiempo, es la parte que en estos homenajes al Pontificado han tomado, al lado de las naciones católicas y cristianas, las razas musulmicas del Asia, del Africa y de la Europa, y los testimonios de amor y respeto con que los soberanos de Turquía, de Persia, de Egipto, y ahora de Marruecos, se han asociado á los jefes de los Imperios y á los presidentes de las Repúblicas del antiguo mundo y de la América.

He referido ya las Embajadas como los presentes enviados por Abd-ul-Hamid y el shah de Persia; pero ninguna misión tiene á mis ojos significación mayor, siendo además gratísima á España como al Santo Padre, que la que con nuestro concurso ha realizado el sultán marroquí Muley Hassán.... No es posible desconocer cuanto gana España con que el viaje de los enviados marroquíes se haya realizado á bordo del crucero *Castilla* y de que el verdadero director de esta Embajada en sus relaciones con el Vaticano lo haya sido el jefe de nuestras Misiones en Marruecos....

Como todos mis lectores saben, la Embajada del sultán de

Marruecos á León XIII, un tanto retardada por haber caído enfermo el gobernador de Tánger, primeramente indicado para desempeñarla, se compone de Mohamed Ben-el-Arbi-el-Torres, ministro de Negocios Extranjeros de aquel país..., á quien acompaña el hijo del gobernador de Tánger, Abd-el-Sadve, que se llama Ahmed-er Riff, figura bellísima, verdaderamente árabe y enérgica; y como secretario, el que lo es del sultán mismo, Ahmed-el-Kerdudi, literato árabe que ha estudiado los manuscritos del Vaticano, con su hijo Mohamed. Vienen igualmente con los embajadores dos kaídes, que, como los centuriones romanos, mandan las centurias de soldados marroquíes, y que constituyen una especie de guardia de honor de esta embajada africana.

Pero el verdadero secretario de ella, su guía, su intérprete y su amigo, es el Franciscano Padre Lerchundi, cuyos ojos expresan toda la inteligencia, y actividad y celo del Misionero, á quien debemos los progresos del catolicismo en Marruecos. El fué, en efecto, quien, adivinando los deseos de Muley Hassán, lo decidió á este acto importantísimo para la Santa Sede y para los progresos del cristianismo en las regiones africanas...

Según las instrucciones á los embajadores dadas, esta Misión se dirige al Pontífice como príncipe de los Obispos de de la cristiandad, asentado sobre la cátedra del Jefe de los Apóstoles, y lleva el encargo de decir al Papa ser sabedor el sultán de la fama de su sabiduría. Los soberanos de Marruecos, que desde los tiempos más remotos mantuvieron con los religiosos Franciscanos relaciones de afecto, se congratulan de haberles dado siempre la libertad de residir en el Imperio y asistir á los cristianos en los deberes de su Religión....

Pocas veces se ha dado mayor solemnidad en el Vaticano al recibimiento de una misión extraordinaria, como la desplegada en la audiencia de los enviados marroquíes, conducidos desde la plaza de España á la de San Pedro en las carrozas de nuestra Embajada. Los gendarmes pontificios, cuyo traje recuerda el de los granaderos de nuestra Guardia real, los suizos y las Guardias palatina y noble se extendían desde la puerta de Bronce y la escala régia hasta el salón del Trono,

donde toda la Corte pontificia estaba completa, figurando en ella, juntamente con el Sacro colegio, los príncipes Colonna y Orsini, asistentes al Solio Pontificio y los principales dignatarios de la Propaganda Fide, de quien dependen las Misiones apostólicas en todas las regiones del mundo.

Embajadores, princesas romanas, Prelados y extranjeros distinguidos... quisieron presenciar una ceremonia pocas veces vista en los Palacios Apostólicos, pudiendo contemplar á la vez los ricos dones del sultán de Marruecos que se veían en la sala Clementina... Consistían éstos en tapetes como los de Esmeralda, telas de las que usan las damas de Fez, tejidas de seda y oro, con tal finura que parecen de cachemira; cojines espléndidos, albornoces de lana purísima, y para sostenerlo sobre los hombros, broches cubiertos de piedras tan preciosas como rubíes y esmeraldas.»

Gustoso seguiría deleitando el ánimo con la hermosa literatura y verídica relación que de aquella Embajada hace el Sr. Conde de Coello; pero creo haber copiado ya bastante y no quiero hacerme interminable.

Cuán grato había sido á Su Santidad León XIII aquel acto asombroso de público acatamiento rendido á su sagrada persona por al pueblo musulmán más fanático, lo demostró seis años después con motivo de la peregrinación española que fué á Roma en Abril de 1894. Era muy difícil en aquellas circunstancias hablar con el Vicario de Jesucristo; todos anhelábamos postrarnos á sus pies y besárselos reverentemente, pero no era posible satisfacer el deseo de más de 15. 100 peregrinos, y sólo fué concedido ese honor á unos 400 Sacerdotes de las distintas Diócesis de España, entre los cuales nos contamos los tres Religiosos que íbamos representado á la Misión de Marruecos.

En torno del Sumo Pontífice, formando su corte de honor, sentábanse los Prelados españoles presididos por el difunto Cardenal Sanz y Forés, Arzobispo de Sevilla, quien hacía la presentación de los peregrinos. Como se comprenderá fácilmente, el Santo Padre no podía dirigir la palabra á cada uno en particular, ni aún á las altas dignidades de la Iglesia, por-

que esto le era sumamente molesto y el tiempo apremiaba; pero al serle presentados los Misioneros de Marruecos, al instante evocó el nombre del P. Lerchundi, y dirigiéndose á nosotros con bondad inefable, nos pidió informes de su salud, nos hizo alguna otra pregunta sobre nuestras Misiones, refirió con viva satisfacción á los Prelados los detalles más importantes de la Embajada marroquí, dando muestras de una memoria felicísima, y luego, levantando la voz, aquella voz grave, pausada y llena de que estaba dotado León XIII, concluyó diciéndonos: Cuando lleguéis á Marruecos, decid al P. Lerchundi que el Sumo Pontífice le concede una bendición especial.... Entretanto yo, lleno de emoción y poseído del respeto más profundo, había besado tres veces la sagrada sandalia del representante de Dios en la tierra, y con esos besos gravé para siempre en mi alma el más grato recuerdo de mi vida.

Después de recrear mi espíritu con cosas tan grandes, me cuesta trabajo, Sr. Cervera seguir ocupándome en las pequeñeces y miserias de su discurso; pero el compromiso está contraído, y debo llegar hasta el fin.

Así lo hará en la próxima su servidor,

Puente Cesures 20 de Mayo de 1909.

FRAY JOSÉ MARÍA PAISAL.

VII

Martínez Campos y el P. Lerchundi.

Al Sr. D. Julio Cervera y Baviera, diputado á Cortes.

Muy señor mío: Ya vió usted en mi anterior cómo los infieles de Marruecos, los enemigos tradicionales de nuestra Religión y de nuestra raza, en eso de respetar á Jesucristo Redentor y á su Vicario en la tierra, dan ejemplo á muchos bautizados, que más valiera que no lo fueran, por el mal tercio que con las palabras y las obras hacen á su Madre la Iglesia. Siempre los enemigos domésticos fueron los peores, usted es una demostración viviente de esta verdad, pues si no hace más daño á las instituciones del catolicismo es porque no puede.

Lo lamento, Sr. Cervera, y conmigo lo lamentan todos los verdaderos cristianos, que desean que usted varíe completamente de rumbo, y debe variar, si no quiere un día precipitarse sin remedio en el abismo de la eterna desdicha. La caridad me obliga á darle este consejo, que no puede ser más provechoso para usted; y mientras dejo á mis lectores rogando á Dios por su conversión, y yo rogaré luego que termine esta réplica, continúo la materia y pregunto: ¿tiene usted algo que decirnos?

—Sí; que el general Martínez Campos, jefe de la Embajada que fué á Marrakesh con motivo de los sucesos de Melilla «hizo caso omiso del Padre Lerchundi y de cuantos le acompañaron, y por eso aquella fué la única Embajada de España que consiguió triunfos positivos para nuestra política en el Imperio de Marruecos en todo el siglo pasado.

Sr. Cervera, las Embajadas hispano-marroquíes le traen á usted á mal traer y le hacen perder el sentido.

Como no asistió á ninguna de ellas, según le dije, ni siquiera se le dispensó el honor de confiarle aquella modestísima misión diplomático-militar que en Marzo de 1891 fué á Marrakesh, presidida por su compañero de armas el comandante Cañizares, ahora, que las turbas de Valencia le colocaron sobre el pedestal y le dieron el título de padre de la Patria, parece que quiere vengarse de los que entonces le pretirieron, y desde la primera tribuna de la Nación levanta su voz para que todos le oigan, y dice: «Yo he sido la primera figura en alguna de esas Embajadas.»

Pero la misma satisfacción que le produce el no ser en esto por nadie desmentido y más por el asentimiento que á sus palabras parece dispensar el señor ministro de Estado le da nuevos y mayores alientos, y haciendo de la audacia un mérito, se cree ya con autoridad suficiente para todo, incluso para desfigurar los hechos más sabidos ó para expresarse de manera que nadie le entienda. Al menos yo confieso ingenuamente que no entiendo lo que usted quiso decir con estas palabras: «Martínez Campos hizo caso omiso del P. Lerchundi y de cuantos le acompañaron.» ¿Es que para usted el P. Lerchundi formó también parte de aquel lucido acompañamiento que fué á Marrakësh con el general? Pues se equivoca, porque el Superior de los Frailes no se movió entonces de Tánger. ¿Quiso decir que al embajador nada le importaba la ausencia del P. Lerchundi de su lado? Pues tampoco está en lo cierto en esto, porque los documentos afirman lo contrario. Oiga usted lo que al P. Lerchundi dice el Sr. Moret, ministro de Estado en aquella época:

«El general en jefe tiene grandísimo empeño en que usted vaya; él le diría todo lo necesario, tanto más que usted por consejo mío, ha de ser el único que le acompañe en las visitas que haga al sultán.» —Carta del 11 de Enero de 1894—

¿Se ha enterado usted, Sr. Cervera? Pues todavía hay más que no se puede decir, porque sobre estas cosas ya comprende que es preciso guardar un prudente silencio.

El P. Lerchundi no fué con el general Martínez Campos porque estaba enfermo, y además porque comprendió que su

presencia en aquella Embajada hubiera sido tan significativa que del bueno ó malo resultado de ella nadie más que el Fraile hubiera cargado con la responsabilidad ante la Nación. El Gobierno en pleno le rogó que fuese; en cada correo recibía una comunicación del ministerio de Estado; y cuando el Sr. Moret se convenció de que no podía ir, le expresaba su sentimiento en la siguiente forma:

La pena que me ha causado el que usted no vaya con el general Martínez Campos no es para escrita. Quiera Dios que á las que ahora tengo no se añada la que temo produzca su ausencia en tan importante momento y al lado de tan alta persona.... No me conforma la idea de que usted esté en Tánger cuando hay una Embajada española en Marruecos.»—Cartas del 19 y 30 de Enero de 1894—

Ya ve usted, D. Julio, si procedió con ligereza suma al afirmar que para el general Martínez Campos nada suponía la presencia del P. Lerchundi en su Embajada.

Precisamente para ninguna otra había sido tan solicitada su intervención, y sólo Dios sabe cuanta lucha tuvo que sostener consigo mismo aquel buen Religioso y gran patriota por no poder acceder á las reiteradas instancias del Gobierno.

Pero si no fué él entonces á Marrakesh, en cambio envió desde Tánger á dos Misioneros, á los cuales se agregó otro en Mazagán por voluntad expresa del embajador, á quien, por lo visto, gustaba mucho de acompañarse de Frailes, diciendo de ellos luego después: «que se habían granjeado el afecto y respeto de todo el personal de la Embajada; que habían llenado cumplidamente los deberes de su sagrado ministerio, y contribuido, sin duda alguna, á la buena armonía que entre todos existió durante su residencia en territorio marroquí.»—Comunicación al P. Lerchundi, fecha 10 de Marzo de 1894—

Puede usted discurrir como guste respecto á los triunfos obtenidos para nuestra política por aquella Embajada, por cierto más clerical, por el número de Religiosos, que la enviada ahora á la corte del sultán; francamente, á mí no me entusiasman esos triunfos del general Martínez Campos, triunfos Personales y de su exclusiva iniciativa, porque no comprendo

cómo pueda calificarse de *triumfos positivos* el obtener cuatro millones de pesetas—que después quedaron reducidos á dos y medio—en vez de veinte que se habían reclamado como indemnización de otros tantos que hemos gastado y la sangre de nuestros hermanos derramada, con más el epilogo tristísimo de la pérdida del crucero *Reina Regente* y las vidas de más de 400 marinos españoles.

Claro es que de esto último no tuvo la culpa el general Martínez Campos; pero todo fué consecuencia de aquello; y cuando pase la presente generación, y los hombres de ahora sean sometidos al juicio imparcial de la Historia, de ella recibirá cada cual su merecido.

Aquello de que en Ceuta andan las cosas no muy bien que digamos, tanto que *ni siquiera hemos logrado que la zona de nuestra influencia se extendiese más allá de la plaza, porque allí influye la Misión de Tetuán*, cuénteselo usted á los dignos militares que tienen el mando en aquella posesión española, porque más reza con ellos que con nosotros, y, por lo tanto, á ellos dejo la contestación.

No es malo el papel que usted asigna al actual gobernador de aquella plaza y á todos los que le precedieron, convirtiéndolos en simples figuras decorativas ó testafierros de los Frailes.

Y aquí termino la tarea que usted me impuso, Sr. Cervera.

Epilogo.

Creo haber conseguido el objeto que me había propuesto; pero confieso que me he extendido más de lo que pensaba.

Parecíame que con tres ó cuatro artículos quedarían suficientemente refutadas todas sus invenciones, y así se lo escribí al querido Director de EL CORREO ESPAÑOL; pero fueron surgiendo las ideas, unos argumentos pedían otros argumentos, unos conceptos se enlazaban con otros, como se enlazan los eslabones de una cadena, y así he ido escribiendo hasta siete cartas, y aún queda materia para otra, que ya no irá dedicada á usted, sino al exministro Sr. Villanueva.

El cariño filial que siente mi corazón hácia el inolvidable

P. Lerchundi, la gratitud inmensa que le debo por la confianza que me dispensó y los fueros de la verdad ultrajada, exigían de mí este pequeño sacrificio, y no se aquietaría jamás mi conciencia si dejase pasar la ocasión de aportar una piedrecita, mi grano de arena al edificio glorioso de la fama de varón tan ilustre, aclamado en Marruecos por el *padre de todos*, como con sublime sencillez se consignaba en una corona de flores naturales, colocada á los pies de su cadáver por la mano piadosa de la distinguida señora del que entonces era cónsul de España en Tánger. Yo deseara que esa piedrecita, ese grano de arena, fuese siquiera un humilde monumento levantado por mi ardiente amor á las Misiones de Marruecos, sobre el cual apareciese la estatua bendita de su Patrona Inmaculada, y bajo sus pies, retoreciéndose, la serpiente paradisiaca, representada ahora en el malicioso contenido de su desdichado discurso y en esa *plancha* masónica que dirigió á todos sus cofrades del universo.

Antes de transcribir los párrafos principales de esa *plancha*, porque no es posible publicarla íntegra, debo á usted, Sr. Cervera, y á mis pacientes lectores, una aclaración. En una de mis cartas hacía la merecida defensa del intérprete oficial de la Legación de Tánger, Sr. Saavedra, creyendo que usted aludía á ese funcionario cuando dijo: «Yo ya sé que el señor ministro de Estado me dirá que con esa Embajada va un intérprete oficial, el de la Legación; pero ese intérprete, á quien conozco personalmente, conoce el árabe mucho menos que yo, etc.»

Ahora recibo una carta en que se me dice que el intérprete que acompaña al Sr. Merry del Val es D. Reginaldo Ruíz, á quien usted de ninguna manera debe conocer, cuando le trata con tan notoria injusticia. El Sr. Ruíz, nacido en Tánger, de familia española, es uno de los jóvenes más ilustrados que salieron de nuestras escuelas; posee varios idiomas, conoce á fondo el árabe clásico ó literal y habla como un tolba el dialecto de Marruecos. Tan verdad es esto, que Mohamed Torres, en la Conferencia de Algeciras, le prefirió á todos los demás intérpretes que acompañaban á los representantes de las naciones que en ella tomaron parte; y yo apostaría doble contra sencillo á que

el señor Ruíz en unas serias oposiciones ocuparía el primer lugar entre esos señores profesores que el Gobierno nombró para desempeñar las cátedras de árabe de nueva creación. Es autor de una bien escrita obrita, que se titula *Guía de la conversación española árabe marroquí*, editada en la imprenta de nuestra Misión en Tánger; y yo recomiendo á usted el estudio de ese trabajo, señor Cervera, para que cuando hable otra vez de estas cosas en el Congreso, pueda decir con más verdad que conoce el árabe, aunque no diga que lo aprendió en el libro de ese intérprete meritísimo, á quien usted trata con tanta desconsideración, sin duda porque fué discípulo de los Frailes y uno de los más queridos del P. Lerchundi.

La plancha masónica.

Y dicho esto, prepárense ya mis amigos para leer la con-sabida plancha masónica, afiancen bien las bases para no caer-se de espaldas con tanta metralla de abreviaturas y puntos, que si fueran balines de plomo, habría para acabar con esa secta infernal, que resultaría sobre manera ridícula y risible si no fuera por los grandes daños que causa en muchas desgracia-das almas, ávidas de vanidad y de peligrosas novedades.

Oído á la caja, que habla el Gran Oriente de Marruecos:

«La Unión Masónica en el Imperio de Marruecos=Sup.: Gr.: de Marruecos.=«Ad universi terrarum orbis Summi Architecti gloriam.... El Sup.: Gr.: Gr.: de Marruecos, á todos los GGr.: Orientes, Supremos Consejos, GGr.: LLog.:, Logias y Cuerpos Masónicos esparcidos por ambos hemisferios.=S.: E.: P.: =Qq.: Hh.: =Distintas LLog.: levantaron columnas en estos valles, *L'Unión du Marve, Alania, Drissia, Al-Moghreb, Al-Aksa, La Sacida, La Sultana, El Hassani, La Flassania, Tingis, Abd-El-Aziz*= Todas trabajaron y algunas trabajan con fe por el bien y engrandecimiento de la Orden. Pero, auspici-das por distintos Orientes, sus trabajos carecían de la unidad que da fuerza para obtener eficaces resultados. Los mmas.: que residimos en el Imperio de Marruecos hemos obedecido: unos al Gr.: Or.: de Francia; otros á la G.: Log.: de Manitoiva; otros á los Orientes de España; otros al rito de Memphis y

Mizrain. Y no es porque cuestiones personales, divisiones, ni miras diferentes nos separen.

Todos aspirábamos á la unión que ha de dar por resultado el bien de la Orden en este Imperio tan desgraciado, envuelto en las tinieblas. Más bien se debe el desorden autoritario que aquí ha reinado en la Masonería al estado descompuesto que distingue á Marruecos en todas las fases de su organización profana.—Hasta hoy, sin fuerzas propias, era natural que HH.: procedentes de todas las naciones del mundo, al sentar sus plantas en Marruecos, se agrupasen bajo los auspicios de la autoridad que les habían iniciado é instruído en nuestros misterios.—En pocos años la *Verdad* se ha abierto paso entre los árabes y muchos naturales del país han visto la *Luz*. Contamos hoy con unos 200 hermanos marroquíes. Cada uno se ha afiliado en la Log.: donde sus simpatías de amistad personal le han llevado....

Continuar más tiempo sin agruparnos bajo una sola bandera..., hubiera sido una falta grave, y comprendiéndolo así, nos hemos reunido en *Gran Asamblea General* para tratar de la organización definitiva de la Masonería en el Imperio de Marruecos.



¡Solemne ha sido el acto de nuestra Gran Asamblea! ¡ImpONENTE el aspecto del espacioso Tem.: en las noches del 26 y 29 de Abril!—Europeos, africanos y americanos, unidos fraternalmente, acudíamos al Templo del trabajo, de la virtud y del progreso, ansiosos de encontrar la fórmula de unión deseada por todos—Veíanse allí representadas todas las LLog.: de Marruecos; los masones libres de Fez...; gran número de hh.: procedentes de LLog.: americanas, inglesas, españolas y francesas acudían para dar autoridad al acto y con sus consejos decidir la fórmula de unión.

Abriéronse los TT.: en el primer.: gr.: y en el nombre del G.: A.: D.: U.:, el Sob.: Gr.: Inspector más antiguo entre los presentes ocupó el Trono; HH.: en posesión de altos grados y afiliados en distintas LLog.: se sentaron en los sitios de los

VVig.: O.: Secr.: Tes.: Maes.: de ceremonias y Hosp.: se nombraron los GG.: Temp.: y pasaron á Or.: los Altos grados, Venerables y ex Venerables=Un discurso inaugural del V.: M.: dió cuenta del objeto que motivaba la Gran Asamblea= Todos los HH.: juraron respetar los Estatutos generales de la Masonería.

*
*
*

La discusión fué amplia. Se leyeron algunos artículos de los estatutos generales, y en cumplimiento de lo que previenen, se acordó por unanimidad proclamar la independencia en el Imperio de Marruecos.

*
*
*

Dióse lectura á la siguiente disposición, A.: L.: G.: D.: S.: A.: D.: U.: = Los hh.: que subscriben, á todos los que componen la Gr.: Asamb.: Masón.: en el Imperio de Marruecos, envían=Salúd, Salúd, Salúd=QQ.: HH.: = Sometemos á la aprobación de esta respetable Asamblea la siguiente proposición: 1.º En cumplimiento de lo que previenen los estatutos masónicos, los hh.: que trabajan en todos los VVall.: del Imperio de Marruecos, se agrupan para formar una sola familia independiente aunque hermanada con las demás potencias masónicas del mundo.

2.º Constituído el Gr.: Or.: de Marruecos ejercerá jurisdicción masónica en todo el Imperio ó territorio de África que linda: por el Norte, con el Mediterráneo y con el Estrecho de Gibraltar; por el Sur, con el Desierto de Sahara; por el Este, con la Argelia, y por el Oeste, con el Océano Atlántico.

3.º El Sab.: Cons.: del gr.: 33 del Gr.: Or.: de Marruecos se constituirá con arreglo á lo prevenido en los estatutos y constituciones de Federico de Prusia. Dicho Sab.: Cons.: será el encargado de organizar la Orden de Caballeros masones en el territorio de su jurisdicción.=Tras.: en el Temp.: Mas.: á los 26 días del mes de Abril de 1890 —e.: v.:—...=Circuló el Tronco Beneficencia y se cerraron los Trabaj.: celebrándose banquete.=«Los fondos arrojados por el Tronco de Be-

neficiencia de la Gran Asamblea se entregaron á una Comisión con amplias facultades para distribuirlos entre los pobres de la cárcel y los enfermos necesitados de Tánger...

Los Soberanos Grandes Inspectores en posesión del grado 33.: residentes en el Imperio de Marruecos, constituídos en Soberano Consejo para cumplir lo acordado en la *Gran Asamblea*, dan cuenta al mundo masónico de su constitución, y esperando cooperación de todos sus hh.: para cumplir en Marruecos la alta misión que á la Orden está encomendada.—Dado, sellado y firmado en el Templo Masónico del Sup.: Gr.: Or.: de Marruecos el día 6 de Mayo de 1890—a.: v.:—El Sab.: Gr.: Comendador, *Julio Cervera y Baviera* 33.:—El Gr.: Canciller G.: Gr.: Sell.:—no consigno este nombre porque se retractó—=Por delegación del Gr.: Secr.: V. A. *Cabrera* =E. *Estern* 33.:>

Las narices masónicas.

Amables lectores, documentos de esta clase no necesitan comentarios. Algunos hice ya en una de mis anteriores, y ahora digo que el valor real de ese oriente masónico marroquí fué completamente nulo, y sus resultados del todo negativos, pues los poquísimos *hermanos* que por curiosidad asistieron á la *tenida*, persuadidos de que se trataba de una farsa, salieron riéndose del improvisado *gran comendador*; aunque agradecidos por el banquete con que les había obsequiado. A eso fueron: á comer, beber, divertirse y nada más. No lo digo de broma; me lo aseguró pocos días después el mismo *gran canceller gran guardasellos*, una persona distinguidísima, á quien yo trataba y sigo tratando con mucha intimidad, y cuya buena fe no hay duda que fué sorprendida en aquella ocasión.

Había pertenecido á la masonería en los primeros años de su juventud, más bien como socio honorario que como *hermano* efectivo; aun conservaba olvidados varios recibos de cuotas pagadas á la Sociedad y algún otro documento de poca importancia; y cuando se penetró bien de los propósitos del Sr. Cervera, que no eran otros sino valerse en Marruecos de la masonería para su propio encumbramiento, advirtió al *comen-*

dador que no utilizase su nombre para sus tramoyas sectarias, y en mi presencia rompió cuántos papeles pudo encontrar de la secta, diciéndome muy satisfecho: «No quiero ya saber nada de esos *caballeros del compás*, que nunca se han acercado á mi casa sino para pedirme dinero».

Sr. D. Julio Cervera y Baviera, soberano gran comendador del inconmensurable Gran Oriente de los moros, ¿esa es la Patria que usted ha ido á hacer á Tánger! ¡Para eso, nada más que para eso, le estuvieron sosteniendo dos ó tres años en Marruecos los contribuyentes españoles, como si dijéramos, diez y nueve millones de católicos!...

Pero ¿en qué emplearon ustedes los fondos que *arrojó el tronco de Beneficencia*? Muy insignificantes debieron de ser cuando los enfermos necesitados de Tánger, al menos los cristianos, no recibieron un céntimo. Como no quiero sospechar mal, y de usted de ninguna manera, me figuro que esas cantidades las habrán repartido ustedes entre los moros, judíos y pobres de la cárcel.

Termino ya Sr. Cervera, estas cartas diciéndole que debe usted darme las gracias, porque le hice el reclamo. Es ya usted conocido en toda España y ambos hemisferios, como lo es el *macarronini* de Azzati, que con su frase pulquérrima de *los Frailes piojosos*, se ha hecho más célebre que Eróstrato, el loco incendiario del templo de Diana efesina.

Yo, á mi vez, también le doy á usted las gracias más expresivas y cordiales, porque si no fuera por usted acaso me hubiera ido al sepulcro sin que supiese más que media docena de personas que había existido este pobre Fraile en el mundo. ¡Cuanto agradezco las cartas que recibo de felicitación! Dios les pague á todos la buena voluntad; y mientras por todos ruego, y á las oraciones de todos me encomiendo, me dirijo á usted Sr. Cervera, y le digo: Compañero, sólo el que nos dió el ser y nos conserva es grande; las criaturas somos muy pequeñas y miserables. Busquemos la celebridad de las buenas obras, que todo lo demás es vanidad, locura y engaño.

Así piensa su servidor,

FR. JOSÉ MARÍA PAISAL.

Puente Cesures 23 Mayo de 1909.

VIII

Palmetazos á Villanueva.

Sr. D. X... (1) Villanueva.

Muy señor mío: No sé si habrá usted leído unas cartas mías, dirigidas á su muy caro amigo el Sr. Cervera, en las cuales, á mi juicio, quedaron refutadas todas las invenciones de dicho caballero contra las Misiones católico-españolas de Marruecos. Como en esas cartas hay algo que también le toca á usted, porque en muchas cosas coincide con el diputado radical, no he de repetir ahora los mismos argumentos para combatir los mismos conceptos, que, por otra parte, considero suficientemente contestados en varias correspondencias de Tánger, y por los señores ministros de Estado, Díaz Aguado Salaberry y Senante.

Cuando estaba escribiendo esas cartas, hace pocos días, supe que usted había nombrado al Padre Paisal en uno de sus discursos; y excuso decirle con cuanto empeño traté de averiguar lo que usted diría de mí, para lo cual me fué preciso buscar el *Diario de las Sesiones* del 1.º de Abril, que, gracias á Dios, lo tengo ya á mano.

Permítame, pues, que le dedique algunas líneas con todo el respeto que me merece su alta persona, siquiera por tratarse de la mía tan insignificante, no tengan carácter de defensa, y sí sólo para rectificar algunas afirmaciones equivocadas de usted, á quien de todas veras deseo haya pasado el mal humor. Hable ya, señor Villanueva.

(1) Perdónese usted, no sé su nombre, y no lo extrañe, porque son tantos los ex ministros que cobran los apetecidos 30.000 reales de cesantía, que ya no hago memoria de como se llaman.

«En Tánger, señores diputados, han ocurrido hechos como este que os voy á citár, y el señor ministro de Estado podrá ayudarnos á demostrarlo con los datos y referencias que tendrá en el ministerio.

En Tánger, estando de ministro plenipotenciario el Sr. Ojeda, hoy embajador de España en el Vaticano, después de haber muerto el Padre Lerchundi, y cuando se hallaba accidentalmente ó definitivamente, porque no lo recuerdo, al frente de la Orden el P. *Dominguez*, dominado por otro padre llamado el P. Paisal, hubo de hacer un viaje á Tánger Don Jaime de Borbón, y fué recibido en la residencia con honores regios... Pero no es eso lo grave, sino que los Padres se empeñaron en que en aquella oración en que se invoca el nombre del Soberano, *ut famulus tuus*, habían de emplear el nombre de Don Carlos y no el del rey de España, y medió una negociación que produjo bástantes disgustos al Sr. Ojeda, que naturalmente hubo de resolverse como era legítimo, como era justo....»

Ante todo debo decir á usted, Sr. Villanueva, que en las Misiones de Marruecos no hubo ningún Superior que se llamase P. *Dominguez*; debe referirse al P. José Rodríguez, venerable Religioso que estuvo en Marruecos más de treinta años, y que por su gran caridad y demás virtudes era muy popular, querido y respetado en aquel país. Dígole también que cuando ocurrieron los hechos á que usted se refiere—hechos completamente desfigurados—, vivía aún y gobernaba nuestras Misiones el P. Lerchundi; y, por lo tanto, ya son dos equivocaciones, en que no se incurre cuando se tienen documentos á la vista.

Usted indica que esos documentos existen en el ministerio de Estado, y yo no niego que los haya, porque realmente medió una negociación; pero fué lástima que no pidiese al ministro los trajese al Congreso, para que los señores diputados pudiesen comprobar la exactitud de sus afirmaciones. Y pues pide ayuda al S. Allendesalazar para demostrar el hecho que refiere, yo, sin acudir al archivo del departamento del Estado; voy á facilitarle los datos verídicos que desea, con lo cual no hago más que corresponder de alguna manera al honor

que me ha dispensado citando mi nombre en el Congreso.

D. Jaime en Marruecos.

El 2 ó 3 de Febrero de 1895 llegaba á Tánger Don Jaime de Borbón, acompañado del ilustre Marqués de Villadarias. Durante tres semanas permaneció de riguroso incógnito, usando el pseudónimo de *Joaquín Barrios*, y él le sirvió para verlo todo, para entrar en todas partes, incluso en nuestra Legación. Cuando se creyó perfectamente enterado de lo que era la vida de Tánger, cuando había estudiado hasta en los menores detalles la importancia de la representación española en Marruecos, cuando ya por sus modales distinguidos, por su jovialidad, por su ilustración y demás prendas personales, se había captado las simpatías de todos y era admitido y agasajado en los salones de la buena sociedad tangerina, un hecho casual descubrió su incógnito, y los que antes le manifestaran su cariño, sin distinción de personas, creencias, ni nacionalidades, después se creyeron altamente honrados con su amistad.

Allí no iba á hacer propaganda de su política, que aquella no era tierra abonada para eso, no iba á representar ninguna causa, por importante que esa causa sea; iba como simple turista á conocer á Marruecos, á respirar de cerca los aires de su Patria, á contemplar las costas de su amada España desde aquel mismo país en que la imaginación árabe la representara en cuadros de perfecto parecido como una región hermosísima «que aventaja á todas las conocidas por la suavidad del clima por la fertilidad del terreno, por sus flores y aromas, por los productos de su suelo, por sus metales preciosos y por sus seguros y espaciosos puertos.»

En honor de la verdad, debo decir á usted que para mí, desde el primer día, el *Joaquín Barrios* era D. Jaime de Borbón; pero tenía consigna de guardar secreto, y no había de faltar á él. Tres ó cuatro visitas había hecho á la Misión el Príncipe antes y después de haber sido deseubierto el incógnito; y nosotros, á fuer de bien educados, le hemos recibido con afecto, con cortesía, como le recibieron á usted en Tetuán, Sr. Villanueva; pero nadie á pensado en ejecutar la Marcha

Real en su presencia, aunque dentro de nuestra casa podemos hacer lo que nos dé la gana, ni menos en dispensarle honores regios. Eso lo soñó usted, ó lo soñaron los que le fueron con el cuento.

No faltaba más que allí donde eran recibidos con afabilidad hombres de todas las creencias y partidarios de todas las ideas políticas, donde eran obsequiados radicales y masones, como los Sres. Cervera y Estern, y republicanos como D. Servando y D. Arturo Moreno, recibiera desaires un pariente de D. Alfonso XIII, un descendiente de cien reyes españoles.

Fuera del territorio de la Nación no hay ó no debe haber divergencias políticas, no debe haber más que consideraciones para todos, aún cuando dentro de nuestra casa, como hermanos traviesos, andemos á trastazos unos con otros. Así apreciamos los Frailes los deberes de buena educación y mútua sociabilidad, y creo que por esto nadie tiene derecho á censurarnos.

Entre tanto Don Jaime —ya conocido con este nombre— se relacionaba con todos y con todos hablaba, incluso con algunos funcionarios españoles, y, dicho sea de paso los que más le distinguieron y demostraron su afecto fueron los hermanos Marengo, de la Comisión de Estado Mayor, *porque vemos en este joven —decían— á un militar valeroso y entendido, á un gran patriota que no piensa más que en España.*

A fines de Febrero resolvió Don Jaime hacer un viaje á Tetuán, y yo tuve el honor de acompañarle, como antes había acompañado á otros señores que no comulgaban en mis mismas ideas, como le acompañaron á usted, Sr. Villanueva, los Frailes de dicha ciudad hasta el punto de su embarque, y como le hubiera acompañado yo, aunque fuera toda la Berbería, aun ahora, después de pronunciados sus discursos. La idea del Príncipe era ir entonces á Ceuta, como ya había ido á Melilla, para estudiar sus fortalezas y tener la satisfacción de pisar territorio español; pero hubo de desistir, por razones fáciles de comprender, y porque los corresponsales de la prensa de Madrid en Tánger hablaban ya —por cierto con elogio— mucho de él.

Por lo pronto, con un tiempo malísimo, el mismo tiempo horrible que dió por resultado la pérdida del crucero *Reina*

Regente, cubierto de lodo y atravesando un terreno pantanoso, quiso acercarse cuanto le fué posible á la plaza, para, desde lejos, enviar un cariñoso saludo á aquel pedazo de tierra española.

Volvió á Tánger, y ya no pensó más que en hacer los preparativos de su viaje á Fez, que efectuó con su pariente el Príncipe D. Felipe de Borbón y Braganza, primo hermano del señor Conde de Caserta, y el mencionado Marqués de Villadarias

Los chismes y chinchorrerías del Sr. Galicia.

Habían transcurrido cerca de tres meses desde que Don Jaime llegara á Marruecos; todo sucedía bien para él y para los que con él habían tenido las debidas consideraciones; nuestro representante en Tánger no veía en ellas nada de extraordinario, porque no es de los diplomáticos que dan importancia á cosas que no la tienen; antes bien, en los casuales encuentros que tuvo con Su Alteza en casas á que ambos iban de visita, hubo de cruzar con él saludos de cortesía; pero el Sr. Ojeda tuvo que ir entonces á Madrid, y entretanto quedó encargado de la Legación el primer secretario, Sr. Galicia; y este diplomático, que ya era de edad más que madura y no había hecho otra cosa en su carrera que copiar documentos, parecióle llegada la oportunidad de hacer méritos, y le fué con el chisme al Sr. Duque de Tetuán, que entonces era ministro de Estado contándole lo de los supuestos honores regios que los Frailes habían prodigado al hijo de Don Carlos.

Para esto le sirvió de pretexto un hecho sencillísimo, que se venía repitiendo todos los años en la Misión de Tánger, sin que nadie se percatase ni se ofendiese, porque no había motivo para ello; me refiero no á la oración *ut fumulus tuus*, que usted cita, sino á otra que comienza: *Oremus et pro chistianissimo Imperatore nostro*, la cual trae el Misal romano, y se decía antes en los Oficios de Viernes Santo.

Esa oración fué puesta allí para rogar, como las palabras lo expresan, por el soberano de aquel Imperio cristianísimo que Carlomagno restableció en Occidente, conocido en la historia con el nombre de *Santo Imperio*; y como éste ya no

existe, dicha oración se omite, ó por especial privilegio de la Santa Sede se dice modificada como sucede en España.

En efecto, los devocionarios que contienen las Oficios de Semana Santa traducidos al castellano traen esa oración, modificada en esta forma: *Roguemos también por nuestro Rey católico...*; y unos de esos devocionarios lo tenía en la mano el secretario Galicia, que en sitio preferente del presbiterio asistía con los demás miembros de la Legación, á los Ejercicios de la mañana del Viernes Santo. No parece sino que dicho señor tenía todo su pensamiento fijo en aquella oración, sin acordarse de que se estaba conmemorando la muerte del Rey de los reyes; y al ver que el sagrado Ministro que estaba oficiando pasaba de largo sin recitarla, porque desgraciadamente Marruecos no pertenece á España y no estábamos autorizados para reformar el Misal, le faltó tiempo para ir á la Legación y comunicar lo sucedido al Sr. Duque de Tetuán.

Este, que según noticias tenía mal genio, llamó á su despacho al Sr. Ojeda, que aun continuaba en Madrid, le leyó la eomunicación del secretario Galicia, enlazando el hecho con *las particulares distinciones con que por algunos individuos de la Comunidad de Tánger se había recibido y tratado á Don Jaime*(1); y por más que el caballeroso diplomático, actual embajador cerca del Papa, trató de convencerle de que nadie había visto tales *particulares distinciones*, porque él lo presenciara todo, el Duque le envió inmediatamente á Tánger, con orden de mandar desterrado á España al P. Paisal, si resultaban comprobados los hechos que el secretario Galicia denunciaba.

Revolviendo Roma con Santiago.

Fuí llamado á la Legación; acudí con mi Superior el P. Lerchundi, y no hay para qué decir que el Sr. Ojeda nos recibió con su característica amabilidad. Me pidió algunas explicaciones protestando que él nada había visto que no fuese correcto por parte nuestra, le dí las que yo creí eran de justicia, sin faltar á ningún deber; él las consignó en una comunicación al minis-

(1) Carta del Duque de Tetuán al P. Lerchundi, fecha 6 de Mayo de 1895.

terio de Estado, y el Duque de Tetuán, considerándolas aceptables, me perdonó la vida y me dejó continuar en Marruecos con gran sentimiento de mi anciana y enferma madre, que deseaba tenerme más cerca de su persona. La obediencia me desterrara á tierra de infieles; si el Gobierno me librara de aquel destierro para devolverme á tierra de cristianos, me parece que hubiera salido ganando.

Ya ve, Sr. Villanueva, los hechos no han ocurrido como usted los ha referido; no hubo honores regios, ni siquiera extraordinarias distinciones para Don Jaime, ni menos podíamos empeñarnos en que habíamos de emplear el nombre de Don Carlos en la citada plegaria, por la sencilla razón de que no la hemos recitado.

Cierto es que, como resultado de todo esto, medió luego una negociación en que intervinieron el Nuncio de Su Santidad, el ministro de Estado, nuestro embajador cerca de la Santa Sede, el P. Lerchundi y el Comisario general de nuestra Orden; pero no es menos cierto que esa negociación tuvo por objeto una cuestión esencialmente litúrgica, y no política, como querían hacerla el Duque de Tetuán y el secretario Galicia, porque al fin, después de once meses de cruzarse comunicaciones, se resolvió en Roma, conforme á las súplicas de los Misioneros y los deseos del Gobierno español.

Desde entonces en todas nuestras iglesias de Marruecos se ruega el día de Viernes Santo por el rey católico de España; pero conste que antes no podíamos hacerlo en esa forma pública y solemne, porque á los libros litúrgicos no se les puede añadir ni quitar una tilde; sólo el Sumo Pontífice tiene autoridad para modificarlos.

Tengo la seguridad, Sr. Villanueva, de que usted no podrá desmentir nada de lo que dejo escrito, porque todo lo que digo puedo demostrarlo con datos y referencias que obran en mi poder.

Expresiones al moro Selagüi.

Ahora dos líneas, y concluyo.

No es cierto que el moro Ali Selagüi haya prestado ayuda al

P. Lerchundi en la composición de su *Gramática del árabe vulgar*; lo único que hizo ese moro, á quien conozco y he tratado muchísimo, fué facilitarle algunos significados cuando, veinte años después de la *Gramática*, trató de publicar su *Vocabulario español-arábigo*. A cada uno lo suyo.

Y á propósito del moro Selagüi, cuando usted le vuelva á escribir, como lo hizo el 9 de este mes, hágale todas las protestas que guste de sus respetos á la Religión y á sus Ministros; pero no le diga que estima mucho á los Franciscanos de Tetuán, ni menos le encargue que vaya á saludarles de su parte, mientras no desagравie á los Misioneros de Marruecos, porque con esos saludos resulta usted una especie de Cervera invertido; éste saludaba á los Frailes cuando le obsequiaban con *paellas*, y antes de calumniarlos en el Congreso, y usted los saluda después que los ha ofendido con tanta saña é injusticia.

Por lo visto usted se ha creído que los Frailes, por el mero hecho de ser pobres y humildes, han hecho renuncia de la propia dignidad, y están dispuestos á aceptar los saludos de cualquiera que se dice su amigo, sin serlo, aun cuando ese cualquiera haya sido ministro de la Corona, y esté tan elevado como la Giralda de Sevilla.

Por Dios, Sr. Villanueva, no me obligue á hacer desfilar en su presencia á aquel pobrecito Judas, de quien usted tanto se compadeció cuando estuvo en Tetuán, ni me ponga en el caso de sacar una instantánea de usted, colocado entre el judío Pintos y los consocios de éste, tan amigos de la bolsa como el falso discípulo de Jesús.

Concluyo deseándole mucha salud y gracia de Dios, y cuando esté para morir que tenga á su lado un Fraile de Marruecos que le eche la absolución, y yo por mi parte le prometo que si vivo le rezaré un responso por su alma, para cumplir aquella máxima divina: *Rogad por vuestros enemigos*.

No lo es de usted su atento servidor, que besa su mano.

FR. JOSÉ MARÍA PAISAL.

Puente Cesures 26 Mayo de 1909.



DISCURSO DEL SR. OBISPO DE JACA, PRONUNCIADO
EN EL SENADO EL 4 DE DICIEMBRE DE 1908 (1).

.....Pero hay algunas cosas dichas por el Sr. Buen que conviene rectificarlas.

Si estuviera aquí el Sr. Buen, que decía que estamos en los extremos, yo le diría que los extremos á veces se tocan, y que en muchas cosas él y yo estamos conformes. Por ejemplo, me alegró de que el Sr. Buen esté conforme conmigo en lo de las Embajadas.

A mí me pareció cuando hablé de esto que hubo un movimiento de extrañeza, y he visto en el Parlamento personas de gran prestigio y competencia que están conformes conmigo en lo de la supresión de las Embajadas. También lo estamos el Sr. Buen y yo en que en Roma no debe haber más que una, si bien no sé si lo estaremos en cuál ha de ser la que se ha de suprimir. —*Risas*—.

De esto no he de decir más, porque allá, hace unos cuantos años, un Obispo, andaluz por más señas, habló aquí de presentar una proposición de ley ó anunció que la presentaría

(1) Nota del Colector. Con sumo gusto insertamos en esta colección la parte principal del discurso que el Sr. Obispo de Jaca pronunció en el Senado el 4 de Diciembre del pasado año, pues haciendo uso de la palabra para una alusión personal, lo que hizo fué una valiente apología de las Misiones de Marruecos y de los Misioneros Franciscanos.

y todos sabemos lo que ocurrió entonces; de modo que aunque los tiempos han cambiado mucho, lo reconozco, no seguiré hablando de estas cosas que, como decía el Sr. Ministro de Instrucción pública un día, después de provocarme á tratar de ellas, son delicadas, y me limitaré á decir que el Sr. Buen y yo estamos conformes, aunque discrepemos en ese pequeño punto —*Risas*—; como lo estamos así mismo en lo de conveniencia de volver en cierto sentido las espaldas á Europa, porque Europa para nosotros tiene poco que debemos mirar y creo que debemos mirar á otros sitios, por ejemplo, al Africa para civilizarla y llevar allí nuestro españolismo. En esto estamos todos conformes desde hace mucho tiempo; ya lo estaban los Reyes godos Teudis y Sisebuto, y ya lo estaba el Rey Católico ó Isabel la Católica en su testamento, aunque creo que el Sr. Buen no estará conforme con todo el testamento, porque hay una parte en que se dice que «no cesen de puñar por la fe contra los infieles», y aunque S. S. tiene buena fe, no creo que puñaría por ella; aunque sí creo que coincidiremos en que debemos civilizarlos con fe ó de otra manera, pero pienso que sin ella no puede ser.

El Sr. Buen estaba también conforme conmigo en otra cosa, en la importancia de las misiones, porque claro es que éstas producen muchos bienes en todas partes, no obstante lo cual ignoro si algunos compañeros del Sr. Buen estarán conformes con ellas, cosa que me extrañaría mucho, porque hoy mismo, y por eso es conveniente leer la prensa, que tiene mucha importancia, he encontrado en un periódico algo referente á la transcendencia de las misiones.

En un periódico, digo, se cita un libro del Duque de los Abruzzos sobre el Ruwenzari, y se recuerda la horrible barbarie que existía allí y el mejoramiento del estado social que en poco tiempo se obtuvo merced á los misioneros.

Ahora mismo se recuerda que Mr. Bryan, el concurrente de Taftt, el jefe del partido democrático en los Estados Unidos —y allí los jefes de los partidos democráticos piensan de un modo diverso á como piensan los de España—, declara que el Japón ha sido en gran parte civilizado por los católicos y que

éstos han sido allí los más valerosos campeones de la cruz.

Ahora mismo se ha celebrado un Congreso en los Estados Unidos por la Asociación de amigos de los indios, donde se ha reconocido también lo mucho que han hecho los frailes españoles para civilizar las Filipinas. De modo que el Sr. Buen tendría que estar conforme conmigo en que las misiones sirven de mucho para la civilización; por consiguiente, también las misiones que paga la Obra-pía deben ser muy útiles para la civilización; esto es indudable.

Decía el Sr. Buen que no había ningún moro convertido al cristianismo, y que en cambio se habían convertido muchos cristianos al mahometismo. Que se conviertan muchos cristianos, ó que aparezcan convertirse, se comprende, porque la religión mahometana, como saben todos los Sres. Senadores, es una religión puramente sensual, que favorece las pasiones y en muchísimas cosas deja en libertad completa al individuo. Por tanto, puede ser que alguno se haya convertido á esa religión por tener sus pasiones más en libertad, por tener más libertad de conciencia—*El Sr. Palomo pronuncia palabras que no se perciben*—, porque la conciencia, Sr. Palomo, está en relación con los actos, y si queremos libertad para la conciencia, debemos quererla también para los actos, y si al que dice que obra según su conciencia, le declaráis la conciencia libre ¿cómo vais á impedirle sus actos? Al declarar libre la conciencia, también debéis reconocer la libertad para los actos, poniendo en relación una cosa con otra. De modo que esos individuos, creyendo usar de la libertad de su conciencia, se pasan al moro, pero su conversión se deshace en cuanto las circunstancias pasan, es una conversión temporal, es una conversión como la de los presidarios cuando se fugan, que para que no los traten mal aparece que se hacen musulmanes. Esto ocurría antes con frecuencia; cuando teníamos muchos cristianos en las mazmorras, es natural que algunos, por no sufrir el mal trato, dijese que se hacían musulmanes.

Pero hay también muchos casos de conversión de musulmanes á cristianos. No tengo la estadística; esas estadísticas son un poco difíciles, y además la Orden Franciscana no va á

propagar esto á los cuatro vientos, entre otras razones porque hay que practicar esas obras como decía nuestro Señor Jesucristo, de modo que una mano no sepa la que hace la otra.

Pero uno de los objetos de la Obrá-pía no es solamente este objeto piadoso, de convertir á los moros, sino de llevar á esas tierras nuestra civilización, nuestra preponderancia, porque de esta manera se sirve á la Patria y podrá llegar un día en que nuestra influencia en Marruecos sea decisiva, porque el problema planteado desde hace muchos años es este: ó España conquista á Marruecos, ó Marruecos ó la Nación que allí domine, conquista á España. De ahí la importancia de la Obra-pía al contribuir con su dinero á sostener esa influencia, aunque sea clerical, por medio de frailes; pero ¡qué vamos á hacerle!, no podemos prescindir de los frailes Franciscanos.

Si el Sr. Buen estuviera aquí creo que convendría conmigo en que no podemos civilizar á Marruecos mientras no hagamos que tengan allí otra religión distinta; digo distinta, porque sin religión no puede haber pueblo civilizado. Podrá suceder que un cristiano —pasa esto en España— deje su religión, que es la única verdadera, para no tener ninguna; pero que un católico pase á otra religión, es bastante difícil en la práctica, y que un moro de repente pase á ser un impío, eso es casi imposible; por consiguiente, hay que procurar antes que nada, que los moros dejen la religión que profesan, la religión de la barbarie, una religión que con el fanatismo, con la poligamia y los demás preceptos que contiene, es opuesto al progreso, el cual no puede existir con esa religión, y por eso hay que darles otra y para dársela, hay que enviarles allí á los Franciscanos, pues ya lo dice el refrán; y si los Franciscanos tienen esta actitud especial para predicar y para convertir, es precisamente porque los Franciscanos han sido durante mucho tiempo allí, embajadores gratuitos, que no daban banquetes y que se empleaban en Embajadas que conducían á algo práctico, sirviendo mucho á España como lo demuestra la realidad, pues había tratos y contratos entre España y Marruecos hechos por medio de los Franciscanos, porque llevan su abnegación hasta el punto que la llevaba aquel Santo de

quien el Dante decía en la *Divina Comedia*, como sabe el Sr. Conde de Casa-Valencia mejor que yo, *fu tutto serafico in ardore*; claro está que siendo de esta manera especial los discípulos del Serafín de Asís, consiguen que los moros, ante tantas virtudes, se rindan en algunos casos y si no se convierten, al menos consiguen que respeten á España, hasta el punto de que cuando va allí un español vistiendo ese hábito Franciscano, puede recorrer todo el Imperio sin que le suceda nada malo; y es más, puede hacer mucho bien á otros españoles consiguiendo en muchos casos de los moros lo que no ha conseguido nuestra diplomacia.

Es, pues, conveniente que continuen allí los Franciscanos; y á tal punto es esto cierto, que ahora mismo, en Casablanca, cuando los incidentes famosos, los franceses, aunque hacen poco caso de la religión dentro de su tierra y mucho fuera de ella, llevaron allí cinco Frailes Franciscanos; hasta ese punto reconoce Francia la muchísima importancia que tiene para la civilización el que haya frailes en Marruecos y el que sean Franciscanos. Por eso me extraña mucho que la Obra-pía pague en algunos puntos, no precisamente á Frailes Franciscanos, sino á otros distintos, pero esto importa poco, lo que importa es que la religión se predique, y conviene hacer constar que no se lleva á esos puntos Frailes Franciscanos.

De manera que estamos conformes el Sr. Buen y yo cuando él decía que los Franciscanos habían conseguido bastante, pero poco; y yo pregunto: ¿no tendrá la culpa de esto el Gobierno, Sr. Ministro de Estado? —*El Sr. Dávila*: Evidentemente.— Evidentemente.—*Risas*—. Lo voy á probar ahora y deseo que el Sr. Ministro de Estado haga algunas declaraciones acerca de este particular. Me preguntaba el otro día: «¿Trae S. S. la representación de la Orden Franciscana?» ¡Como si para venir aquí hubiera que traer la representación de ninguna Orden religiosa! Sólo he traído la representación de la Nación española. —*El Sr. Ministro de Estado*: Según lo que se dice—. Y decía que los Franciscanos le estaban muy agradecidos y ahora deseo que S. S. diga si está también agradecido á los Franciscanos y que exponga aquí, en pleno Parlamento, cómo se portan

los Franciscanos, si no es verdad lo que están haciendo, que es cumplir con su deber á satisfacción del Sr. Presidente del Consejo de Ministros y del Sr. Ministro, y que consiguen resultados excelentes que les hacen acreedores á que se les aumente la dotación, lejos de mermárseles, como se les ha mermado en cierta manera; porque á los demás funcionarios, si es que á estos se les puede llamar funcionarios, se les paga en oro y á los frailes se les paga en plata, que es un poco distinto; no ahora, pero lo ha sido en otras ocasiones. —*El Sr. Navarro Reverter*: Hay una partida para quebranto de cambio. — Hay una partida, sí, pero ellos reciben las cantidades en plata. Y aún se hacen otras cosas que conviene consignar.

El Sr. Buen nos dijo el otro día que la Obra-pía, no el Estado, no el Gobierno, quiero que esto quede bien claro, que el dinero de los Franciscanos cuenta ahora con 120 000 pesetas; pues bien, de esas 120 000 pesetas 40. 000 se dedican á locales, á la compra y adquisición de edificios, y esos edificios los compran los Franciscanos con su dinero, con el que se les quiere dar, y esos edificios se consideran como del Estado; por manera que no son 120 000 pesetas, no son más que 80. 000 las que reciben esos religiosos y tienen que desempeñar unos cuantos oficios que no tienen por qué desempeñarlos, oficios puramente parroquiales, y bien podía el Gobierno con otra cantidad atender á ellos.

Pero me importa mucho rectificar algunas de las observaciones del Sr. Buen acerca de cómo se portan allí los Franciscanos, de lo poco que hacen y de que era más conveniente que fueran maestros en vez de Franciscanos, como si estos y los maestros no fueran dos personalidades, dos funciones que se completan, como si el Sr. Buen fuera á creer aquello de Víctor Hugo de uno que enciende una luz y otro que apaga la luz. Hoy por hoy, los Franciscanos están desempeñando una función importantísima, una función que merece, no que se suprima esa cantidad, sino que otros, no sé cuantos miles, de pesetas que la Obra-pía destina para gastos imprevistos se destinaran desde ahora á aumentarla.

El Sr. Buen hacía hincapié en la enseñanza, y comprende,

y es muy natural que comprendamos todos, que allí hay que enseñar á los hijos de los moros para atraerlos, pero debemos tener en cuenta que allí no solamente hay moros, sino que hay cristianos también, y se da el caso ahora de lo que decía un Sultán de Marruecos, Muley Fidan, á un famoso religioso, el Padre Cristóbal: que si no lograba que se convirtiesen los moros en cristianos, veía que estaba logrando, y por eso le aplaudía y apoyaba, que los cristianos fuesen mejores. Eso también conviene, que los cristianos que andan por allí sean mejores y puedan cooperar á la obra de los Franciscanos, que están sosteniendo escuelas para los españoles que allí existen y procurando atraer á los moros.

También se hablaba de la enseñanza del árabe, de lo conveniente que sería que se gastara el dinero de la Obra-pía ó de otras obras, en que se supiera bien el árabe, porque de esta manera, nuestra influencia pudiera ser mayor. Los Franciscanos están haciendo esto sin que le cueste nada al Estado, solamente con esos fondos suyos de la Obra-pía que el Estado tiene y que el Sr. Ministro de Estado dijo que no era conveniente que figurasen en los presupuestos del Estado. El Sr. Ministro, con una nobleza que le honra y dando pruebas de su religiosidad como en otras ocasiones, nos dijo que no estaba bien que figurasen las cantidades que se asignan á los Franciscanos para la Obra-pía en los presupuestos, y que él había combatido que de la caja especial pasaran á la caja general, porque se da este caso, tiene razón el Sr. Ministro, de que muchos, como el Sr. Buen, creen que el contribuyente, que la Nación paga algo á los frailes. Aquí, en España, no se da nada para los frailes, y por eso, cuando el Sr. Dávila en otra ocasión hablaba de los frailes, yo decía si no hubiera sido mejor que tratáramos de los presupuestos, de lo que interesa á la Nación porque en estos tiempos de positivismo no importa nada más que el dinero. Hay muchos que creen, como Enrique IV, que lo importante es que tengamos todos los días una gallina para el puchero.... —*El Sr. Dávila:* Hace mucho tiempo que no hablo de los frailes.— Pero puede hacerlo S. S. en otra ocasión, cuando sea Ministro. —*El Sr. Dávila:* No es esto

decir que no hable más adelante.— Por eso decía que todo eso será muy importante, pero que también lo es tener en cuenta que los frailes no cuestan nada al presupuesto, al contrario, y sin embargo, están haciendo obras tan importantes que evitan el que otras personas las hagan retribuyéndoles el Estado. Tenemos, por ejemplo, dos (1) ediciones españolas hechas ya, y ahora se va á hacer la tercera, de *Rudimentos del árabe vulgar que se habla en el Imperio de Marruecos*, por el Padre José Lerchundi.

Es obra importantísima que se ha hecho por un Franciscano y que se ha traducido al inglés y á otras lenguas, y en todas partes es ponderadísima. Existe además el *Vocabulario* del mismo autor; una *Gramática de lengua rifeña*, todo esto hecho con fondos de la Obra-pía, y además la *Crestomatía arábiga* y otra porción de obras importantísimas para el conocimiento del árabe, á fin de que nosotros los españoles podamos llegar á la penetración pacífica que tanto estamos deseando y que no se consigue á causa de no haber bastante dinero en los presupuestos para que se trabaje más, civilizando de una manera religiosa, como lo hacen los Franciscanos, y sin promover ningún conflicto, de manera amistosísima llevando su cariño á todas aquellas tribus que ven en el fraile un amigo más que otra cosa, hasta tal punto, Sres. Senadores, que existen varias medicinas cuyo secreto no conoce nadie, y los árabes cuando se ven heridos acuden á los Franciscanos para que les proporcionen esas medicinas que nadie conoce más que ellos, contribuyendo de esta y de otras maneras á llevar la civilización hasta el interior del Imperio marroquí.

Pero lo que más me importa rectificar es lo que se refiere á la enseñanza, conviniendo que se haga constar que desde el año 1900 las misiones han adquirido para la Obra-pía dos so-

(1) Nota del Colector. De los Rudimentos del árabe vulgar etc. obra gigantesca que inmortalizará el nombre del P. Lerchundi, se han hecho ya en español cuatro ediciones distintas. La primera se hizo en Madrid el año 1872 y las otras tres, á las que solamente alude el Sr. Obispo de Jaca, en la imprenta hispano-arábiga de la Misión católico-española de esta población de Tánger. Además en la misma imprenta se hizo una edición inglesa de los mismos Rudimentos el año 1900.

lares en Tánger, uno en la Playa grande y otro en el Marchán, una casa en Safí, y han restaurado la casa-iglesia de Larache y la de Safí; todo esto con las 40.000 pesetas mencionadas, no quedando por lo tanto más que 80. 000 pesetas para todo lo demás, sin que reciban por otro concepto ningún dinero, porque allí no existen los derechos de estola, pie de altar, etc., y otras cosas que hay por aquí.

Pero vamos á ver la estadística. En Tánger, donde tanto nos importa que tengamos grande influencia, existen varios colegios: «Colegio superior de niños con siete profesores, bajo la dirección del padre Betanzos y en el que se enseñan las siguientes materias: matemáticas, geografía, gramática castellana, historia universal y de España, historia sagrada y catecismo, urbanidad, música vocal é instrumental, dibujo, pintura, francés, inglés, latín y árabe.» No leo más porque, si el Sr. Presidente quisiera, podría todo esto publicarse en el *Diario de las Sesiones* para que se vea lo que hacen allí los Franciscanos y cómo es conveniente que se continúe pagando todo esto con fondos de la Obra-pía, ó de donde se quiera, que no he de entrar ahora á calificar de dónde son esos fondos, que decía el Sr. Buen que servirían para impiedades. Yo no creo que llegue á poder decirse eso, pero, en fin, como ya dije el otro día quizás sirvan para algunas cosas que no son tan pías á juicio de los fundadores.

Dejando esto á un lado, rectificaré tan sólo tres expresiones más del Sr. Buen. Decía S. S. que esa Embajada á que se refirió no era exacto que se pagase con los fondos de la Cruzada, y hay un Real decreto concordado del año 1875, en el cual terminantemente ambas Potestades dijeron que se sacarían 25. 000 pesetas cada año para esa Embajada á que me vengo refiriendo, de modo que la Bula de la Cruzada paga esa Embajada.

Y es por esto, porque hacéis una ficción —ya hablaremos en otra ocasión de ello— del presupuesto y porque se callan muchas cosas que conviene que las sepa el país. Por eso las digo aquí, para que sepa cómo es esto de la Bula de la Cruzada, cuyos fondos se destinan para muchas atenciones y se

calla que salen de esta Bula haciéndose creer que salen de los presupuestos y dando lugar á que se combatan muchas cantidades malamente consignadas. Lo mismo sucede con lo de la Obra-pía.

En la otra Cámara hace pocos días pidióse que se rebajara lo consignado para los frailes Franciscanos en Marruecos, en atención á que el contribuyente no puede pagar eso, como si lo pagara, y cosa idéntica acontece con otro Real decreto del señor Cierva respecto á beneficencia particular, y sucederá aunque no soy profeta, ya lo veréis, que después de que todo lo haya recogido y amontonado el Estado en una caja general para que no esté en cajas particulares, como sucedió con la Obra-pía; muchas veces Diputados y Senadores dirán que se gasta tanto del presupuesto para esa beneficencia, como dicen ahora que se gasta tanto y cuanto para la Obra-pía.

Y voy á terminar. Decía el Sr. Buen que esa Embajada de vuelta, como la ha calificado, no tenía razón de ser como en otros tiempos y que aunque fuera de la Cruzada debería suprimirse, porque añadía el Sr. Buen, hay muchas cosas que despachaba antes esa Embajada y que no despacha hoy, citando el Derecho canónico en lo que se refiere á apelaciones. Yo me alegraba mucho de ver á un catedrático de Historia natural hablando de Derecho canónico, porque los Senadores tienen derecho á hablar de todo, aunque sea el Obispo de Jaca de cosas militares. Por eso me llamó la atención que *El Liberal*, me parece, extrañara que yo hablara de la ley de Sargentos. ¿No puede un Obispo hablar de esta ley? Por consiguiente, hace muy bien el Sr. Buen en hablar del Derecho canónico, porque S. S. hablaba con mucha competencia y no lo hacía en el tono festivo con que suelen hablar el Sr. Díaz Moreu y algún Ministro, que no sé si está ahora en la Cámara, que también recordaba ó censuraba mi oratoria festiva, como si el que tiene que hablar todos los domingos de materia tan seria como la eclesiástica, no pudiera tener aquí una expansión —*Risas*— imitando á los demás señores en su oratoria que, á mi juicio, es la parlamentaria. ¿Quiere el Sr. Ministro de la Gobernación que venga yo aquí á predicar sermones? Su-

cedería entonces que, como predico tan mal, se dormiría S. S. —*Más risas*—. Y puesto que el Sr. Díaz Moreu cuenta las cosas con tanta gracia, voy á referir yo una que no es cuento y, como es natural, con menos gracia.

Se dice de un Cardenal que tuvo que asistir á uno de esos baquetes tan importantes para las relaciones diplomáticas. —*Un Sr. Senador pronuncia palabras que no se oyen*—. Si se pagan con la Obra-pía no lo sé, pero de todas maneras son banquetes convenientes á los cuales asisten los diplomáticos. Pues bien; cuando aquel Sr. Cardenal asistía á ese banquete era en tiempo en que se celebraban, no á altas horas de la noche y seguidos de baile como los banquetes de que nos habla el Sr. Conde de Casa-Valencia; era á las doce del día, y al terminar dijo el Sr. Cardenal á los que se hallaban con él: —Mis queridos compañeros; marchó á predicar un sermón, y, si queréis, podéis venir á oirlo. —No, monseñor, le contestaron, dormiremos muy bien sin ir á oirlo. —*Risas*—. Pues si yo viniera después de comer á la hora que comienza la sesión, á predicar sermones, se dormirían algunos de los Sres. Ministros por lo pesados que serían. —*Risas*—.

El Sr. Buen, que sabe tanto de Derecho canónico, no tuvo en cuenta una cosa, y es que la práctica hasta entonces no era la más ordinaria la de que se apelase del Tribunal de la Nunciatura á Roma; pero nunca se negó el derecho de apelar del Tribunal de la Nunciatura al Tribunal del Papa, que es superior á todos, y el Cardenal Rampolla publicó un libro, que es en la materia lo último, que se puede decir que la agotó, en el que vería S. S. cómo no se ha innovado nada, y cómo, lejos de quitarse asuntos á la Nunciatura, se la han dado más, y, por consiguiente, hay más razón para que la Nunciatura exista y se pague, aunque sea con fondos de la Cruzada, pues se da el caso, y esto es muy conveniente para la Nación, de que las dispensas de tercero y cuarto grado, en vez de ir á Roma se despachan en la Nunciatura, con lo cual se ahorra mucho tiempo á los contrayentes y se hace un favor muy grande á la Nación.

Creo que no quedan más cosas que rectificar, y, aunque

quedaran, las dejaría para otro día, porque ya tendré ocasión de discutir nuevamente con el señor Buen.»

Datos á que se ha referido el Sr. Obispo de Jaca.

Breve relación de las escuelas, y cantidades invertidas en la enseñanza y culto; socorros distribuidos á los españoles, y de otros trabajos realizados por la Misión católico-española en Marruecos desde 1900 hasta 1905.

La Misión católico-española en Marruecos percibe anualmente de la Comisaría de la Obra-pía de los Santos Lugares la cantidad de 120.000 pesetas *plata*. Como de esa suma hay que destinar todos los años 40.000 pesetas á la adquisición de solares para templos y colegios, cuya propiedad se reserva la Obra pía, á la de ornamentos, vasos sagrados y á la reparación de casas é iglesias, queda reducida dicha subvención á 80.000 pesetas, con la que se sostienen dos colegios superiores y 18 escuelas de primera enseñanza; se da culto en nueve iglesias y dos capillas; se socorre á un sinnúmero de necesitados, y viven 15 religiosas y 54 religiosos, repartidos estos en los pueblos siguientes del Imperio: Tánger, Tetuán, Larache, Rabát, Casablanca, Mazagán, Safí, y Mogador.

Desde el año 1900 la Misión ha adquirido para la Obra-pía dos solares en Tánger, uno en la Playa grande y otro en el Marchán; una casa en Safí, y ha restaurado la casa-iglesia de Larache y la de Safí; todo con las 40.000 pesetas mencionadas.

Los misioneros no cobran ningún estipendio por el ejercicio de su ministerio en la parte retribuida y que tiene aranceles determinados en todas las diócesis, esto es, por la administración de los sacramentos del bautismo y matrimonio, dispensas, entierros, expedición de partidas sacramentales y demás documentos eclesiásticos, sea cual fuere la nacionalidad de los católicos. También es gratuita la enseñanza en todos los colegios y escuelas, así como tampoco se percibe ninguna cantidad por el material de enseñanza que se distribuye entre los alumnos.

Tánger.

En esta ciudad existen los colegios y escuelas siguientes, dirigidos y sostenidos por la Misión (1):

Colegio superior de niños con siete profesores bajo la dirección del R. P. Fr. José María Betanzos, y en el que se enseñan las siguientes materias: Matemáticas, Geografía, Gramática castellana, Historia universal y de España, Historia Sagrada y Catecismo, Urbanidad, Música vocal é instrumental, Dibujo, Pintura, Francés, Inglés, Latín y Árabe.

Número y nacionalidad de los alumnos que asisten actualmente á este colegio:

Españoles, 254; franceses, 7; ingleses, 9; portugueses, 6; austriacos, 5; hebreos, 9.

Total, 290 alumnos.

Este colegio cuenta con una banda de música compuesta de alumnos del mismo y bajo la dirección del religioso Fr. Fernando Mascarell.

Colegio superior de niñas con ocho profesoras bajo la dirección de la Rvda. Madre Sor Matilde Clariana.

Número y nacionalidad de las alumnas que asisten actualmente á este colegio:

Españolas, 176; italianas, 6; inglesas, 14; portuguesas, 10; hebreas, 112.

Total, 318 alumnas.

Otros colegios en Tánger.

Colegio de primera enseñanza en la playa grande, á cargo de dos religiosas y con las alumnas siguientes:

Españolas, 67; italianas, 1; inglesas, 2; portuguesas, 4; francesas, 11.

Total, 85 alumnas.

Colegio de primera enseñanza en el Patio de Eugenio, con 52 niñas y 14 niños, todos de nacionalidad española.

Colegio de primera enseñanza en la Barriada de San Fran-

(1) El colegio de segunda enseñanza en que se cursan todas las asignaturas del bachillerato está actualmente cerrado por falta de alumnos.

cisco, con 58, niñas todas de nacionalidad española.

Colegio de primera enseñanza en los Suanis, con el número de niños y niñas siguientes:

Españoles, 21; austriacos, 5; ingleses, 4.

Total, 30 alumnos.

Colegio de primera enseñanza en el Patio Smithdel, con 18 alumnos de ambos sexos.

Total de escuelas en la ciudad de Tánger, 7.

Total de alumnos de ambos sexos en las escuelas de la Misión de Tánger, 865

Gastado en la enseñanza de 1900 á 1905, pesetas 31. 455, 33.

Larache.

Un colegio de primera enseñanza para niños, bajo la dirección del R. P. Fr. Joaquín Castromán, con 15 alumnos.

Idem id. para niñas, con 14 alumnas

Total. 29 alumnos.

Gastado en la enseñanza —1900-1905—, 1.170 pesetas.

Idem en socorros á los españoles pobres, 364,75.

Rabát.

Un colegio de párvulos, con 4 alumnos, bajo la dirección del R. P. Fr. Marcelino Corcuera.

Gastado en la enseñanza—1900-1905—, 370 pesetas.

Idem en socorros á los pobres, 355.

Casablanca.

Un colegio de primera enseñanza para niños, bajo la dirección del R. P. Fr. Julián Alcorta, con 32 alumnos de diversas nacionalidades.

Idem id. para niñas, con 32 alumnas de diversas nacionalidades y 4 hebreas.

Total 68 alumnos.

Gastado en la enseñanza —1900-1905—, 5.025 pesetas.

Idem en socorros á los pobres, 874.

Recaudado en el cepillo del Pan de San Antonio y reparado á los pobres, 871, 50.

Mazagán.

Un colegio de primera enseñanza para niños, con 29 alumnos de diversas nacionalidades, bajo la dirección del R. P. Fr. Esteban Zuloaga.

Idem id. para niñas, con 26 alumnas.

Total, 55 alumnos.

Gastos de enseñanza —1900-1905—, 3.870 pesetas.

Socorros á los pobres, 154,73.

Recaudado en el cepillo del Pan de San Antonio y repartido á los pobres, 2.847,30.

Sati.

Un colegio de niños bajo la dirección del Reverendo P. Fr. Juan Cantéliz. Número de alumnos, 14.

Idem de niñas, con 25 alumnas.

Total, 39 alumnos.

Mogador.

Un colegio de niños, con 10 alumnos, bajo la dirección del R. P. Fr. Avelino Muñíos.

Idem de niñas, con 6 alumnas.

Total, 16 alumnos.

Gastado en la enseñanza —1900-1905—, 2. 250 pesetas.

Idem en socorros á los pobres, 961, 60.

Recaudado en el cepillo del Pan de San Antonio y repartido á los pobres, 411, 19.

Tetuán.

Un colegio de primera enseñanza para niños, con dos profesores bajo la dirección del R. P. Fr. José Ramos.

Número de alumnos españoles, moros y hebreos, 30.

Un colegio de niñas, con 36 alumnas, todas de nacionalidad española.

Gastado en maestros de árabe y rifeño, libros, etcétera, de 1900 á 1905, 5. 746 pesetas.

Gastado en socorros á los españoles pobres —1900-1905—, 2. 728 pesetas.

Gastado en medicamentos á los moros y judíos, pesetas 190.

RESUMEN

Total de escuelas de la Misión católico-española en Marruecos, 20.

Idem de alumnos, ídem íd. 1.142.

Idem gastado en la enseñanza (1900-1905), pesetas 50.986,33.

Idem de socorros á los pobres en Tánger —1900-1905—, 60.060, 78 pesetas.

Idem en los demás puntos de la Misión, 10.110,96 pesetas.

Idem de culto en toda la Misión (1900-1905), pesetas 37.710.

La Misión de Tánger ha socorrido á los españoles pobres, desde Enero de 1900, con la suma de pesetas 14. 418, 05.

Limosnas libres distribuídas en igual tiempo, pesetas 1. 314, 50.

Recaudado en tres kermeses organizadas por la Misión y repartido á los pobres, 3. 796 pesetas.

Recaudado para los pobres en el cepillo del Pan de San Antonio, 1. 440; 30 pesetas.

Suma gastada con los niños expósitos, 525 pesetas.

En la cocina económica, creada y sostenida por la Misión, se han distribuído 147. 588 raciones, que importan 22. 153, 20 pesetas.

De la Caja de urgencia fundada por la Misión se han distribuído á los pobres en ropas y en metálico, 16. 408, 73 pesetas.

Actualmente —Octubre, 1906— asisten á estas escuelas 963 alumnos, de uno y otro sexo, que pertenecen á las Naciones siguientes:

Española, 788; inglesa, 25; francesa, 16; portuguesa, 15; italiana, 7; austriaca, 4; alemana, 1; hebreos y hebreas, 107.

A estos niños y niñas, en estas escuelas, se enseña:

Lectura y caligrafía; Religión y Moral; Aritmética; Geografía astronómica, física y política; Historia sagrada; Historia

profana; Industria y Comercio; Higiene y Economía doméstica; Música vocal é instrumental; dibujo lineal y de adorno; Urbanidad, y los idiomas español —el usual en las escuelas—, inglés, francés y árabe.

Además, en la escuela de las niñas se enseña á estas desde remendar unos calcetines hasta los bordados y encajes más primorosos.

Del aprovechamiento de las discípulas se pudo juzgar por sus labores, verdaderamente delicadas, que presentaron en los últimos exámenes. Así como del de los niños se puede formar idea, ventajosa por cierto, por el hecho patente á todos, de que apenas dejan la escuela se emplean en las principales casas de comercio y en las bancas, donde principian por tenedores de libros y acaban por ser socios de esos establecimientos, ó bien, andando el tiempo, se establecen por su cuenta.

Durante lo que va de año —de Enero á Octubre, 1903— se han repartido en la Cocina Económica, 16. 758 raciones á otros tantos necesitados,

Durante el período indicado se han dado limosnas en metálico de la Caja de Urgencia 144 pesetas.

Durante el ídem se ha repartido entre varios pobres españoles en su mayoría, 3. 938, 80 pesetas de la Caja de la Misión.

El director administrativo del Hospital español de Tanager es un misionero, el cual desempeña sus funciones *gratis*.

Ya se ha indicado que la enseñanza es gratuita en todos los colegios y escuelas y que no se perciben derechos parroquiales por ningún concepto. Aunque el objeto principal de los colegios de la Misión se encamina á instruir al numeroso elemento español, á nadie se excluye de ingresar en los mismos, sea cual fuere su religión ó nacionalidad, si bien no es posible admitir en algunas poblaciones á todos los aspirantes por insuficiencia del local. Se pone un interés especial en que asistan los musulmanes á nuestras escuelas, á fin de difundir entre ellos el conocimiento de nuestro idioma, por lo menos; más como se tropiece siempre con la resistencia que, sobre todo en algunas localidades, oponen las autoridades del país, es muy escaso el número de los que concurren.

En los colegios superiores de Tánger y en algunas escuelas de la costa occidental se celebran anualmente exámenes públicos bajo la presidencia de las autoridades españolas.

En la Misión de Tánger existe una librería popular, y hay además talleres de carpintería, encuadernación, fotografía é imprenta, dirigidos por los misioneros. En la imprenta hispano-arábica de la Misión se han impreso, entre otras muchas obras de diversa índole escritas por los religiosos de la Misión, los libros siguientes:

Tres ediciones españolas —segunda, tercera y cuarta— de la obra «Rudimentos del árabe vulgar que se habla en el Imperio de Marruecos», por el M. R. P. Fr. José Lerchundi.

«Rudiments of the arabic-vulgar of Marocco»; versión inglesa de la obra precedente.

«Vocabulario español-arábigo de Marruecos», por el mismo autor.

«Gramática de la lengua rifeña», por el reverendo P. Fr. Pedro H. Sarrionandia.

«Historia de Marruecos» —tercera edición—, por el M. R. P. Fr. Manuel P. Castellanos.

También se ha publicado una «Crestomatía arábigo-española» y parte de una «Gramática de árabe literal», y se ordenan actualmente otros trabajos para la prensa.

LA EMBAJADA ESPAÑOLA Y LA PRENSA (1)

Algunos periódicos de la Península se han hecho eco de una información según la cual el Ministro de España en Marruecos Señor Merry del Val, se ha negado á que en su viaje á la Corte Xerifiana le acompañen comerciantes españoles; y con ese motivo y el de ir formando parte de la embajada dos Frailes Franciscanos, enderezan contra el distinguido diplomático las censuras más acerbas.

En lo que se refiere al hecho de haber acompañado á la embajada española dos Frailes Franciscanos, á nadie que con sinceridad aprecie el caso, puede llamar la atención. Nos explicaremos.

La Orden Franciscana se halla establecida en Marruecos desde su fundación, es decir desde el siglo XIII. Sin interrupción han venido estos dignos sacerdotes prestando servicios imponderables á su patria y á la humanidad. En tiempos ya pasados afortunadamente, en que las piraterías de los marroquíes eran el terror de los pacíficos navegantes y mercaderes que se aventuraban por estas costas, y en que los Sultanes de Marruecos se hacían pagar vergonzosos tributos de las más altivas y poderosas naciones europeas, estos humildes frailes viajaban con toda tranquilidad, sin ser molestados, por todo el país, y no solamente asistían y consolaban en sus angustiosas tribulaciones á tanto mísero cautivo como yacía en las infectas mazmorras de Marraquex, Fez, Mequinez, Tetuán, Salé y otras ciudades, sino que eran los negociadores insubstituíbles de la liberación ó el canje de aquellos desgraciados, entre sus respectivos gobiernos, ya que los había de todas nacionalidades, y los codiciosos Sultanes.

(1) Este artículo está tomado de la *Revista de Marruecos* de Tánger.

Esta abnegación ininterrumpida, este altruismo verdaderamente evangélico, causó siempre la admiración y el respeto de los monarcas marroquíes y de sus fanáticos subditos. Siempre tuvieron éstos grandes consideraciones y respetos para con los frailes. Aquellos premiaron la ejemplar conducta de los Franciscanos con privilegios y mercedes, que todos sus sucesores les han renovado y refrendado. Véanse por los que los ignoren, los tratados que España á celebrado con Marruecos, que no hacían más que dar carácter oficial á las prácticas consuetudinarias, y principalmente al artículo 12 del firmado en Mequinez el 1.º de Marzo de 1790 y el artículo 10 del tratado de Uadrás del 26 de Abril de 1860.

Es práctica constante que todo Sultán al montar en el trono xerifiano refrende con un firmán estos privilegios y estas mercedes, aunque ellos impliquen derechos suficientemente garantizados por esos documentos diplomáticos. Es así mismo tradicional que un sacerdote acompañe á las embajadas españolas, y ninguna puede citarse que haya prescindido de esta práctica, ni aún la embajada de carácter esencialmente militar que presidía en 1895 el ilustre General Martínez Campos.

En cuanto al patriotismo de estos modestos sacerdotes, nadie de buena fe, puede ponerlo en duda. Baste, para no fatigar al lector con larga enumeración de hechos meritorios, citar un sólo caso. En cierta ocasión no muy lejana relativamente, —no queremos precisarla,— dejaron de percibir los frailes la modesta asignación que tienen fijada y que el Tesoro español les abona con fondos de la Obra Pía de Jerusalén. Estos frailes, ¿por qué no decirlo si es en honor de ellos? pasaron necesidades, privaciones, miserias, viviendo de la caridad de los fieles. Considerando oportuna la ocasión, quiso cierta potencia atraérselos ofreciéndoles espléndida retribución, templos, hospitales y colegios si se acogían á su pabellón. El ofrecimiento fué rechazado con dignidad. No queremos agregar ni una palabra más á este hecho de indestructible elocuencia.

En cuanto á la otra causa de censuras contra el Señor Merry del Val, existe, á nuestro juicio un error fundamental que la desvirtua. Es el suponer que viajando la Embajada por

cuenta del Tesoro español, tiene hasta cierto punto derecho á agregarse á ella qualquier contribuyente que lo solicite.

Y esto no es exacto. Cuando un representante diplomático acreditado cerca del Sultán, —á cualquier nacionalidad que pertenezca,— va en misión extraordinaria á la corte xerifiana, pone el Majzén á su disposición las tiendas, escolta, caballos de silla y acémilas necesarias para el viaje de ida y vuelta. Además, durante todo el trayecto y permanencia de la Embajada en la capital, los contribuyentes en el primer caso y el Gobierno central en el segundo, contribuyen con la *Muna* á la manutención de todo el personal que la forma, poniendo el Majzén á su disposición para que le sirva de alojamiento al llegar á la capital, el palacio de algún magnate.

¿Sería justo en tales condiciones, que el representante de España, ó cualquier otro embajador extranjero, recargara la contribución que pesa sobre el esquilmo campesino Marroquí ó el Tesoro de un gobierno extraño, por su propia voluntad y en beneficio de sus nacionales? ¿No les parece á esos periódicos, que tal derecho debe ser privativo del que satisface los cuantiosos gastos del viaje?

¿No creen esos mismos periódicos, que aquellos españoles que viajan para aumentar el caudal de sus conocimientos ó la esfera de acción de sus operaciones mercantiles, deben sufragar los gastos que tales viajes les ocasionen, exactamente igual que si á otros países dirigieran sus pasos, y como ocurre á los numerosos extranjeros que con esos mismos fines vemos por aquí todos los días?

¿O es que nuestros compatriotas, los descendientes de aquellos intrépidos aventureros que asombraron al mundo con sus expediciones y empresas, no pueden ya moverse sin apoyarse en las muletas de la subvención oficial?....

Triste cosa sería, si esta deducción sugerida por las censuras á que aludimos, reflejara una realidad.

BRAC.

DESPLANTES DEL SR. VILLANUEVA AL HABLAR DE LOS FRANCISCANOS DE MARRUECOS (1)

Frtales calumniados.

Con ocasión de acompañar dos religiosos Franciscanos á la Embajada española cerca del Sultán de Marruecos, se ha enardecido de tal manera el espíritu de los llamados anticlericales, que, como si se sintieran heridos en lo más vivo y enconado de su llaga, no pueden disimular su enojo y el enfado que eso les causa, y con ese odio inventado que les inspira la sola presencia del hábito religioso, no hacen más que preguntar con intencionada malicia: ¿á qué van esos frailes á Fez con nuestra embajada? ¿Qué significan allí y á quién representan? Esta insidiósa pregunta que empezó á circular por los órganos de una prensa enemiga del nombre de Dios, y que por lo mismo ni nombrarse merece, llegó por fin, como era de esperar, á resonar en el salón del Congreso revestida por alguien de formas que dicen por cierto muy mal en favor de la cultura de quien á ellas apeló. Ni es esto sólo. Como lo que se busca y persigue en esa obstinada campaña contra los frailes de Marruecos, tan beneméritos de la religión y de España, es sin duda, no la utilidad de la nación española sino otros fines muy distintos, se trata de pintar á esos frailes como una gran calamidad nacional para nuestra política en el Mogreb;

(1) Nota del Colector. Este artículo y el siguiente vieron la luz pública en las columnas del *Correo español*; nosotros los publicamos en esta Colección según el original que su mismo autor nos ha remitido, por lo que le estamos sumamente agradecidos.

y en la imposibilidad de poder demostrarlo y justificar esos cargos con verdaderas y sólidas razones—, porque no puede demostrarse así lo que es una clara y evidente falsedad—, se falta abiertamente á la verdad, se fingen hechos que no han existido, se inventan patrañas, y en una palabra, se acude á la infamia y se hecha mano de la siempre vil é indigna arma de la calumnia para desprestigiar á los que se odia. La calumnia es el único asidero que queda á los desesperados y perdidos, y el sólo hecho de haber apelado á esa arma ignoble contra los frailes de Marruecos, da motivo para creer que sus enemigos defienden una causa injusta, y perdida, y que esos religiosos son muy dignos de respeto y veneración ya que no tienen contra sí más razones que la sinrazón é injusticia de sus adversarios. Sí; calumnia, y no solamente calumnia, sino verdadera urdimbre de calumnias es el discurso del Sr. Villanueva al hablar en el Congreso de los frailes de Marruecos—. Claro está que no me voy hacer cargo ahora de todos y cada uno de los embustes de que está plagado ese discurso del Sr. Villanueva, que esto sería materia, no de uno sino de muchos artículos: lo que únicamente me propongo es desmentir y refutar algunos de los más salientes. Lo demás no dudo se encargarán de hacerlo plumas mejor cortadas—.

La donación de Casa-Riera.

Dice el Sr. Villanueva, hablando de la donación hecha por el Marqués de Casa-Riera, que ese dinero se emplea *en ayudar, en fomentar unas instituciones de Frailes en Tánger*, y que con esa donación *sólo se favorece á esas empresas de Frailes*. Pues, no señor; tranquilícese usted: no se ha *torcido* de esa manera la voluntad del ilustre donante; ese dinero se empleará, no en ayudar y fomentar instituciones ó empresas de Frailes, sino en ayudar y fomentar la enseñanza, en facilitar medios é instrucción y cultura al pueblo de Tánger, en levantar y abrir unas escuelas ó colegios que sean por su local, y principalmente por la aptitud de sus profesores y por las materias que allí se han de enseñar, una honra para el nombre español, una gloria para nuestra colonia y un motivo de grandísima utilidad

y provecho *para España, para la humanidad, y para la Religión.* Y haciendo esto, se cumple la voluntad del donante, aunque no se cumpla la de algún envidioso que, según parece, anda, no *torcido*, sino retorciéndose por el mal estómago que le hace el pensar que esas escuelas van á estar bajo la dirección de los Frailes que tan antipáticos le son.

Las empresas de los Frailes.

Sólo se favorece á esas empresas de Frailes, dice el Sr. Villanueva. Pero ¿que empresas son esas á que alude ó hace gala de aludir ese señor? ¿Hará el favor de decírnoslo? Que las nombre; porque cualquiera que crea lo que dice, se figurará que los Frailes de Marruecos forman parte de alguna Compañía explotadora de minas, que son miembros ó agentes de alguna Sociedad mercantil ó que se dedican al agiotaje y qué sé yo cuantas cosas más. No; si cualquiera de estas cosas, ó algo á ellas análogo, quisiera decir el Sr. Villanueva con esas palabras, diría una falsedad. Los Frailes no tienen en Marruecos más empresas que la muy alta, por cierto, de cumplir la misión que les impone su hábito de Religiosos y su nacionalidad de españoles.

El Hospital y las Escuelas.

También es falso que los musulmanes tengan reparo alguno entrar en el Hospital español; no sólo no tienen reparo, sino que en muchas ocasiones lo solicitan con grande interés, como sabemos mejor que el Sr. Villanueva los que lo estamos viendo aquí en Tánger. ¡Y, sin embargo, dice el Sr. Villanueva que es un sueño que entre uno sólo sin aquellas condiciones que el indica! Por lo que se refiere al Hospital español, hoy por hoy nada tiene que envidiar, ni en sus condiciones ni en sus servicios al Hospital francés. Y ¿qué diré del Sr. Villanueva cuando se atreve á afirmar que los terrenos en que se van á edificar las escuelas en Tánger *son de los Frailes, son terrenos comprados con dinero de la Obra-pía y que ahora se venderán al Estado para el establecimiento de esas Escuelas, y así se producirá un nuevo ingreso para aquél convento?* ¿Qué diré?

Pues que esas palabras son calumniosas y envuelven una injuria gravísima contra los hijos de San Francisco. Porque si los terrenos son de los Frailes y son comprados con dinero de la Obra-pía luego los Frailes se han apropiado una cosa que no es suya; y si ahora los venden al Estado produciendo así un nuevo ingreso para su convento, síguese, según los principios que sienta ese señor, que esos Frailes, además de usurpadores, son unos negociantes y unos negociantes de muy mala ley, que se están enriqueciendo á cuenta de lo que roban. Pero no, señor; los Frailes ni son negociantes de mala ley ni de ninguna manera, porque no vienen aquí á eso; y no podrá citarse un hecho verdadero contra ellos en este sentido. Esos terrenos, pues, en que se piensa construir las nuevas escuelas, no son de los Frailes, sino de la Obra-pía, y por eso mismo á los Frailes jamás se les ha ocurrido, ni pudo ocurrirseles, el venderlos, ni el soñar siquiera que fueran suyos. Decir otra cosa es calumniarlos.

Fuera de que sería suponer muy cándido al Estado el creer que comprase, según supone el Sr. Villanueva, como bienes de los Frailes lo que sabe perfectamente que pertenece á la Obra-pía. ¿Quién que entienda algo y esté en su sentido va á creer eso? ¡Y, sin embargo, el Sr. Villanueva se atreve á lanzar esa calumnia contra los Misioneros de Marruecos ante la faz de la Nación española! Y quien así falsea los hechos, ¿que nombre merece? Quien de esta manera se empeña en difamar y oscurecer la honra y buen nombre de los Religiosos de Marruecos, ¿que caso merece que se le haga cuando dice que á lo que se *dedican* esos Frailes es á adquirir terrenos, unos por compras, otros por donaciones? Ni un sólo terreno que se les haya regalado poseen en Tánger, y el único que en todo el Imperio tienen por donación de un sultán es el terreno en que está edificada la Casa-Misión de Casablanca, y esta donación, si algo prueba, es, no contra los Frailes, sino contra el propio Sr. Villanueva, que los Religiosos no son antipáticos ni repulsivos á los indígenas del país.

Pero ¿y qué compras hacen los Frailes? De todas las posesiones que cita el Sr. Villanueva en su discurso, no son

propiedad de la Misión más que tres solas —de las cuales, la de los Suanis, que él llama *grande*, no tiene más de 200 metros,— y las otras son ó de la Obra-pía ó de la Asociación de señoras. Y aún esas que cita el Sr. Villanueva aparecen multiplicadas por él, debido á la ingeniosa, y no sé si diga también maliciosa manera con que las enumera, citando unas mismas dos veces, y dando ocasión para embaucar á los que no sean muy linceos. Que los Frailes adquieran por compra aquello que necesitan, no es para ellos desdoro ninguno; que esto sea á lo que se *deñican*, es lo que no puede decirse sin faltar á la verdad y ofenderlos gravemente.

La enseñanza de los Frailes.

¿Qué caso merece ese señor que se le haga, cuando nos refiere como noticias que tiene —que si las tiene son falsas—, qué autoridad, digo, se le debe á su palabra cuando nos cuenta que la enseñanza que se da en la escuela de los Frailes de Tánger es *deficientísima, que no van á ella más que los que no la conocen, y aquellos que dependen de la Orden Franciscana y de las personas que le son afectas y que en total probablemente no llegarán á 40* los que asisten á ella? ¿Qué autoridad? Pues la que tiene el error contra la verdad. Porque ha de saber el Sr. Villanueva que la enseñanza que se da en esa escuela de Tánger, no sólo es tan perfecta como la que se da en España en las de su clase, sino que además de las asignaturas que en tales escuelas son ordinarias, se enseña también dibujo, música, árabe, francés é inglés; y los exámenes que anualmente sufren los alumnos, son públicos, á los que puede asistir quienquiera, y que de hecho presencia todos los años numeroso y escogido público con satisfacción plena de la brillante labor que ejercen los Franciscanos en el ministerio de la enseñanza: Por lo tanto, ni es deficiente la enseñanza, ni es posible que no se conozca en Tánger por los que á ella asisten lo que es esa escuela, cuando es público en todo Tánger y por consiguiente á los padres de todos los alumnos lo que allí se enseña y van á aprender sus hijos. ¿Lo entiende el Sr. Villanueva? ¿Comprende ahora el manifiesto contrasentido de las imposturas

que propala contra los Frailes de Marruecos?

Pero y ¿cuántos son esos alumnos de la escuela que dirigen los Frailes? *Probablemente* —dice el Sr. Villanueva— *no llegarán á 40*. Caramba con las próbabilidades que usa el Sr. Villanueva! Hasta ahora pensaba yo que no podía haber *probabilidad* —fijarse bien, que no digo sueño ó ignorancia, que de eso hay mucho—; hasta ahora, digo, pensaba yo que no podía haber probabilidad contra un hecho cierto, claro y patente á todo el que, no siendo ciego, abra los ojos y lo mire, pero héteme aquí que contra un hecho de esta naturaleza aparece el Sr. Villanueva enseñando con su práctica una doctrina enteramente nueva, porque no *probable*, sino *claro, manifiesto y patente* es para todo el que tenga ojos para ver y quiera observarlo que no son 40, sino 280 los alumnos que tienen los Franciscanos en su escuela de Tánger, y eso, obsérvese bien, sin contar las niñas que instruyen las Monjas, ni los otros niños y niñas de las demás escuelas que sostiene la Misión en el mismo Tánger.

Y esto, como digo, está á la vista de todos; no hay más que estar en Tánger y observarlo. ¿Sabía esto el Sr. Villanueva? Si no lo sabía, no tenía derecho para hablar de lo que ignoraba, y mucho menos ofendiendo públicamente á instituciones tan respetables como son las Comunidades religiosas.

El Obispado de Marruecos.

Lo que pasa es que, como el Sr. Villanueva habla y cuenta y afirma con tono tan autoritativo hechos que sólo son *verdaderas falsedades*, allí donde hay pocas personas que cuenten con los datos necesarios para rebatir sus *gratuitas afirmaciones y descomunales imposturas*, está más desembarazado para despotricar á sus anchas sin respetar ni los fueros de la verdad ni el derecho de la honra ajena.

Y para concluir, el Sr. Villanueva protesta que no espera tener que arrepentirse de haber dicho jamás una palabra ofensiva contra la Religión; pero que diga él lo que diga, quien ofende é infama á los ministros de la Religión, ofende á la misma Religión, y el Sr. Villanueva, al decir de los Frailes de Marruecos las cosas que hemos visto que dice, y al considerar

como *una verdadera tiranía exclusivamente contra los españoles* á lo que él llama Obispado en Marruecos, ofende é infama á esos ministros, y, por consiguiente, á la Religión que éstos representan y la cual los considera como dignos de su ministerio.

Y el que uno se considere sin motivos para arrepentirse, no siempre demuestra que no los tenga y que no los deba tener; que por algo dicen los sabios que hay una conciencia culpablemente errónea, que es la de aquellos que, pudiendo y debiendo conocer que obran mal, no lo conocen; y ésta, dicen, no excusa del pecado. No hace muchos meses que en la misma España un doctor y tristemente célebre republicano moría fuera de la Iglesia católica, y moría protestando que estaba tranquilo y que nada le remordía su conciencia. ¿Estaba por esto justificado....?

GUSAUTO FELJÓO.

Martes 6 de Abril de 1909.

LOS FRANCISCANOS EN MARRUECOS SU PATRIOTISMO

**Frailes que prefieren ser españoles pobres antes
que vivir ricos bajo un pabellón que
no sea el de su patria.**

Grande ha sido la indignación que produjeron en Tánger las calumniosas inculpaciones lanzadas contra los Franciscanos de Marruecos por algunos señores diputados del parlamento español; pero esa indignación, tan justa y natural como injustos son los cargos é inmerecidas censuras que la han provocado, á nadie que conozca á nuestros bondadosos y calumniados misioneros puede extrañarle, porque lógico es que los sentimientos, no ya de religión y caridad, pero aún de una honra puramente natural, se sientan heridos al ver como se pretende mancillar con las feas notas de antipatriotas y tiranos de la colonia española en Marruecos á esos abnegados misioneros que son, en cuanto cabe y su profesión lo permite, los obligados protectores de todo español que necesita su apoyo é influencia en el imperio, y que, no precisamente con palabras huecas que el viento lleva, sino con la fuerza de los hechos que están aquí á la vista de todo observador imparcial, patentizan constantemente su benevolencia para con los españoles y el acendrado patriotismo que los anima. De cualquier modo que se los mire y considere, esos misioneros aparecen siempre, no sólo como ejemplares religiosos Franciscanos sino también como entusiastas amantes y decididos mantenedores de las glorias y prerrogativas de España en el imperio mogrebino. Importuno sería querer citar aquí todos los actos de honrado patriotismo, recordar todas las gestiones que en diferentes oca-

siones llevaron á cabo y mencionar uno por uno los servicios que han prestado y siguen todavía prestando á España estos beneméritos religiosos para elevar y mantener á la mayor altura posible el nombre y prestigio de su nación gloriosa y hacer más eficaz la influencia benéfica y pacificadora de esta en el imperio de Marruecos. A quien lo ignorase, bastaría haber escuchado la solemne y pública declaración hecha por el propio señor Moret, —testigo por cierto nada sospechoso, para los anticlericales— ante el parlamento español con ocasión de las últimas interpelaciones suscitadas allí acerca de la política del Gobierno en Marruecos; declaración en la que el jefe de los liberales paladinamente manifiesta estar satisfecho de las gestiones y servicios prestados á la patria por los frailes de Marruecos. Ahí está también el hecho histórico publicado primero por la revista española de Tánger "*Marruecos*," por otros diarios después, y recogido con feliz oportunidad en su elocuente discurso por el Sr Senante —Sesión del Congreso, 29 de Marzo— por el cual consta que en una ocasión en que esos religiosos dejaron de percibir la relativamente pequeña asignación con que el estado español les retribuye, rechazaron con noble actitud y generoso desinterés el ofrecimiento de la protección y necesarios recursos que les negaba su patria y con que les brindaba otra potencia con tal que se pusieran bajo su pabellón, prefiriendo en consecuencia ser españoles pobres y estar sujetos á toda clase de privaciones antes que vivir cómodamente y con holgura bajo una bandera que no fuera la de su adorada España. A ellos se debe asimismo en gran parte, como hizo notar también el Sr Senante, el que no sean franceses, según estos lo han intentado conseguir varias veces, sino españoles los religiosos que tienen en Marruecos la jurisdicción eclesiástica, lo cual constituye para España un triunfo que pone en sus comarcas el medio más eficaz de la penetración pacífica y el resorte más poderoso de la verdadera civilización en el Mogreb.

La Misión Católica Asilo de españoles pobres.

En verdad que no se comprende como ha habido quien se

atrevera á tachar de antipatrióticos á los religiosos y calificar de tiranía para la colonia española el Vicariato Apostólico de Marruecos, cuando se observa que la vida de estos misioneros está consagrada toda ella casi exclusivamente, á ejercitarse en actos de caridad para con todos los cristianos, á promover obras de beneficencia y á socorrer y consolar en sus necesidades é infortunios á tantos pobres y desvalidos españoles como viven en Marruecos y que al fraile acuden antes que á nadie en busca de remedio para sus desgracias, porque saben que en él encuentran siempre un compatriota y hermano bondadoso dispuesto á servirle y ayudarle en todo cuanto pueda, á un amigo fiel y desinteresado que los recibe siempre con amor y cariño, y los escucha con amabilidad indecible para enterarse de sus miserias y luego remediarlas, para dulcificar sus penas y trabajos, una vez que los conozca, y mitigar sus dolores derramando sobre los corazones lacerados por la desgracia y la miseria el bálsamo suavísimo de esa caridad generosa que atesoran en su alma y cuyos dones saben repartir; aun sacrificando sus propias comodidades, nuestros ilustres misioneros, entre los muchos españoles á quienes sin excepción, tratan de favorecer y dar apoyo decidido en todas las ocasiones que les es permitido. Por esta razón la Misión Católica es, en todos los puntos de Marruecos en que se halla establecida, el lugar de asilo para toda clase de españoles necesitados, que ven en la caridad y el patriotismo de los misioneros la defensa más segura y eficaz contra sus miserias: á ella acuden el padre de familia que no tiene un pedazo de pan que llevar á la boca de sus hijos, el niño huérfano ó abandonado que no encuentra quien lo recoja, el pobre que no halla donde albergarse ó no tiene con que cubrir decentemente su desnudez, el hambriento que necesita una limosna ó un bono para la cocina económica establecida en Tánger, dicho sea de paso, por los Franciscanos y dirigida por las religiosas de la misma orden; allí van también á buscar recomendación y apoyo muchos que necesitan un empleo y no lo encuentran; y esos religiosos, que si buscan en primer lugar el reino de Dios y su justicia en sí y en los demás, no descuidan en nada atender á las necesidades

temporales de sus hermanos, aunque no puedan remediarlas todas por completo, que á tanto no llegan sus recursos materiales, remedian muchísimas, y á todos consuelan y animan, pudiendo asegurarse que nadie se acerca á ellos sin sentirse aliviado en sus males y desgracias y sin quedar con deseos de volver á tratarlos; y sin embargo á estos misioneros es á quiénes alguien ha querido pintar como tiranos de la colonia española! ¡Qué manera de calumniarlos!

Los Frailes y la bandera Española en Tánger.

¡Y á estos españoles hay quien trata de presentarlos como antipatrióticos, cuando precisamente por ser amantes de su nación tienen que sufrir á veces las censuras é invectivas más acres é injustas de parte de otras colonias! Aun no hace un año que con ocasión de unas fiestas cívicas celebradas en Tánger y que redundaban en mucha gloria para España, y en las que tomaron parte cristianos, judíos y moros, escribía entre otras cosas un periódico francés que en esta población se publica: *esos religiosos son demasiado españoles* ¿Y quiere saberse porque hablaba así, aludiendo á nuestros misioneros, ese periódico francés? Pues porque veía que el alma de las mencionadas fiestas en que, como cívicas, participaban los mismos indígenas del país, era la Misión Católico-Española, y consideraba, sin duda, que esas simpatías que atraían á sí los misioneros españoles, se le restaban á Francia para sumarse á España; porque miraba á la fachada de la Misión y á los arcos triunfales que esta había levantado en la calle principal de Tánger y tropezaba su vista con la bandera, las armas, los trofeos y las insignias gloriosas de España; porque, debido á esa misma Misión Católico-Española, la banda infantil, única que hay en todo el Imperio, dirigida por uno de los religiosos, recorría, como lo hace en otras fiestas también, las principales calles de esta población al son de los acordes de la marcha real española y llevando al frente la gloriosa bandera de nuestra nación; y ésto, que en el errado juicio de quien se la dirigía, era un motivo de censura, constituía para todo buen español un acto digno de aprobación y loa y una razón más de elogio para los

misioneros por las evidentes manifestaciones de patriotismo que hacían resaltar en todos sus actos sin ofender al mismo tiempo los justos sentimientos patrióticos de ninguna otra colonia ¿No es esto amar á España? ¿A quienes obran así puede tachárseles de falta de patriotismo? ¿Hay en todo lo que hasta aquí va dicho algo que huelga siquiera á tiranía contra la colonia Española?

Una cédula que preocupa al Sr. Villanueva.

Como ejemplo y prueba única de esta soñada tiranía, refería uno de esos calumniadores de los frailes que aquí en Tánger *se priva del trabajo, de la protección y de la ayuda si no se cumplen deberes religiosos y si no se vive apegado al convento. Ya en muchas ocasiones, añadía, no se puede encontrar trabajo en obras que están costeadas ó dirigidas por personas que no quiero nombrar.... si no se presenta la cédula de comunión, si no se cumplen ostentosamente los deberes religiosos.* ¡Qué quimeras! ¡que modo de inventar! Desde luego que no sería ningun acto de presión injusta ni tiránica para nadie el que un cristiano no quisiera admitir al trabajo en su casa ó en sus obras á otros cristianos que no cumplieran como deben, sus deberes religiosos; pues obrando así ese cristiano no haría más que imponerles una condición muy honesta y santa que aquellos podían aceptar ó no, sin que este proceder fuera en él otra cosa que el uso ó ejercicio de un derecho perfectísimo que tiene todo propietario para disponer de lo suyo sin faltar á los derechos de otros y para admitir en su casa y para emplear en sus obras á aquellas personas que mejor le parezca y que con más garantías de honradez y moralidad considere. Y claro está que no siendo todos los ciudadanos de unas mismas condiciones morales, en igualdad de circunstancias por otra parte, es muy justo que sean preferidos los buenos á los que no lo son, y por consiguiente, que un buen cristiano favorezca y dé preferencia antes que á otros, á aquellos de quienes le conste que cumplen sus deberes religiosos.

Esto no puede ser tachado en manera alguna de presión ni de tiranía.

Pero es de advertir que discurro ahora en la suposición de que fuera exacto lo que dice el Sr. Villanueva en las palabras arriba citadas de su discurso. Y digo *en la suposición*, porque es una evidente falsedad el decir que en Tánger se priva del trabajo, de la protección y de la ayuda á los cristianos que no cumplen los deberes de la religión y que no viven apegados al convento: el afirmar esas cosas podrá ser quizá en la mente de algún orador un recurso oratorio muy cómodo para conseguir fines que no quiero calificar y para recargar el cuadro de hechos puramente quiméricos y relaciones ofensivas y calumniosas contra los frailes de Marruecos, pero tiene el inconveniente de no ser más que una pura ficción que, como tal, nada prueba, si no es la extremada ligereza, la falta de razón ó la mala voluntad de quien á ella acude contra los frailes. Falso es también que haya en Tánger *ni una sola obra* en la que se exija á los operarios la cédula de comunión para ser admitidos al trabajo. Los mismos frailes son los que con más razón se podrían considerar para hacerlo, nunca han exigido semejante requisito á los trabajadores en las obras de la Misión. ¡Cédula de comunión! Pero si en Tánger á nadie se da ni se dió nunca esa cédula! porque no es ese el método que siguen aquí los misioneros para saber quien cumple ó no cumple con la Iglesia. ¿De dónde ha sacado entonces el Sr. Villanueva esa afirmación que él ha hecho en el Congreso? ¿No es esto soñar? En verdad que se necesita mucha desfachatez para decir con tanta frescura semejantes falsedades. ¿Y estas son las poderosas razones con que se pretende demostrar el antipatriotismo y la tiranía de los frailes de Marruecos? Pues aviados están los adversarios de los frailes en esta causa, si no es que traten de persuadir con sus sinrazores al número de los infinitos! Y ya que de patriotismo se trata, además de los ya aducidos, ahí van algunos ejemplos más en favor del de los frailes para que la gente sensata los juzgue y comente con imparcialidad.

El ascendiente de los Frailes en Marruecos.

No hace mucho que dos pobres españoles que impruden-

temente se habían internado en el Anghera, fueron allí apresados por los moros y quedaron esclavos y sujetos á estos, viéndose reducidos á un estado tan triste y lastimoso como es fácil comprender á quien conozca el salvajismo y brutal fiereza de los moros del interior. En tan apresurada situación los dos infelices pudieron hacer llegar á conocimiento de los padres misioneros su desgraciada suerte pidiéndoles protección y suplicándoles que agenciasen con su influencia sobre los moros para que estos les dieran libertad. Los padres misioneros apenas se enteraron del caso, sin saber de los infortunados otra cosa que el que eran españoles, enviaron inmediatamente al criado moro que tenían en casa con encargo de pedir en nombre de los frailes la libertad de aquellos dos españoles; y los moros al saber que era *frailia* —así llaman ellos á los frailes— quien se interesaba por aquellos cautivos, les dieron libertad exigiendo sin embargo una pequeña cantidad pecuniaria que los religiosos no dudaron en entregar por obtener el rescate de aquellos españoles.

Todavía se recuerda en Safí que á la muerte de un español, en aquella población muy conocido por el cargo público que desempeñaba, habiendo quedado reducida á la miseria más grande y digna de compasión su numerosa familia, con objeto de socorrerla y aliviarla en su desgracia, el presidente de la Misión, en unión con dos comerciantes, acudió con laudable y decidido empeño á la caridad pública para buscar y proporcionar recursos á aquella familia española consiguiendo entregarle la cantidad de 700 duros recogidos entre cristianos, judíos y moros. De estos y análogos hechos pueden citarse muchísimos.

Para evidenciar las simpatías y el ascendiente que tienen los frailes sobre los moros basta recordar á la ligera, entre otras cosas, que algunas veces, como sucedió no ha muchos años en Mazagán, el presidente de la Misión consiguió del Gobernador moro que el soko —como si dijéramos en español el mercado— del domingo se trasladará á otro día de la semana en favor de los cristianos que así lo deseaban; que mientras muchos europeos para viajar por el interior de Marruecos

tenían antes que pedir á los gobernadores un soldado, por lo menos, que los acompañase para su seguridad personal, los frailes nunca han necesitado tomar esa precaución para esos mismos viajes, porque siempre fueron y todavía siguen siendo bien mirados por los indígenas del país, quienes no sólo los respetan y miran con veneración, sino que hasta los agasajan y reciben con toda clase de obsequios y atenciones en sus aduares; y aún los mismos forajidos y salteadores de caminos les tienen consideraciones que no usan con otros, como sucedió en un caso en que viajando por tierra de Casablanca á Rabát en compañía de varios judíos el M. R. P. Ribes, fueron sorprendidos todos, por unos bandoleros moros que por cierto, cometieron muchas tropelías y maltrataron con vejámenes de palabra y obra á los judíos, llegando hasta dejarlos desnudos, y en cambio no se atrevieron á decir el menor insulto ni á tocar siquiera el pelo al bondadoso misionero que dejaron seguir su viaje sin molestarle en lo más mínimo.

Dígase ahora ¿después de todo lo que queda dicho y mucho más que pudiera aducirse en defensa de la Misión Católica? podrá afirmarse con razón que los Franciscanos de Marruecos son antipatriotas y tiranos de la colonia española y que no cuentan con simpatías é influencia benéfica entre los moros? Quien esto se atreva á decir, preciso es ó que hable de lo que ignora ó que proceda con demasiada mala fé. De la influencia que tienen aquí los religiosos bien persuadidos están los mismos moros cuando solicitan de la Misión que esta se interponga como medianera ante los gobernadores para que les obtenga de ellos la libertad de los presos y encarcelados que de hecho les obtiene muchas veces.

GUSAUTO FELJÓO.

Martes 4 de Mayo de 1909.

LOS FRANCISCANOS EN MARRUECOS (1)

Con verdadero asombro y hondo sentimiento leemos en el *Heraldo de Madrid* un artículo que habla muy poco en favor de los RR. PP. Franciscanos de Marruecos; y conociendo nosotros la penosa labor, digna por todos conceptos de elogio, que estos santos religiosos han emprendido desde que en dicho Imperio se hallan, fuéramos indignos de ser católicos si no hablásemos —sin apasionamiento de ningún género— algo de ella, más que para rebatir á los que van en contra de los Franciscanos, para dar tranquilidad á nuestro espíritu de justicia y verdad.

Se ha dicho, entre otras cosas, en las cuales no queremos parar mientes, que los Franciscanos nada ó poco hacen en Marruecos.

No podemos admitir, puesto que en Marruecos nacimos y hemos vivido hasta hace poco, y con nosotros convendrán cuantos tengan pleno conocimiento de causa, que los Franciscanos nada hayan hecho; muy al contrario: han hecho más de lo que la medida de sus fuerzas les permitiera; porque si así no fuera, hoy no hubiera en Tánger y en todos los puntos de la costa marroquí colegios para niños y niñas, concurridos no sólo por españoles, sino por judíos y moros; y que relativamente nada tienen que envidiar á los demás colegios de España y aún del extranjero. Enseñanza superior y elemental, solfeo y música instrumental, se aprende el inglés, el francés y el árabe, cuyas cátedras están á cargo de reputados y distinguidos profesores extranjeros.

(1) Tomado de la *Unidad Católica* de Sevilla, 5 de Abril de 1909.

Si hay en Tánger una barriada de casas y una cocina económica en las que encuentran asilo y alimento los menesterosos; si hay un hospital español, con todos los adelantos, y una imprenta árabe-española, con el fin de llevar á conocimiento de los españoles el idioma árabe para fines patrióticos, es todo ello gracias á los RR. PP. Franciscanos. Siendo de entre ellos, el iniciador de todo esto el R. P. Lerchundi —q. e. p. d.—, dechado de virtudes.

Su muerte no sólo fué sentida y llorada de los católicos, sino también de los judíos, y aún de los mismos moros á pesar del odio que sienten por los cristianos, y todos los años, hasta lo presente, en el día de los difuntos, profanan nuestro cementerio multitud de judíos y moros, de diferente sexo, y, sin embargo, encienden velas sobre la tumba del santo varón. ¡Qué no habrá hecho el P. Lerchundi por ellos y por todos!

El continuador de tan magna obra es el R. P. Cervera, que, animado de los mismos sentimientos que su venerable antecesor, inmortalizará también su nombre, por su incesante actividad y celo en llevar á su más alto esplendor la cultura y el mejoramiento de los españoles en Marruecos.

Esta es, en muy breves palabras y á vuela pluma, someramente dicha, la meritoria labor de los RR. PP. Franciscanos realizada en Marruecos sin ningún linaje de interesados propósitos, sino es la Gloria de Dios y el bien de los hombres.

PEDRO Y MAXIMILIANO RAIDÁ
(De Mogador)

AZZATI Y COMPAÑÍA.

(UN INCIDENTE PARLAMENTARIO) (1)

Al diputado radical por Valencia señor Azzati le molestó sobremanera que dos religiosos Franciscanos acompañen á la embajada española que ha ido á saludar al sultán Muley Hafid. Dondequiera que aparece un fraile, allí le persigue la intolerancia de los sectarios, no lo pueden remediar.

Pues bien: las molestias íntimas del Sr. Azzati se tradujeron inmediatamente en una pregunta al Gobierno que formuló el diputado radical en la sesión de ayer: «¿Qué significan esos frailes que acompañan á la Misión militar de España cerca del emperador de Marruecos?»

El Sr. Azzati empezaba por ignorar; al hacer su pregunta, que la Misión á que aludía no era militar, sino diplomática, é ignoraba también que, no ahora por excepción, sino desde hace muchos años, pero muchos, no hay Embajada española en Marruecos á la que dejen de asistir los beneméritos religiosos.

Pero un diputado radical no necesita enterarse de nada para poner de manifiesto su odio profundo á las Congregaciones religiosas. El señor presidente del Consejo de ministros hizo lo posible por sacar de su error y de su ignorancia al diputado radical, y este, en su réplica, no teniendo razones con qué apoyar su situación ridícula, echó por aquella boca anticlerical, contra los frailes, todo cuanto sabía de ellos, aprendiendo en *El Motín*, sin duda, á juzgar por el lenguaje, más propio de ese papel que de la Cámara de los diputados. «Los frai-

(1) Tomado del *Universo*, 14 de Marzo de 1909.

les son —dijo el señor Azzati— representantes de la España vieja, sucia y piojosa». La protesta fué general y ruidosísima, como era menester, para rechazar palabras semejantes. El presidente del Congreso llamó al orden al diputado, y el presidente del Consejo de ministros, haciendo nuevamente uso de la palabra, dejó «á cuenta del señor Azzati y de sus correligionarios del Mogreb» cuanto había dicho de los frailes el diputado radical.

Efectivamente, sólo al señor Azzati y Compañía se les ocurren tales injurias.

Todas las naciones favorecen y alientan la acción de sus misioneros, prestándoles el apoyo moral y material que necesitan, porque saben muy bien que ese amparo y ese estímulo redundan en bien de la nación que los otorga. España, muy especialmente, es deudora á los religiosos Franciscanos de los mayores respetos y de la consideración más grande.

Desde el siglo XIII hasta hoy, los misioneros Franciscanos de Africa, perseguidos muchas veces, tolerados otras, respetados y queridos al fin por sus excelentes virtudes, no han desmayado en su empresa de iluminar con los esplendores de la civilización cristiana la tierra que esteriliza el fatalismo musulmán.

Continuamente destruída la Misión y renaciendo de las cenizas de sus mártires, llegó al cabo á arraigar y aun á ser mirada con simpatía y á obtener la confianza y el favor de los sultanes, como lo demuestran los privilegios que en diferentes ocasiones otorgaron á nuestros religiosos. En paz como en guerra, ellos han prestado á España insignes servicios.

Allí donde la diplomacia oficial no hubiese llegado nunca, llegó el humilde fraile de San Francisco con su hábito pobre y su pie descalzo; y celoso hasta del bien material de su Patria, sirvió muchas veces de embajador á los Gobiernos españoles.

En la gloriosa guerra de Africa, ni un momento dejaron de acompañar á nuestras tropas, asistiendo espiritual y materialmente á los heridos y á los coléricos.

Por los religiosos Franciscanos, el nombre de España permanece unido á obras benéficas, de cultura y sociales en

Tetuán, Tánger, Mogador, Larache, Casablanca, Mazagán, Rabát y Safí. Las únicas escuelas españolas, los únicos Hospicios y Hospitales nuestros en el Mogreb se deben á los Franciscanos; en fin, todo cuanto representa allí la llamada penetración pacífica, todo ello, casi de un modo exclusivo, lo debe España á sus misioneros.

¿No fué el padre Lerchundi, aquel religioso ejemplar y español amantísimo de su Patria, hombre sagaz y previsor como pocos, el que supo mantener el privilegio religioso de España en Africa, en muchas ocasiones, como por ejemplo, cuando se opuso con fortuna á que los franceses realizasen sus propósitos de someter á la diócesis de Oran la jurisdicción religiosa de Marruecos?

¿No fué ahora todavía cuando el padre Cervera mantuvo el mismo privilegio frente á Francia? Desde el comienzo de las operaciones militares en el Oeste marroquí, cinco Franciscanos franceses habían sido oficialmente acreditados cerca del Ejército expedicionario. Tres marchaban con las columnas; dos permanecían en los Hospitales de campaña en Casablanca.

Pues bien, por reclamación de los Franciscanos españoles, los dos religiosos franceses hubieron de retirarse de la ciudad yendo á prestar sus servicios á Uxda. Entonces la prensa de la República vecina, aún los mismos diarios anticlericales que, ante el interés de la nación, saben poner freno á sus odios sectarios, protestó del hecho, recelándose de la influencia española mediante sus misioneros.

¿Y habrá español que los injurie?

¿Habrà español que desconozca sus servicios, ó deje de reconocerlos con profunda gratitud?

No: eso sólo cabe en un español de ayer todavía, como el diputado señor Azzati.

El Sabado de gloria en Tetuan de Marruecos.

Sr. Director de EL CORREO ESPAÑOL.

Muy señor mío: Los abajos firmados, enterados por referencias de lo que acaba de publicar el *Heraldo*, *El Liberal*, *El País* y alguno que otro diario por el estilo poco afecto al catolicismo, sobre lo ocurrido en esta el último Sábado de Gloria; como cristianos, como españoles y sobre todo como católicos, no podemos menos de levantar la voz contra los infundios propalados por esos diarios, encaminados más ó menos directamente á zaherir nuestra santa Religión y á presentar á los cristianos de Tetuán como gente inculta y salvaje. Relataremos los hechos, y luego que juzguen los imparciales.

Por costumbre inmemorial aquí, y lo mismo en Tánger y en algunos otros puntos de la costa, suele aparecer el Sábado de Gloria uno ó más Judas colgados de algún árbol, azotea ó muralla vieja, sin que se sepa quien los colgó. Y al entonarse la *Aleluia* en la iglesia lo cual se indica con salvas y repique de campanas, allá corren en tropel los muchachos, tanto cristianos como moros, á descolgar el Judas, á arrastrarlo por las calles y á quemarlo con tiros de pólvora sola. Los hebreos; acostumbrados á esto, lo miran con indiferencia, ó, por lo menos, no hace la generalidad demostración de ofenderse, tal vez porque saben por experiencia que siempre que sobre ello se presentaron en queja, esta fué contraproducente, ó por lo menos sin efecto, pues si un cónsul lo prohíbe á sus súbditos, otro no lo prohíbe, y si los cristianos no lo hicieran, lo harían los mismos moros, que miran este día como una gran fiesta y se unen gustosos á los cristianos para castigar al autor de la venta de *Sidna aisa*, como ellos llaman á Jesucristo. Los moros son generalmente los que arrastran al Judas por las calles de la ciudad. Ni cristianos ni moros intentan ofender con esto personalmente á ningún judío, sino reprimir y castigar la traición del que con beso de paz entregó á Jesucristo al furor de la sinagoga. Tampoco en esta fiesta callejera toma parte persona

alguna formal, sino los muchachos, ni mucho menos nuestros Misioneros, como alguno calumniosamente dijo; ahí están los hebreos, que lo testifiquen.

Pues bien; lo ocurrido en este último Sábado de Gloria fué como sigue: Desde muy temprano apareció un Judas, como en otros años, colgado de la azotea de un moro de ésta llamado Levadi, el cual Judas tenía en la mano una torta pascual y un libro. Ningún hebreo hubiese hecho el menor caso; pero un cristianito transeunte, que deseaba sacarles los cuartos para pagar las muchas trampas que en todas partes deja, á pesar de ser corresponsal de los diarios liberales de esa Corte de más circulación, queriendo congraciarse con ellos, se declaró desde luego el redentor del ahoreado Judas, y muy fanfarrón se puso de guardia para que no le ofendiesen. Bien pronto tuvo que dejar el sitio, pues comprendió que era tarea arriesgada. De allí fue á importunar, dándosele de celoso y de hombre culto, á las autoridades, al bajá, y hasta logró que una Comisión de hebreos se presentara al señor ex ministro Villanueva para evitarlo del Judas. Lo mismo las autoridades que el Sr. Villanueva adoptaron medidas, pero todas infructuosas, como sucede siempre. Resultado final: el Judas se descolgó á la hora de costumbre, fué arrastrado por las calles, como los demás años, y quemado á fogonazos en la gran plaza de España. Y no hubo un Judas sólo, sino varios, pues también una mora negra apareció con otro á cuestas, seguida de centenares de moros, tirándolo en tierra cuando le parecía bien, para que lo castigasen, y volviendo luego á cargar con él, recorriendo así las calles hasta dejar los despojos á la puerta de la Judería. En esto, repetimos, no toma parte persona alguna formal.

Todos miramos esto como fiesta de muchachos, así como fiesta de muchachos miramos también lo que hacen muchos niños hebreos en la Pascua del Purín, que recorren las calles martillando á Cristo, mediante unos golpecitos que con unos martillitos de madera dan sobre una cruz. Ni los delatamos á las autoridades, ni les hacemos caso, exponiéndose á lo más, los hebreítos que esto hacen, á que algún niño cristiano les dé un mojicón si acierta á presenciario.

Esto es todo lo ocurrido. Es falso, por lo tanto, lo que dicen esos diarios: que los cristianos de Tetuán quemaron los libros de la ley, pues no es de creer que ni los Rabinos ni nuestros Misioneros facilitasen una Biblia sagrada para que las turbas se divirtiesen en ella.

Ese libro, que no hemos visto, sería algún librajito viejo recogido en un basurero ó alguna Biblia protestante en hebreo de las que se venden con frecuencia en el zoco público, cuya Biblia, por estar truncada, ni los hebreos ni los católicos reconocen os por libro de ley.

Y más falso es todavía el afirmar que los cristianos de Tetuán —*sic*—, después de enterrado el Judas, entraran en la Judería y robasen y quemaran los libros sagrados de los hebreos, haciéndonos aparecer al público como una horda de salvajes. Conste pues, que protestamos ante esas afirmaciones, y que jamás consentiremos que el autor de esos artículos, que debe ser el mismo que promovió aquí todo el cisco, siga calumniando más. Cristianos de corazón, amamos á nuestros prójimos y detestamos todo lo que sea ofensa contra ninguno de ellos, sea hebreo, ó moro.

Por esto queremos que conste que ni las personas mayores tomaron parte nunca en esta fiesta callejera de los Judas en Sábado Santo, ni los chicos cristianos que la toman lo hacen con ánimo de ofender personalmente á ningún hebreo, sino con el de recriminar á un malhechor que recrimina la Historia. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que ese malhechor haya sido hebreo? Pero sobre todo protestamos contra la nota de cafres y de salvajes con que se nos conceptúa por los mencionados rotativos.

Anticipándole á usted las gracias por la inserción de este artículo en el periódico de su digna dirección, quedan de usted con el mayor afecto atentos s. s. q. s. m. b. —Adolfo Pablos.— Miguel Fombuena. —José Martí. —Agustín de la Peña. —Baltasar Navarro. —M. G. —José Aliaga. —Francisco Álvarez. —Vicente Mendoza. —Felipe Mendoza. —Rogelio Navarro. —Francisco Ortíz.—Cayetano Jaén. —Pedro Álvarez. —Antonio García. —Francisco Sevicia. —Jerónimo Ortíz. —Eduardo Álvarez. —Juan Rodríguez Zerón. —Vicente Romero.

Tetuán Sábado 5 de Mayo de 1906.

Asignaturas que cursan los alumnos de 1.^a enseñanza en las escuelas de la Misión Católica, dirigidas por los RR. PP. Misioneros de Tánger y distribución de las mismas.

Clase de párvulos.

Desde los tres años hasta los siete, se les ejercita en el deletreo y silabeo, lectura de 1.^o y 2.^o grado.

Por medio del tablero contador se dán á conocer al niño las unidades, decenas y centenas—: En los encerados se les ejercitan en las tres operaciones: Adición, sustracción y multiplicación—: Doctrina Cristiana é Hist. Sagrada, Nociones de Gramática Castellana, de Hist. Natural y Geografía cantadas—: Ejercicios de Gimnasia de sala—: escritura y solfeo.

Clase elemental.

1.^{er} año—. Lectura diaria en prosa, verso y de manuscrito—: Escritura de la letra española, inglesa y alemana—: El texto de la Doctrina Cristiana. Los tres primeros capítulos de Hist. Sagrada—: Aritmética teórica, desde las Definiciones y Numeración hasta la Adición—: Aritmética práctica, las cuatro operaciones fundamentales— Gramática, desde Nociones Preliminares hasta la Analogía—: Solfeo—: Gimnasia de sala.

2.^o año—. Lectura en prosa, verso y de manuscrito—: Escritura—: Doctrina Cristiana desde el texto, hasta Sobre el Padre nuestro—: Hist. Sg.^a, desde el capítulo 1.^o al 5.^o—: Teoría de la Aritmética, desde la Definición hasta la Multiplicación—: Aritmética práctica, desde las cuatro operaciones fundamen-

tales hasta la divisibilidad de los números—: De Gramática, desde Nociones Preliminares hasta el adjetivo—: Nociones de Hist. de España, hasta España Cartaginesa—: Nociones de Geografía Astronómica hasta los Satélites—: Gimnasia de Sala—: Música de instrumentos.

3.^{er} año—: Lectura en prosa, verso y de manuscrito—: Escritura al dictado—: Doctrina Cristiana, desde el texto hasta— sobre el Cuarto Mandamiento de la Ley de Dios—: De Hist. Sagrada, desde el capítulo 1.^o al 9.^o. Teoría de la Aritmética, desde las Definiciones hasta los Quebraños Decimales—: Aritmética práctica, además de las operaciones fundamentales, lectura, escritura, adición, sustracción y multiplicación de decimales—: Gramática, desde sus Preliminares hasta el verbo—: Nociones de Hits. de España, desde España Cartaginesa, hasta la Edad Media—: Geografía Astronómica, desde la Definición hasta la Geografía Física—; Música—: Gimnasia de sala.

4.^o año—: Lectura en prosa, verso y de Manuscrito—: Escritura y Caligrafía—: Escritura al dictado—: Doctrina Cristiana, desde el texto hasta sobre los Sacramentos—: Hist. Sagrada, desde el capítulo 1.^o al 14—: Aritmética teórica, desde las Definiciones hasta el Sistema métrico—: Aritmética práctica, desde las operaciones fundamentales hasta el Sistema métrico—: Gramática, desde sus Preliminares hasta la Interjección—: Hist. de España hasta el fin de la Edad Media—: Geografía Física—: Dibujo lineal Gráfico—: Gimnasia de sala—: Solfeo y música de instrumentos.

Los idiomas francés, inglés y árabe,

Clase superior.

5.^o año—: Lectura en prosa, verso y manuscrito—: Escritura y Caligrafía—: Escritura al dictado—: Doctrina Cristiana, desde el texto hasta sobre las Indulgencias—: Hist. Sagrada, desde el capítulo 1.^o hasta el fin de la primera parte—: Aritmética teórica, desde las Definiciones hasta las Potencias y raíces cúbicas—: Aritmética práctica, hasta la extracción de la raíz cúbica, conocimientos de la regla de cambio de francos á peetas españolas, y viceversa—: de moneda hassanía ó moruna

á española, francesa é inglesa—: Gramática, desde Preliminares, hasta la Prosodia—: Análisis gramatical Sintáxico-Prosódico Ortográfico—: Hist. de España, desde la Edad Moderna hasta el siglo XVII—: Geografía Política—: Descriptiva, teórica práctica de las cinco partes del mundo en los mapas escritos—: Urbanidad, Religión y Moral—: Higiene—: Geometría teórica—: Dibujo lineal gráfico—: Gimnasia de sala—: Solfeo y música.

Los idiomas francés, inglés y árabe.

6.º año —. Lectura en prosa, verso y de manuscrito; Escritura y Caligrafía—: Escritura al dictado—: Doctrina Cristiana, desde el texto hasta Modo de ayudar á misa—: Láminas de Hist. Sagrada, Religión y Moral—: Teoría de la Aritmética, desde las Definiciones hasta el final de la Regla conjunta—: Aritmética práctica además de lo espresado en el 5.º año—; Razones y proporciones, operaciones de Regla de tres, simple y compuesta—: Aligación mediál y alternada—: Regla de interés simple y compuesta—: Regla conjunta—: Regla de Falsa posición—: Nociones de Algebra—: Gramática, desde sus Preliminares hasta el final de la Ortografía—: Análisis como en el año anterior—: Historia de España Edad Moderna hasta nuestros días—: Geografía descriptiva además de los mapas descritos en el año 5.º—: Descripción del mapa de España y Portugal—: Mapa Mundi—: Urbanidad, Higiene, Geometría teórico práctica—: Dibujo lineal Gráfico y á pulso—: dibujo de figura y de adorno—; solfeo y música de instrumentos—: Gimnasia de sala—: Los idiomas francés, inglés y árabe—: Lectura, Escritura, y traducción de cartas y otros documentos en los tres idiomas al español y viceversa—: Conversación, diálogos, poesías etc. de estos idiomas.

Nota

Es tan sólida y completa la instrucción que reciben los alumnos en las referidas escuelas, que muchos de estos se han empleado en las principales oficinas como son Banco de Estado Marroquí, Banco Argelino, donde hay actualmente varios empleados de los referidos alumnos, Casas de Comercio, Compañía de vapores y demás, como es notorio á todos.

COLEGIO DE NIÑAS
DIRIGIDO POR LAS RELIGIOSAS FRANCISCANAS
DE LA INMACULADA CONCEPCION

Grados que comprende la enseñanza.

Los grados que comprende la enseñanza son tres: párvulas,
elemental y superior.

Materias de enseñanza.

Parte literaria.

Asignaturas.

- 1.^a Lectura y Caligrafía.
- 2.^a Gramática Castellana.
- 3.^a Aritmética 1.^a y 2.^a parte.
- 4.^a Geografía astronómica, física y política.
- 5.^a Historia Sagrada.
- 6.^a Religión y Moral.
- 7.^a Historia Profana.
- 8.^a Cortesía.
- 9.^a Higiene y Economía doméstica.
- 10 Música.
- 11 Idioma Inglés.
- 12 Idioma Francés.

Primos

Costura, bordados en blanco, realce céfiro, artístico, fel-
pillas, litografía, relieve, en tul, en sedas y en oro.

Encajes: de crochet, bolillos, richelien cimienta, malla ára-
be en oro y en plata.

También se enseña á planchar y confeccionar toda clase de flores y frutas artificiales.

Número de niñas que asisten á este colegio.

Alumnas. Españolas	230
Id. Inglesas	12
Id. Francesas	8
Id. Italianas	5
Id. Portuguesas	8
Id. Austriacas	5
Total.	268

Sucursal en la playa grande dirigida por las mismas religiosas.

Alumnas. Españolas	125
Id. Inglesas	6
Id. Francesas	4
Id. Portuguesas	15
Total,	150
Id. Hebreas	135
Alumnas en total,	553

CONCLUSIÓN

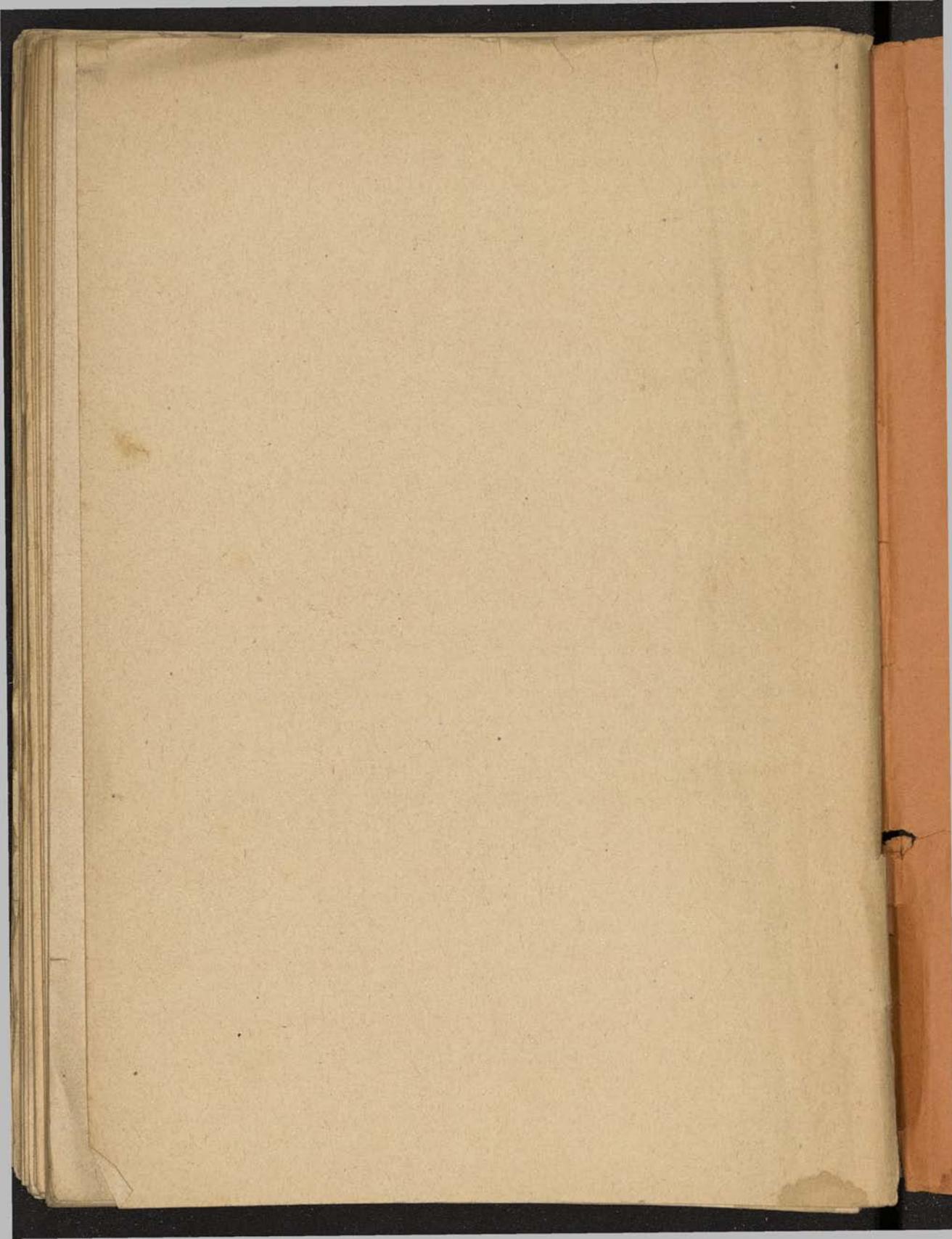
Al hacer esta colección de discursos, cartas y artículos en **Vindicación de una injusticia**, no ha sido nuestro propósito publicar todo lo que en defensa de los religiosos de Marruecos se ha escrito, ya en periódicos, ya en revistas, ya en otras hojas sueltas, pues sería hacernos interminables.

A todos sin embargo, tanto á los autores que figuran en esta colección, como á los demás que se han interesado por el buen honor y justa fama de los misioneros Franciscanos españoles, les damos las más expresivas gracias, al mismo tiempo que rogamos al Señor les recompense como Él sabe.

Valete.

ÍNDICE

Prólogo.	pág III
<i>Discurso</i> —1.º—Por el Sr. Aguado Salaberry.	pág. 1
<i>Discurso</i> —2.º—Por el Sr. Senante.	pág. 25
Cinco cartas abiertas á D. Miguel Villanueva, por el Sr. Antonio Bréfos.	pág. 44
Curiosa polémica <i>entre un fraile y un mason</i> , por el R. P. José María Paisal.	pág. 75
<i>Discurso</i> —3.º—Por el Ilmo.Sr. Obispo de Jaca, sobre las Misiones Franciscanas de Marruecos y sus Misioneros.	pág. 141
La embajada española y la prensa, artículo tomado de la <i>Revista "Marruecos"</i> , de Tánger.	pág. 159
Desplantes del Sr. Villanueva al hablar de los Franciscanos de Marruecos, por Gusauto Feijóo.	pág. 162
Los Franciscanos en Marruecos: Su patriotismo, por el mismo.	pág. 169
Los Franciscanos en Marruecos, por Pedro y Maximiliano Raida.	pág. 177
Azzati y Compañía, artículo tomado del <i>Universo</i>	pág. 179
El Sábado de Gloria en Tetuán de Marruecos.	pág. 181
Asignaturas que se cursan en el Colegio de Niños de los RR. PP. Franciscanos en la ciudad de Tánger.	pág. 185
Id. en el de niñas dirigido por las RR. MM. Franciscanas.	pág. 188
Conclusión.	pág. 190



Esta obrita se vende á 2 pesetas el ejemplar

Crestomatia arábigo-españolá, ó colección de fragmentos históricos, geográficos y literarios relativos á España bajo el período de la dominación sarracénica seguida de un Vocabulario de todos los términos contenidos en dichos fragmentos, por el R. P. Fr. José Lerchundi y D. Francisco J. Simonet. Un tomo en 4.º mayor de 544 páginas. Precio: 18 pesetas en rústica y 20 encuadernado.

Vocabulario español-árabe, por el P. Fr. José Lerchundi. Un tomo en 4.º mayor. Precio 15 pesetas en rústica.

Rudimentos del árabe-vulgar, por el mismo autor, cuarta edición. Un tomo en 4.º mayor de 460 páginas. Precio: 10 pesetas en rústica.

Edición inglesa, traducción de la anterior por M. Macleod. Un tomo en 4.º mayor de 480 páginas. Precio: 12,50 en rústica.

Historia de Marruecos, por el R. P. Fr. Manuel P. Castellanos. Tercera edición notablemente aumentada é ilustrada con un magnífico mapa de Marruecos y de 686 páginas. Precio: 7 pesetas en rústica.

Apostolado Seráfico en Marruecos, ó sea historia de nuestras misiones en este Imperio, por el mismo autor. Un tomo en 4.º mayor de xvi-760 páginas. Precio 7 pesetas en rústica y 8 en pasta, franco de porte.

Compendio biográfico y Novena del B. Juan de Prado, por el mismo autor. Precio: 25 céntimos.

Nueva Gramática Rifeña, ó sea el dialecto bereber que se habla en el Rif, por el R. P. Fr. Pedro H. Sarrionandia, Misionero Apostólico de Marruecos. Un tomo en 4.º mayor de XX-458 páginas. 15 pesetas en rústica.

Explicación de la Regla de los Frailes Menores, por el mismo Legislador, N. S. P. S. Francisco. Obra del Rmo. P. Fr. Pedro Manero, Ministro General de toda la Orden, dirigida á todos los Frailes del Orbe, y traducida al castellano por un Religioso de la Misión de Marruecos. Forma un tomito en 8.º de 192 páginas. Precio: 0.75 céntimos en rústica.